

# **Adolfo Wasem** **El Tupamaro**

**Un puñado de cartas**



Selección

**Sonia Mosquera**

Prólogo

**Mauricio Rosencof**

**Ediciones de la Banda Oriental**

*"... sería esconder la cabeza no reconocer que he entrado en un nivel de gravedad alto, muy difícil de superar. Mi cerebro sigue siendo el mismo amigo fiel y sereno que me ha acompañado en los momentos más peliagudos, sin alterarse, garantizándome siempre un estado de ánimo adecuado a cada circunstancia. (...) No puedo menos que dar gracias a la vida que me ha dado tanto (...) me permitió conocerte y caminar contigo de la mano creando a cada paso nuestra pareja tan concreta, tan plena, tan real y realizadora, tan poco teórica, y me dio a Raúl y a los gurises. No es poco, si a ello le sumamos la felicidad en su grado más alto: aquél que se alcanza cuando somos conscientes de estar realizando nuestras potencialidades al máximo, como hombres y como militantes, y ello sin falso idealismo del pasado, rodeados de fracasos y frustraciones a veces, en medio del infierno de la tortura, otras, pero siempre alboreando para mantener la fe en el hombre y en nosotros mismos como tales, o con la certeza de que detrás nuestro comienzan a caminar quienes ocuparán nuestro lugar, si es que hemos quedado en el camino".*

*Adolfo Wasem*

#### **ADOLFO WASEM ALANIZ (1947-1984)**

**Nació en un hogar obrero: su madre, Emilliana Alaniz, su padre, Adolfo Wasem Suárez, y sus dos hermanos: Raúl y Alejandro. Fue estudiante en la Facultad de Derecho. Casado con Sonia Mosquera, tuvieron un hijo: Adolfo, de 14 años a la muerte de su padre. Detenido dos veces como militante del MLN (Tupamaros): en 1971 y 1972, duramente torturado en los Batallones 1 y 13 de Infantería. Durante 11 años fue mantenido en calidad de "rehén"**





**ADOLFO WASEM**  
**EL TUPAMARO**  
Un puñado de cartas



Sonia Mosquera - Mauricio Rosencof

# ADOLFO WASEM EL TUPAMARO

Un puñado de cartas

Testimonios de:  
Henry Engler  
Jorge Manera Lluveras  
Adolfo Wasem Mosquera



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

ISBN 9974-1-0449-1

©  
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.  
Cuboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138  
11.200 - Montevideo, Uruguay.  
[www.bandaoriental.com.uy](http://www.bandaoriental.com.uy)

Queda hecho el depósito que ordena la ley  
Impreso en Uruguay - 2006

## A PROPÓSITO DE ESTAS CARTAS

*las voces que uno quiere no se callan  
viven y sobreviven/sobrenadan  
en la memoria fiel y escandalosa*

Mario Benedetti

El tiempo, ese devenir de pasados, presentes y futuros, como un calidoscopio que todo lo contiene, de formas y colores diversos, también es un duro imperativo que en su transcurrir produce sentidos de lo vivido y nos permite resignificarlo.

¿Cómo traer a este presente cargado de futuro las vivencias de hace 22 años?, ¿cómo pretender contar una parte de la historia de un hombre –sus últimos años de vida– sin desvirtuarla?

Los recuerdos están nítidos “*en la memoria fiel y escandalosa*”. Releyendo las cartas que dejó Adolfo desde sus calabozos de “rehén”, no puedo dejar de revivir ese tiempo cargado de vivencias siniestras y como una paradoja que contiene la otra cara de la pesadilla, evoco al hombre que apostó a la vida, al futuro, a la lucha constante por vencer sus circunstancias.

Un hombre, entre muchos otros, al que pretendieron someter en su cuerpo como objeto y blanco de poder, con atención esmerada para manipularlo y transformarlo hacia la “docilidad”<sup>1</sup>, esa condición que une al cuerpo analizable con el cuerpo manipulable, el que puede ser sometido, utilizado, transformado y perfeccionado.

Durante 12 años, en los calabozos desde donde transcurrió su vida, fue mantenido bajo la mirada permanente de sus “cazadores”, observación perversa ya que no fue una mirada pasiva, sino la persecución sin tregua para convertir en un “infierno” su vida.

---

<sup>1</sup> FOUCAULT, Michel (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prision*. Siglo XXI Ed., Buenos Aires.

No alcanzó el castigo del aislamiento, la soledad, la censura a la palabra, agregaron el “plus” del continuo hostigamiento, la “máquina” demoleadora de la tortura sistemática, que llegó a extremos de ignorar su enfermedad –por el período de un año– y durante el proceso de ésta, mantenerlo en las mismas condiciones de crueldad.

*“... Mi pasaje hacia la soledad y el aislamiento total fue paulatino –así como para Engler y Manera– pues tuvimos un año y medio de estadía en Paso de los Toros los tres juntos y, a veces autorizados, a veces “clande”, charlábamos. Incluso luego, llegaron otros cuatro compañeros de la zona, con lo que aquello se convirtió en un gallinero.*

*Bueno, nosotros pasamos por ese filtro de semi tranquilidad, mientras los seis restantes<sup>2</sup> creo que pasaban por el período de “verdugueo”. Y digo semi tranquilidad porque, casi sobre el fin de nuestra estadía<sup>3</sup>, apareció GAVAZZO a ubicarnos en la realidad, sobre todo a mí, con quien nunca terminó de saldar ciertas cuentas que le interesaban mucho, y pateó aquel nido medio pasable –aunque los «osos»<sup>4</sup> eran infames, la comida mala, la higiene pésima, no había casi recreo y la atención médica era prácticamente inexistente–, pateó aquel nido y preanunció nuestro comienzo de vida en las puertas del infierno.”<sup>5</sup>*

Una parte de su cuerpo, sólo una parte, sufrió los efectos. No pudieron destruir su testaruda apuesta a la vida, a la lucha, a todos aquellos que “pueblan mi soledad en los calabozos”, decía en una de sus cartas.

*“Aun puedo hacer algo por los compañeros”,* y desde el Hospital Militar ya en tránsito hacia lo irreversible de su enfermedad, realizó una huelga de hambre por la “Amnistía General e Irrestricta y el regreso de todos los exiliados”, hecho que desató una intensa movilización que ya venía gestándose en las calles. Adolfo levantó la bandera que otros tomaron y fue a partir de esta obstinada actitud de lucha que se inauguró simbólicamente la concentración de los viernes en la Plaza Libertad.

---

<sup>2</sup> Se refiere al resto de los “rehenes”: Eleuterio Fernández Huidobro, Julio Marenales, José Mujica, Mauricio Rosencof, Raúl Sendic, Jorge Zabalza.

<sup>3</sup> Se refiere al fin de la estadía en Paso de los Toros, Unidad Militar en la que estuvieron desde que los sacaron del Penal de Libertad (setiembre 1973), hasta mediados del año 1974.

<sup>4</sup> Jerga para denominar los calabozos.

<sup>5</sup> Carta pasada clandestinamente desde el Hospital Militar a la sala de presas políticas.

No pudieron transformar ese cuerpo que insistía en sus cartas *“estoy bien, no se preocupen”*. *“Mi cerebro sigue siendo el mismo amigo fiel y sereno que me ha acompañado en los momentos más peliagudos, sin alterarse, garantizándome siempre un estado de ánimo adecuado a cada circunstancia”*.

*“La vida es una permanente interrogación, son necesarias unas pocas certezas para actuar, el resto son preguntas... no perdamos la capacidad de curiosidad del niño... hay que saber mirar los matices de grises entre los blancos y negros de la vida...”*, son frases de alguna de sus cartas que quedaron marcadas en mi memoria.

“El sapito Manuel”, uno de los poemas que escribió Adolfo en prisión, musicalizado por Henry Engler –más que compañero, “hermano”– es una muestra de la ternura que acumulaban estos hombres que, entre otros, el poder militar excluyó como “subversivos peligrosos” a la categoría de “rehenes de la dictadura”.

Convencido de la irreversibilidad de su situación, en los últimos meses, desde el Hospital Militar decía:

*“lo único que deseo es durar hasta marzo cuando salgamos todos...”*.

*“No puedo menos que dar gracias a la vida... la felicidad en su grado más alto: aquél que se alcanza cuando somos conscientes de estar realizando nuestras potencialidades al máximo, como hombres y como militantes, y ello sin falso idealismo del pasado, rodeados de fracasos y frustraciones a veces, en medio del infierno de la tortura, otras, pero siempre alboreando para mantener la fe en el hombre y en nosotros mismos como tales, o con la certeza de que detrás nuestro comienzan a caminar quienes ocuparán nuestro lugar, si es que hemos quedado en el camino”*.

Este “puñado de cartas” pretende ser un recorte de ese tiempo pasado, quién mejor que el mismo Adolfo para contar a hombres y mujeres algo de lo que vivió en los años del terror.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Las cartas seleccionadas comprenden el período de su enfermedad hasta su muerte -1981/1984, enviadas a su hijo Adolfo y las que se pudieron rescatar dirigidas a mí, presa en la cárcel de Punta de Rieles.

También se publican las cartas “clandestinas” que eran intercambiadas a través de una pequeña claraboya del baño de la sala de internación de las presas políticas en el Hospital Militar, lindera con el baño de la guardia –donde lo llevaban a Adolfo habitualmente.

El Prólogo de Mauricio Rosencof y los testimonios que forman parte del libro, con excepción del de Henry Engler, escrito para esta edición, fueron realizados inmediatamente de la liberación (marzo 1985).

El tiempo transcurrido me permitió volver a ese “puñado de cartas”, ellas me transportaron la vivencia de sentimientos intransferibles; hoy a la luz del caleidoscopio del futuro de ese pasado –hoy presente– que contiene el futuro por venir, apuesto a él como homenaje a un ser humano que se jugó por lograrlo. Lo sigo sintiendo como una victoria de lo humano contra lo bestial.

La última vez que lo vi en el Hospital me dijo: *“Sabés una cosa, hay algo que me deja tranquilo, estoy seguro que voy a ser la última víctima de la dictadura en la cárcel”*.

*Sonia Mosquera*  
Setiembre 2006

## ADOLFO WASEM, EL TUPAMARO

Mauricio Rosencof

Hace pocos días supimos de las tres últimas horas del Nepo. Lo tenían en una celda de 2 x 1 en el Hospital Militar, solo. Sobre las diez de la noche sintió que lo rondaba el punto final, y salió de la cama que sólo le dejaba libre un espacio de sesenta centímetros. Alguien le ordenó que se volviera a acostar. "Voy a morir", contestó, "y la voy a pelear". Sobre la una de la madrugada, cuando semiinconsciente se daba contra las paredes del calabozo, lo acostaron. Había dado su última batalla.

En una organización de hombres lúcidos y de temple (Raúl, el viejo Julio, el Inge, el Ñato, Pepe), el Nepo descollaba. Hoy que todos, los que nombré y los que no, bregamos por dotar al Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) de una estructura unida y férrea con la que el aguerrido pueblo uruguayo pueda contar para plasmar esa sociedad en que "los más infelices sean los más privilegiados", su presencia de revolucionario íntegro nos ilumina. Como iluminan Sandino y el Che los caminos que día a día se siguen abriendo en una América única, que hoy tiene sus trincheras de vanguardia en las selvas de Nicaragua, el Salvador y en "el largo lagarto verde" de las aguas caribeñas, la respuesta a la duda: se puede.

Condenado por un cáncer que nunca fue tratado, el Nepo inició desde su sombrío nicho del Hospital Militar una huelga de hambre. A nada podía aspirar ya para él. Lo sabía. Tanto, que su frase de aquellos días es hoy –tiene que ser hoy y para todos– la consigna que marca a fuego la lucha por la unidad combatiente de todos, tupamaros y pueblo, por la meta definitiva. "Aún puedo hacer algo por los compañeros", escribió

en una carta clandestina a todos dirigida. Si cada acto nuestro de cada día estuviera signado por ese indomable espíritu guerrillero y fraterno, ese que campea desde las páginas del Evangelio hasta las del Manifiesto, el Nuevo Pacto por un destino mejor y común lo estaremos tocando con la punta de los dedos. Sea entonces, hoy por hoy, nuestra cifra: "AÚN PUEDO HACER ALGO POR LOS COMPAÑEROS".

## I

Cargando en un solo viaje, colchón, mantas, balde, ropa y qué sé yo, hicimos, de a uno, desde "la isla" –sala de disciplina del Penal de Libertad– hasta una sala vacía del celdario, felices y fatigados, el recorrido al 1° B. Todo el piso para nosotros: éramos nueve, llegamos ocho. Nos desparramaron celda por medio, incomunicados todavía desde mediados del año 1973. Corría julio de 1984. Tiempo después, cuando pudimos hablarnos, pasado ya el largo silencio, recordamos ese día en que los ocho hicimos lo mismo: nos plantamos frente a la ventana enrejada y allí echamos raíces, deslumbrados por el mundo lejano y recuperado: nubes, pájaros, los compañeros, los colores, flores. Hacía doce años que no teníamos una ventana que nos comunicara con la realidad exterior, ésa de la que todos llegamos a dudar. El Nepe no lo llegó a ver. Por esos días ya estaba internado. Nos sentíamos nuevos ricos. Cama, mesa y banco de hormigón, agua corriente a discreción, pileta, y lo que más impresionaba, ese trono romano que uno podía regar cuantas veces quisiera. Sin embargo conservaba, vaya uno a saber por qué reflejo, la "cantegrilera" lata de dulce de membrillo, querida y herrumbrada, que en algún calabozo me había recetado el médico de la Unidad y que guardaba bajo la cucheta. El Pepe hacía lo mismo con una pelela de plástico anaranjada que en su origen tenía estampado un Pato Donald. Se la habían dado, como a mí la lata, en el 7° de Caballería en Santa Clara de Olimar, y por las mismas razones.

La retención obligada de las aguas menores, como diría el *Quijote*, nos había debilitado el esfínter. En alguna oportunidad, salpicando de humor los días sin gracia, habíamos imaginado con el Ñato que las caballerías gauchas nos venían a rescatar de los nichos de Santa Clara, donde en tiempos de patriadas habían campeado bajo el mando de Lamas y Aparicio, y a los tientos del pangaré que montaba el Pepe, veíamos anudada la heroica pelela, sustituyendo la vihuela o la lengua ahumada. Pepe guardó hasta su salida la delicada pieza que no frotaba para evitar el desgaste (que se la renovaran era una lotería), y se la llevó con tierra y unas caléndulas que él mismo cultivaba por terapia, solo, en los canteros del Penal. Una mañana me volvió a saltar el corazón. Abrieron la puerta y el Sargento me ordenó sacar todas mis cosas de la celda. Tuve que orinar antes de cumplir la orden. “Traslado”, pensé. Ese de rigor que se producía cada cuatro, cinco o seis meses. Vivíamos en vilo. Cada traslado significaba empezar de nuevo. Embolsados, alambrados, nos arrojaban en la caja de un camión que nunca vimos y allí ibas a jeder a otro calabozo, sabe Dios dónde. Empaquetábamos de apuro cobija, tabaco, lata, y a otra cosa. La incertidumbre te cosquilleaba en las vías urinarias y había que descargar lo que en el viaje no se podía. Cuando el Sargento me hizo sacar las cosas de la Celda 13, sentí que todo empezaba de nuevo. Pero se trataba de otra cosa. Cuando amontoné los bagayos en la planchada, abrieron la Celda 15. Allí vi, desparramadas, las pertenencias del Nepo, donde destellaba en colores la inconfundible manta tejida por las compañeras de Punta de Rieles. Esa la había hecho Sonia. Hice la mudanza de la 13 a la 15, que quedó clausurada, y acomodé mis bártulos en la 15 del Nepo. Pensé, mientras lo hacía, que el Nepo ya no los necesitaba. Mientras ordenaba mis cosas, vi que no lo había trasladado todo. Sobre una repisa quedaba un caracolito y una trenza de cuerina. En el caño de la pileta, un trapo de piso hecho con un pedazo de manta vieja.

Como en el caleidoscopio comenzaron a danzar las imágenes del Nepo, nítidas las recientes, empañadas de tiempo aquellas del muchacho de ojos vivos y bien peinado, que tanto podía exponer con clara locuacidad cualquier problema político como capitanear pistola al cinto, las más riesgosas de las empresas.

## II

Al llegar a la isla comenzaron por llenarnos el plato, lo que se nos antojaba toda una fantasía, y nos autorizaban una caminata diaria de media hora a la sombra, bajo el celdario. Nos sacaban de a dos, trillando en espacios distintos, y nos iban alternando de tal manera que al cabo de diez días nos vimos las caras todos. En una de éstas me tocó con el Nepo.

Se había dejado el bigote, tenía la misma mirada asombrada y serena de siempre, y en la cabeza rapada, bajo la gorra que se quitó para que lo viera, una enorme cicatriz que le cruzaba el cráneo y hacía un ángulo en la nuca. Zapatones negros y esa gorra a cuadros que finalmente me iba a dejar en herencia. Los zapatos me quedaron chicos y hoy los usa el *Cristo Olivera*. De la gorra, que con lo demás me entregara Sonia, no me separo. El uniforme gris de reglamento le quedaba grande por lo flaco y sobre el corazón lo etiquetaba el número reglamentario: 812. El mío era 813. Nos miramos de lejos, sin poder hablar. Buscábamos antes que nada los indicios del equilibrio psíquico, éstos que se detectan primero en la mirada. Sí apagada, la cosa no andaba bien. Pero echábamos chispas. Firmeza al andar, verticalidad del torso. Entramos a trillar suave a pesar del frío para pastorearnos bien. Entonces yo apreté el paso con energía y él hizo lo propio. Era una manera de comunicarnos el grado de integridad. Fue recién entonces que nos hicimos esa seña carcelera del índice y el pulgar extendidos y horizontales bajo la nariz, esa seña que de tanto uso tiene voz: "bien". El Nepo, con un cáncer atormentándole la cabeza, hacía la seña de "bien".

### III

Una mañana nos reacomodaron en los calabozos de la Isla y quedamos celda por medio. Fue una fiesta. Entró a cantar: primero el “*Ay, Susana, Susana dónde estás*”. Me preguntaba así por Aquélla. Luego un breve poema mío que había musicalizado Engler:

*Veo pasar por la clara  
savia de abril la ternura de los que hundieron en tierra su quilla  
[aquel catorce.  
Fue en un abril de sol de bronce  
abril como el de hoy abril de entonces.*

Después vino “*El Sapito Manuel*”, “*Cipó-cipó*”, canciones que él creara en texto y música, entre tabaco y mate en el fondo de los calabozos. Le retruqué con algunos tangos que, en algunos días lejanos, vino en mano, habíamos entonado juntos. El Pepe, que era el tercero en esa ala, no andaba bien y se inquietaba. Suspendimos los cantos. Pero cuando nos sacaban, un día a cada uno, a hacer fajina en la planchada, nos sacudíamos la puerta de la celda con el lampazo o, si el guardia se distraía, tarareábamos con los nudillos en la chapa la tonadita clásica que, como el gesto, indica “bien”: ta tatarata tá tá.

Todos los días el médico lo venía a ver. Por primera vez tenía una asistencia metódica. Le estaban haciendo los análisis y yo pescaba algo de los diálogos. “La semana próxima –le dijeron un día– va para el Hospital”, para no recuerdo qué cosa. Ya le habían extraído sangre. La herida de la operación le supuraba y dos por tres pedía que lo sacaran unos minutos a la puerta de la Isla para que el sol le secara la cicatriz. Hacía gimnasia todos los días y se bañaba en el chorro de agua fría del excusado del calabozo. Una vuelta pidió que le cambiaran el colchón de polyfom, que le producía dolores, por uno de lana. No sé si se lo dieron.

Hasta la mañana aquella, que no fue de “la semana que viene”, en que le vinieron a avisar que juntara útiles de higiene y una muda de ropa. Lo llevaban al Hospital de apuro. Era un mal agüero y él lo entendió así. Entonces me cantó la despedida mientras juntaba sus cacharpitas. Sin dramatismo, nítido, casi alegre, fue desgranando los versos:

*“Adiós muchachos, compañeros de mi vida, barra querida de aquellos tiempos...”*

Lo escuché con bronca y estuve a punto de retrucarle con el “*Volvé de tardecita*”. Pero algo, que sé yo, me dijo que ni cabía ni lo precisaría. Cuando se lo llevaron quedó flotando la última frase de su tango. Después, nunca más.

#### IV

“Sí, en realidad, con ustedes teníamos que haber hecho jabón”, dijo el teniente coronel Conti en su despacho de Comandante del Regimiento de Caballería Blindado N° 2. Tenía ante él un hombre joven, menudo, fuertemente custodiado, convaleciente de la primera metástasis en el cuello. Corrían los últimos días de mayo de 1983.

Lo de la custodia fuerte estaba muy bien. Yo las conocía: cuatro soldados con carabina, perrero, sargento, cabo y los inmaculados oficiales con 45 al cinto. Esposado con las manos en la espalda, capucha. Y digo que estaba bien porque aquel estudiante de Derecho, aquel bravío militante revolucionario, era, en cualquier lugar y en cualquier situación un jefe Tupamaro. Ya se les había fugado una vez desde Punta Carretas, en la proeza del “Abuso”, junto con cien y pico de compañeros, por un túnel hecho a garra y ganas. Pero también lo había intentado, ya como rehén, desde Colonia, aprovechando una distracción de la guardia: saltó por una ventanita de nada, a la que estaban reparando la reja, hacia la Plaza de Armas, donde lo balearon por los cuatro costados. El Nepo era de temer. No era la primera

vez que sentía el ruido de las balas. Una vuelta, en una acción, lo balearon, y herido respondió en el mismo tono al ataque. Sangrando, caminó ocho cuadras, atravesó una feria vecinal y sólo cayó desmayado cuando atravesó el umbral del cantón. Y en ese peregrinaje infame por los calabozos, escapó por un pelo a la bala de carabina que “se le había escapado a un guardia” y a una ráfaga de Thompson que manipulaba un Sargento y que dejó dos buracos en el muro donde un segundo antes hacía “recreo”. “Todavía me funcionan los reflejos”, escribió en una carta clandestina narrando el hecho.

En el Regimiento “Pablo Galarza” hizo su interminable convalecencia. Así describe el tratamiento del comandante Conti: *“Llegué a pasar cerca de cien veces entre 40 y 70 horas sin ir al baño, soportando emanaciones tóxicas del balde al fermentar las materias fecales y viviendo en medio de un aire tan viciado y un olor tan nauseabundo que me provocaba permanentes malestares estomacales que me impedían comer o me provocaban vómitos. Aparte de eso, el balde se llenaba y tenía que usar diferentes recipientes: palanganas donde lavaba el menaje y, en determinado momento, me vi obligado a defecar en el plato donde comía, porque si lo hacía en el suelo, luego iba a tener que soportar permanentemente el olor, como me sucedió en Colonia, donde durante meses me obligaban diariamente a orinar en el piso del calabozo. Al no salir al recreo o salir 5 ó 10 minutos, el calabozo nunca dejaba de tener un aire viciado permanente. Era tal el olor que salía de los recipientes que varias veces los soldados apostados debían pedir relevo por descomponerse del estómago, y eso que ellos estaban al aire libre... Otro índice estadístico: durante todo el primer año, tomé, en total, dos horas de sol”.*

Y este hombre que narra con sencillez su tragedia, no olvida a sus compañeros de peripiecia: *“Pero al Bebe lo tuvieron y lo llenen diez años con una hernia inguinal, a Manera más de un año con un cálculo en la vejiga (en ambos casos sin preocuparse para nada), al alemán Engler, nueve años con el bocho alterado y casi*

*sin alimentarse ...En fin, mi caso no escapa a la línea general. Nos tendrían que haber hecho jabón...”*

## V

Cuando Sonia supo que el Nepo agonizaba, lo quiso ver y no se lo permitieron; entonces, la militante que salió con la amnistía, para seguir siendo militante, tuvo que simular una apendicitis en Punta Rieles para que la internaran en el Hospital Militar y así poder aproximarse, pared por medio en el baño de los presos, al Nepo, ya sentenciado. Dolores abdominales, vómitos, diarreas, 38 de fiebre a fuerza de agua caliente. Todo eso para dar cuatro golpecitos en la pared que los separaba. “Fue la última vez que hablamos sin censura”, me contó Sonia. Solo nos decíamos “te quiero”.

Hace pocos días alguien se comunicó con Sonia para narrarle las últimas horas del Nepo. Esas en las que peleó a la muerte.

Cosas del Nepo... Se sintió morir y entró a trillar. *“La estoy peleando”*. Lo acostaron igual. A los 15 minutos, comenzó otra historia. O la misma. *“En cualquier momento –dice una carta, hablando de su soledad forzada– podía poblarla de infinidad de recuerdos y amigos, de compañeros y compañeras con los que ‘charlar’ y revivir momentos de toda clase, o simplemente dejarse henchir por esa cadena de solidaridades que componían presos y no presos, gente que ahí o en cualquier parte continuaba la lucha, su lucha, nuestra lucha”*. Es la herencia que nos deja, que deja para todos: la lucha, su lucha, nuestra lucha.

[1985]

**CARTAS DE  
ADOLFO WASEM  
A SONIA MOSQUERA**



## En Durazno, 6/X/1982

¿Qué tal, linda? ¿Cómo te va? Espero que bien. El Hospital, como sorpresa adicional, me deparó tu letra, que no veía desde la fecha 6/7. El tratamiento, en su medicación, fue una réplica exacta de las veces anteriores; lo que varió fue la reacción de mi organismo: sea por la prolongada interrupción, sea por la adaptación de mi cuerpo, el hecho es que únicamente el 1er. día tuve que privarme totalmente de alimentos, los cuatro restantes, pude cenar sin inconvenientes (quizás influyó algo que me lo administraran a primera hora de la mañana). Esto fue desastroso para mis expectativas de “recuperar la silueta”, llegué panzón y volví más o menos igual...

No, ahora en serio: como recordarás, perdía unos cinco quilos en cada serie. En estos meses pasados, no sólo recuperé lo rebajado en mayo, sino que seguí de largo –o de ancho, más bien–, aumentando varios quilos, creo. La vieja, que no quiere entender mi escaso interés en cambiar este vestuario por uno de talle mayor, continúa empeñada en que le pida “cositas de comer”. Tratá de convencerla. Si lo lográs, yo te averiguo quién fue que me tejió las medias, aunque pienso que lo más sencillo es que se lo preguntes a ella, que fue quien me las trajo... Mientras tanto, para complacerla, le pedí gofio. Cuando me lo traiga, solo tendré que resolver el problema de controlar mi gula, cosa que se ha demostrado problemática, siempre que me ha sobrado de comer. En fin... veremos. Lo cierto es que, con lo que suministran acá, me al-

canza y sobra, y no preciso nada, en ese aspecto, aparte de un poco de fruta.

Al Hospital, según el especialista, debo volver de acuerdo a lo indicado en mayo/junio, a fin de decidir, luego de los controles y la consulta, si se hace una 7<sup>a</sup> serie –con la misma periodicidad de las anteriores– o si el tratamiento termina con esta pasada. Me pareció que este oncólogo no es partidario de seguir otro año con las series más espaciadas, tal como el anterior lo había decidido. No sé tampoco si, en caso de finalizar el tratamiento, seguirían los controles periódicos. En fin, como también tengo dudas acerca de si el cambio de médico es una suplencia o no, vamos a tener que esperar a mi próxima ida para lograr, en esta materia, un panorama más explícito sobre el futuro.

Estos quince días pasados tan cerca de uds. también me dieron un pequeño hartazgo de lectura: cinco libros. Un par de ellos muy malos –una novela de Moravia: “El desprecio” y unos relatos de D’Annunzio: “Relatos de Pescara”–, pero otros dos excelentes: “La escena viviente”, una historia del Teatro Universal que anda conmigo desde Paso de los Toros, como reserva. Dudo que la recuerdes, aunque estaba en casa originalmente. Mas era uno entre tantos libros sin abrir, que mi manía había ido acumulando “para cuando hubiera tiempo”. Luego, lo heredó Raúl. El tema sabés que me atrae y está muy bien encarado, especialmente hasta Molière; el otro libro que realmente me gustó es una biografía de Marie Curie, escrita por su hija Eva poco después de su muerte; finalmente, una novelita de Pío Baroja, con pasajes interesantes.

Por estos pagos tengo un par de libros en censura. Uno de ellos, traído en la última visita, hace más de un mes, tiene por título una frase en italiano (“Pero se mueve”, sería su traducción). La leyenda se la atribuye a Galileo Galilei, al abandonar el palacio, en Roma, en el cual la Inquisición le obligó a retractarse de sus afirmaciones acerca del movimiento de la Tierra. Puede ser una biografía, en cuyo caso, sería bueno leerla, tanto por el personaje como por la época. Veremos.

La carta de agosto es la última que te escribí desde aquí. Luego, de allá, he recibido algunas revistas deportivas, un par de números de Selecciones y un libro de Antropología sobre el concepto de Hombre Fósil y temas afines. Aún lo tengo conmigo, lo releo despacio y saco apuntes, en parte porque el tema me interesa y lo merece.

Voy a pedir a los viejos una copia de esa foto del cuarto de los gurises que te “robó” la carta.

No tiene nada de extraño, por supuesto, pero también he evocado, más de una vez, esa tarde en el boliche de Las Piedras (sin recordar que era en Las Piedras ni los otros detalles, por cierto). Lo que he revivido, más bien, han sido las emociones, los sentimientos que creo nos embargaban, especialmente el hecho de que el futuro gordito era la encarnación palpable, objetiva, de tanta idea que uno, hasta ese momento, refería a otros gurises... del sin fin de detalles de esa mañana que no olvido, hay dos que siempre tengo presentes de manera particularmente nítida. Uno es muy cómico: resulta que mientras vos estabas en la sala de parto, yo, manso, leía el diario,

sentado en una butaca de la sala de espera; Raúl, en cambio, trillaba como loco y las enfermeras, creyendo que era el padre, lo tranquilizaban, le daban ánimo y le llevaban noticias, al tiempo que él no paraba de relajarme en cuanto estábamos solos “por mi insensibilidad”.

El otro es tu cara, cuando apareciste con el negrito en brazos y, para mi total asombro, caminando!!... Podría comentarte algo que le dije a mi cuñada, en una carta, poco antes del nacimiento de mi sobrino. Pero es primavera, época peligrosa por el alboroto que pueden ocasionar las palabras que caminan por estos papeles... Ponte contenta con saber –en el caso de que ya no lo sepas– que nunca, ni antes ni después, ni en vos ni en nadie, vi una expresión de felicidad semejante... Ni la bestialidad de mi comentario, sobre lo feo y arrugado que era el negro chico en ese momento, logró empañarla. Y conste que no me retracto: era feísimo objetivamente. Claro que, de vivir de nuevo un momento similar, dudo que vuelva a sentir lo mismo... Y corto, pues ya con esto apeliro a que la respuesta me aplaste.

Tomo cuenta de tus opiniones últimas sobre Adolfito. Trataré de tenerlas presentes cuando lo vea.

La solución del asunto vivienda por los viejos es la mejor noticia que he recibido de casa.

Los trancazos de Alejandro y el viejo –asunto insoluble–, lo que más me preocupa.

Y se termina: un beso y saludos por ahí y a tu familia.

Chau

Adolfo Wasem Alaniz

**En Durazno, 28/X/1982**

¿Cómo te va, linda? Espero que bien. Hace un rato terminé de pasar en limpio mi respuesta a la última de Alejandro. Nuevamente me asombro del cambio de los gurises en unos meses. Al terminar se lo señalo: pese a que recibo noticias tuyas a través de las visitas y cartas de los viejos y tuyas, en cada oportunidad en que los veo o me escriben me obligan a realizar tremendos esfuerzos de imaginación para reubicarme ante su desarrollo en modos de pensar y analizar las cosas, sin engañarse, por supuesto, acerca de lo limitadísimo de esas reubicaciones.

En esta ocasión, me propuse alentarle en lo que noto son aspectos positivos de su quehacer último —en la UTU, en el trabajo—, resaltándole, además, lo bueno de ciertos gestos espontáneos que tiene hacia la vieja, por ej. invitándola a ir al estadio a ver a Peñarol-Racing. Los promedios de la UTU son síntomas en él: 4, 5 y 6 en la mayoría de las materias. Por otro lado, he intentado echar un poco de aceite en sus relaciones con el viejo, haciéndole ver que no le reprocho sus discusiones y que no lo acuso de ser el responsable exclusivo de ellas. Sin embargo, le indico que tenga presente el problema de corazón que sufre el viejo para apaciguar sus reacciones. Aprovecho el final para mandarle mi agradecimiento a Adolfito por todas las vueltas que ha dado en el Hospital y para conseguirme libros. Ya me han llegado algunos muy buenos (sobre Artigas y el federalismo, de Reyes Abadie, y un excelente ensayo de Benjamín

Farrington: “La civilización de Grecia y Roma”). Por las dudas de que a mi hermano se le pase, te encargo lo mismo. Bueno tengo ante mí dos memorables muestras de tu archivo, que últimamente se ha mostrado muy afecto a dejarse ver en estos papeles. Son las tuyas del 14 y 28/IX. La 1ª ya la había recibido en el Hospital y, en parte, le di respuesta en la visita pasada. De paso, no estoy escribiendo regularmente en general, lo hago únicamente cuando recibo alguna carta, por eso vas a notar un paréntesis entre la del 5/VIII y la carilla que te envié desde el Hospital.

Confío en que, además de esa carta, te hayan llegado noticias tranquilizadoras al menos en cuanto al resultado de los análisis, ya que la incertidumbre acerca del futuro tratamiento solo será posible disiparla –quizás– la próxima vez que vea al especialista. La última noticia que puedo darte es que hace unos días se me comunicó el resultado del hemograma que el médico había indicado para mediados de este mes: salió normal.

Volviendo a tus cartas. Me han hecho recordar un cuento de Borges –“Funes, el memorioso”– porque te has pasado de lo acostumbrado en cuanto a minuciosidad. Casi todo lo que me comentás logro recordar muy nebulosamente y, aunque conceptualmente lo vuelvo a tener presente, ni aun haciendo grandes esfuerzos logro reconstruir tus descripciones o transcripciones. Quizás la capacidad de olvido, que también tiene su aspecto positivo, se me haya desarrollado, digamos, como un mecanismo psicológico de defensa; encarado por ese lado, al menos, no quedo tan mal parado, ¿no te parece?

La quincena pasada intenté competir contigo trayendo a luz un episodio muy cómico: lo sucedido durante tu parto, cuando las enfermeras, viendo lo nervioso que estaba Raúl, le daban a él las noticias y lo tranquilizaban, mientras yo leía el diario sentado en un sillón apartado de la sala de espera. Pero hoy ni por asomo entro en el juego; porque el espacio no alcanza y, además, en el fondo, porque hace mucho tiempo que me declaré vencido en este tipo de competencia –por supuesto, aunque de manera harto aproximada, creo imaginar, en parte, las razones para esa comezón de anhelo, compartido, claro, de poder charlar un rato, varios ratos–. Por el momento, nos quedamos con las ganas... mientras seguimos llenando estos papeles, de vez en cuando, para no perder demasiado la costumbre...

La vieja me comentó algo su primera visita. Descuento, por tanto, el tono de tus comentarios sobre ella. Es muy bueno que se puedan ver y a la vieja, sin duda, le hace mucho bien. Supongo que a ti te debe suceder algo similar. La vi muy animada hace diez días. Traté de averiguarte lo que me pediste: el origen de las medias, y creo que te vas a tener que quedar con la espina, pues ella, al parecer, no lo recuerda. Charlalo vos directamente ahora que se ven. Cubriéndome, por las dudas, te comunico que recibí un buzo gris muy bien hecho y con punto cuyo nombre ignoro, pero que no es el usual. ¿Puede ser hecho por vos? Está muy lindo y me quedó como de medida. Tiene una manga un poquito más corta, lo cual me llevó a medirlo varias veces, preguntándome si se me estaría acortando un brazo; pero no, es

el buzo nomás... Mirá que es broma y no se nota para nada.

En esta visita mando la campera, para lavar y asolar. Te voy a pedir que me tejas en crochet –como la boina ¿no?– dos bolsillos redondos o cuadrados, para aplicárselos por afuera. Yo se los coloco. Hacerlos de manera que la boca quede inclinada y no horizontal, recordando que tienen que ser de un color que no se dé muy de cabeza con el resto. Con que me los tengas prontos para marzo alcanza; antes no, porque en casa se pueden perder.

Voy a pedirle a los viejos que me manden copias de esas fotos del cuarto de los gurises y la cocina de casa, que tanto te hicieron remover la memoria. En especial, tengo curiosidad por ver su dormitorio...

La vieja me hizo una jopeada en la última visita, trayéndome –de callada– un par de sandalias. Se pasó. Pese a que cuando chico las odiaba, hoy me vinieron de perilla. Hoy termino la novela del mexicano Fernando del Paso, “José Trigo”. Para entenderla, hubiera necesitado un diccionario, por lo menos. De cualquier modo, me gustó. Y quedamos por acá. Un beso y saludos

Chau

Adolfo Wasem Alaniz

## En Montevideo (Hospital Militar), 11/III/1983

¿Qué tal, linda? ¿Cómo te va? A mí bien. De nuevo cerca de uds. De momento, esperando los resultados de los análisis, placas, electro y la consulta con el oncólogo, que me vendrá a ver cuando aquéllos estén listos. Fui trasladado el martes pasado, cuando me disponía a dar respuesta a la tuya del 1/II en la cual, casualmente, me hablaste, al final, de algunos sueños que habías tenido en esos días, parecidos a los que te conté durante mi primera internación y que me acercaron bastante a tu realidad...

Lo que me comentaste de los achaques del viejo y su atención es una buena noticia. Hace tiempo que me tenía preocupado, desde la última vez que lo vi, por marzo o abril, pues había quedado con algunas secuelas luego de la operación, que no habían sido atendidas correctamente. Confío en que sea problema superado. La intimidad, a veces, no suele ser un buen aliciente para apreciar el espíritu de aquellos con quienes convivimos, porque nos acostumbramos a ver como normales aspectos que no son tales. Sin embargo, en su caso, esto es difícil que suceda, pues, por lo general –aunque sin idealizarlo, por supuesto–, todos sus gestos y actitudes dejan traslucir una personalidad de rasgos notable.

Al igual que muchas de tus cartas, también la del 1/II comienza con unas líneas de carácter general, que unen y proyectan ésta, nuestra realidad de hoy y su riqueza peculiar de experiencias –luego de enraizarla en nuestro pasado– hacia el futuro, a tra-

vés de este presente vivo, vivificante y paradójico. Paradójico digo, pues, para quien no lo vive, o, al menos, para quien no lo integra en esa perspectiva única en la que estamos inmersos, tiene que aparecer inexplicable el hecho de ver sorteados uno a uno los rasgos y aspectos frustrantes que caracterizan la experiencia exterior de nuestros días y aun su realidad, claro.

Y, ¿sabés? Son siempre ocho o diez líneas que me sirven. En parte para “verte” un poco y, también, para verme a mí mismo, desde una perspectiva ampliada. Por supuesto: la diferencia de marcos de referencia hace que deba extremar los esfuerzos de imaginación que me permito, para siquiera acercarme un poco, no a tu sentir, que nos es común, sino a lo que pueden ser aspectos más concretos del mismo en estos momentos, que intento aprehender para hacerlos míos, aunque con la certeza de quedarme corto siempre, porque prefiero tener a doña imaginación a rienda corta, antes que darle demasiada libertad a sus alas.

Como ya sabés, en la última visita volví a tener la alegría de ver al gordito. Esta vez, sin jadeos. Me comentó que había empezado a hacer régimen para adelgazar o, más bien, para no engordar. Me parece bien, pues si me atengo a mi experiencia, el comer mucho o poco —cuando no está condicionado por un esfuerzo físico excepcional—, es más bien una cuestión de hábito, aunque puede estar influido por móviles psíquicos, en especial la ansiedad. Alejandro, en su carta, también me hace un comentario irónico sobre el “gordo Adolfo” y su régimen. La visita no salió de los

términos conocidos, aunque creo que avanzamos un poquito. Lo que me va a obligar a dar un salto de calidad va a ser el agotamiento de mi anecdotario, que ya está tocando fondo, creo, lo cual nos va a poner frente a frente en el presente que, por las circunstancias que nos tocan vivir, es mucho más su presente que el mío. No te cuento más porque él lo va a hacer verbalmente, espero y prefiero esperar tu visión-opinión.

Un poeta del Renacimiento escribió: “Porque este cielo azul que todos vemos/ no es cielo ni es azul/ Lástima grande que no sea verdad tanta belleza...”. Sin embargo, para mí, que suelo verlo muy esporádicamente y por minutos, es una delicia el poder contemplarlo durante todo el día por un ventanal que ocupa buena parte de la pared izquierda de mi alojamiento, y me paso las horas contemplándolo. Es una pena que la luz interior, por un lado, y el resplandor de los focos exteriores, por otro, me impidan ver a mis amigas, las estrellas. Pero sabemos que están allá, guiñando y titilando soñadoras, acercando su luz cargada de esperanzas y certezas.

Traje conmigo “La época de Mariano Moreno” de Rodolfo Puiggrós, un autor que deseaba leer, por conocer citas y dichos excepcionales sobre nuestro pasado; por ejemplo, su definición del caudillo. Además, mi siempre querido “Quijote”. No sé cuántas veces lo he leído y siempre el bueno de Cervantes me reserva nuevas cosas. Dejé en Durazno dos muy buenos libros: un enfoque realista de esa época tan dramática que fue la de la Contrarreforma –1550-1650–, titulado “El siglo de hierro”, escrito por un profesor

inglés, Henry Kramer, y un estudio muy reciente acerca del desarrollo tecnológico de la ganadería uruguaya entre 1930-1977, que me ha estado obligando a desoxidar los engranajes del cerebro, que nunca creí estuvieran tan atascados. Vos sabés que más bien soy haragán para estudiar cosas teóricas, pero el esfuerzo a que me obligaron las primeras doscientas páginas que llevaba leídas cuando me trajeron, me asombró un poco.

Bueno, estas líneas las escribo el 14 de tarde. Aún no me vio el oncólogo, así que no puedo darte ninguna otra noticia sobre mi estancia aquí. Estoy un poco más cerca de uds. que otras veces, como ya te lo he dicho. ¡Ah! Y he podido ver una estrella.

Un abrazo, un beso y saludos

Chau

Adolfo Wasem Alaniz

## **Carta escrita desde el cuartel en Durazno (R.C.B.2), el 5/V/83**

¿Qué tal, linda? ¿Cómo te va? A mí bien. De vuelta por acá, luego de una semanita escasa cerca de ustedes. Todo normal, con la novedad de que al cambiar el medicamento administrado, por 1ª vez no tuve ningún tipo de reacción molesta –pude almorzar a las dos horas de recibido, sin inconvenientes, ni siquiera un dolor de cabeza. El día anterior había tenido consulta con el especialista y me había aclarado que se iba a utilizar otro producto, pues la Atorvastatina es tóxica para el miocardio y no se animaba a superar la dosis ya inyectada, por estar cercana al límite que considera peligroso. El sustituto se llama Metotrexati. Aproveché para aclarar unas cositas sobre el pasado y el futuro: el plazo de dos años, manejado como límite de seguridad amplio –aunque no total– de que difícilmente vuelva a tener problemas, se cuenta a partir del diagnóstico, lo cual quiere decir que ya lo hemos superado, dado que mañana, parcialmente, se cumplen dos años de la operación. En cuanto al tratamiento, quedan aún dos dosis para terminarlo. Luego, por un lapso de tres años más, al parecer, continuarían efectuándose controles periódicos, cada cuatro o cinco meses, más o menos.

En la conversación me enteré, de manera casual, que otra de las ventajas que me reporta la gimnasia es la de combatir una posible fibrosis, generada como secuela de las radiaciones que se me aplicaron en la zona afectada. Paralelamente –y para terminar con

el tema– he recuperado el apetito y los dolores de cabeza han desaparecido, solucionado el problema de la luz. Te aclaro que veo bien aunque hace años descubrí que, para ello, necesito buena iluminación (lo descubrió un médico, más bien).

Supongo que a Freud no le sería difícil dictaminar acerca de los sueños que suelen presentarse durante estas estadías en Montevideo. Esta vez fueron un par de veces. Fijate qué curioso: la 1ª vez, yo estaba en algo así como un Museo, en una sala de grandes ventanales verticales y paredes en las que predominaban los colores claros, y aunque no veía a nadie, las sentía cerca, hablándome y preguntándome, al final: “¿sabés que te queremos?”, como si eso fuera una novedad y no una parte vital del sostén con que he vivido estos años de separación. Era muy lindo, entre otras cosas, por supuesto, porque uno cuenta con la seguridad de ese cariño. En otra ocasión, me hallaba en un ámbito más reducido, se veían las estrellas por un gran ventanal –por la noche, claro– y nuevamente, pese a no tenerte a la vista, la impresión de oírte y conversar contigo, y hasta la sensación de venir como de muy lejos y hallarse, de pronto, en medio del ruido ritual de la ciudad, en 18 de Julio, frente a “El entrevero”, para luego entrar a caminar tranquilo, sin apuro, rumbo a la Plaza Cagancha...

Bueno, dejemos al Hospital y volvamos a Durazno. El mismo día que me trasladaron, tuve visita con la vieja. Más corta que la normal, pues ya estaba decidido el viaje mío, claro. La encontré bastante bien, aunque un poco inquieta por el recorte del tiempo, aunque casi seguro que la causa era el Hospital, como

se lo aclaré. En la visita anterior, había venido Raúl...

Antes que me olvide otra vez: desde hace unas semanas tengo conmigo la bufanda que me hiciste el año pasado. Es muy abrigada y está muy bien hecha, además, al color y los trazos blancos quedan hermosos. Me gustó mucho (espero no pifiarme como con las medias del año pasado...) Hablando de medias, y sin ánimo de poner defectos, por supuesto, sino de ayudarme a mí mismo: tus recuerdos de mis medidas andan un poco desmedidos: mi modesta patita mide un poco más de veintiséis cms y medio. Tu último par, anda por los treinta cms... Por ahora lo tengo en reserva, en parte, porque no hace nada de frío, y, en parte, porque, a no ser para dormir, aún estoy pensando qué hacer con el cacho de punta –o talón– que me sobra... No te enojés que es broma. Lo que no es broma, aunque te enoje un poco, es el hecho de que, visto lo anterior, van a seguir teniendo preferencia las que me trajeron el año pasado, de autora anónima, ¿o descubriste quién las hizo?

Recibí una carilla tuya, de fecha 12 de abril, dedicada toda ella a trasmitirme las vivencias mutuas en la visita de despedida de Adolfo-niño. No son palabras para ser contestadas, pues reflejan y expresan eso: vivencias, para las que, en general, no suelo tener más respuesta que pasar mi brazo sobre los hombros o acariciar el pelo. De cualquier modo, quizás en la próxima podamos charlar algo sobre tus apreciaciones finales sobre ese hijo-amigo del que te despediste con un abrazo, luego de haber visto debatirse en él al hombre que aún no es –pero ya apuesta bastante claramente, al parecer– y al niño que ya ha de-

jado de ser –pero que todavía no se ha alejado suficientemente–. Debo contestarle su última carta, luego de terminar contigo. Tiene una novedad interesante: comienza, llanamente, llamándome Cholo, por 1ª vez, en lugar del protocolar y adecuado “papito” de las anteriores. Me gusta más... Y se termina. Pensaba contarte algo de mis últimas lecturas, que han mejorado bastante, pero no da el espacio. Un beso. Saludos y un abrazo grande. Chau.

Adolfo

## **En Durazno, 26/I/84**

¿Qué tal, linda? ¿Cómo estás pasando? Espero que bien. Adolfito me comentó en la visita y por carta lo emocionante que resultó la visita especial del 24 de diciembre. Estaba impactado. Supongo que habrás charlado con él acerca de la evolución de nuestra relación en los últimos meses. Lo cierto es que estoy un poco apabullado por las emociones y los sentimientos de diverso tipo que el hecho me ha provocado, porque no es sólo el disfrute de su presencia y el acercamiento que indefectiblemente sabía tenía que darse en algún momento, recuerdo las diversas cartas en que me comentabas lo bien que lo veías y lo que lamentabas que yo no pudiera compartir esas vivencias, no es sólo, entonces, la preocupación por mis visitas, cartas, su constancia por conseguirme buenos libros (sistemáticamente acertado, tanto por seguir las ideas que le he comentado, como por “adivinar” deseos que no me animé a expresarle, enviándome libros específicamente anhelados en secreto, como el caso de “Acali”, hace unas semanas), es, además, el impacto que no termino de asimilar del salto que ha pegado en su vida, es decir, para ser más exacto, de los saltos diversos con que me sorprende en cada nuevo encuentro o en cada carta y que en ésta, mi paradójicamente privilegiada posición de aislamiento y distancia, tengo oportunidad de apreciar como nadie de su círculo íntimo, incluyéndote a ti.

Alejandro siguió un camino más gradual, pues empezó antes a cambiar y lo hizo de manera más paula-

tina, aunque, si fuésemos capaces de la arbitrariedad de poner un adelante y un atrás en aspectos tan complejos de desarrollo, podríamos concluir que aún le lleva una cierta ventaja en algunos sentidos, parece realmente mayor, pero el negrito se le acerca al trote largo y, en cuanto a responsabilidad y algo que, apresuradamente, podríamos calificar de madurez, puede que, incluso, lo deje atrás. Creo que se nota la marca en ese sentido: tu mayor y más persistente relación con el negrito, me parece que, en ciertas facetas que pueden ser básicas, tiene una base más firme que aquella que Alejandro está construyéndose un poco solo, aunque menos solo, afortunadamente para su futuro, que lo que tuvimos que hacerlo nosotros, ¿verdad?

La quincena pasada te fallé, pues estuve ocho días en el Hospital para los controles y volví un día antes de la visita. Al principio, pensé que quedaría para el viernes siguiente y cuando a las ocho confirmé que no era así, ya no había tiempo para escribirle a nadie, ni a tu hijo, a quien le debía dos respuestas.

En el Hospital me hicieron análisis de sangre y orina, como siempre –en realidad, los únicos que me parece que importan son el hemograma y el Enzimograma Hepático–, placas de tórax (frente y perfil), electrocardiograma, y todo dio normal.

Pasé el tiempo leyendo y releendo una larga biografía de A. Lincoln, que me aportó bastante, aunque no me dejó del todo conforme. Era demasiado respetuosa (tendiente a pintar al hombre estatus, sin penetrar demasiado en el hombre de carne y hueso), además me llevé una muy documentada historia del

Occidente en los siglos XIV y XV, escrita por un profesor de la Sorbona. Esta vez no me aburrí y aproveché el tiempo, aunque ni pizca de soñar contigo.

De salud en general ando bien. Últimamente he suspendido un poco la gimnasia, porque aún no me he recuperado de un esguince del tobillo derecho que me hice correteando aquí adentro, ¿te das cuenta? Si algún día puedo hacer ejercicio en una cancha de fútbol, lo más probable sea que me mate a porrazos y termine en Traumatología. Aprovechando las fiestas me atiborraron con nueces, budín inglés, pan dulce y otras golosinas. Ya no sabía dónde meterlas, pues mi silueta es cada vez más parabólica. Hace quince días pegué el primer tirón de orejas. Si no se dan por enterados, voy a tener que bufar fuerte y en serio.

En los últimos meses he leído muchas biografías sobre Flores, Rivera, Oribe, Urquiza, Artigas, San Martín, Bolívar, Napoleón, Goethe, Rasputín, Robespierre y algún otro; el “Tabaré” de Zorrilla de San Martín; también libros de Ciencia Ficción y divulgación científica de Asimov. En fin, bueno todo y debido al gordito casi exclusivamente.

Y ahora, terminando este raconto monologado, un texto que no recuerdo de dónde lo saqué, aunque tiene sabor bíblico: “Lleva quien deja y vive el que ha vivido”, agregándole la misma a la carta que le mandé a mi hermano Raúl: que confiamos en seguir dejando y continuar viviendo. Un abrazo, saludos por ahí y a tu familia.

Chau

Adolfo



**CARTAS A  
ADOLFO, SU HIJO**



## En Montevideo - Hospital Militar, 24/V/81

¿Qué tal, Adolfo? ¿Cómo estás? A mí, aquí me ves, recuperándome de la operación. Me extirparon una aglomeración de tejido fibroso que se hallaba alojada a un lado del cuello. Pensaba que sería algo muy molesto o doloroso; al final, resultó mucho más soportable que lo imaginado. Por supuesto, la palabra operación siempre impresiona un poco, ¿verdad? Más aun cuando te ves llegando a una sala llena de mesas, focos y aparatos extraños, mientras te rodean médicos, enfermeras y auxiliares vestidos estrafalariamente y con caretas. Pero no alcanzaste a darte cuenta de lo que está pasando, cuando te quedaste dormido. Despertaste, te despertás y todos te dicen que ya pasó todo; estás en una cama y lo que más te preocupa es verte con un cañito que gotea metido en un brazo y sentir un gusto feo en la boca: resabio del gas anestésico. Unas horas antes, me habían dejado la cabeza como bola de billar: totalmente afeitada para evitar infecciones; así que te podés reír imaginando la pinta que tendría...

Tuve un pequeño problema hace unos días: cuando ya la herida estaba cicatrizada y comenzaban a sacarme los puntos, se rompió una arteriola –una pequeña arteria– y se produjo una hemorragia que obligó a abrir de nuevo un extremo de la herida, limpiar, nuevamente, etc. Como perdí sangre, volvieron a ponerme el famoso cañito que gotea; pero ya hace varios días me lo retiraron y estoy de nuevo en pie. Vos

sabés lo pamentera que es la sangre: me manchó toda la ropa que tenía puesta... Espero que esta semana me retiren los puntos y me saquen la primera radiografía de control, que va a ser analizada por los especialistas, para asegurarse de que las cosas salieron como ellos piensan.

En síntesis: parecería que todo lo que me va a dejar esto es otra cicatriz en este traje que me regaló la vieja al traerme al mundo (y que ya se parece más a un mapa, lleno de mares, ríos y montañas, que a la piel de un hombre; pero como hace tiempo dejé de buscar novia y más feo y veterano de lo que era no voy a quedar, es un detalle que carece de importancia, ¿no te parece?).

Bueno: según me cuenta Sonia, tus primeros promedios trimestrales fueron bastante buenos, salvo en Biología, ¿no? Como tengo confianza en tu dedicación y sé que los primeros escritos pueden salirle a cualquiera medio flojos, por falta de experiencia para entender lo que te pide el profesor, por ejemplo, no tengo dudas de que los próximos van a ser superiores y que lo de Biología es algo que vas a dejar atrás.

Como habrás notado he dejado de seguir lo que hace tiempo te dije iba a ser mi conducta sobre las cartas para ti; o sea que pensaba escribirte solo en el caso de que me demostraras que te interesaban, respondiéndome. Esta es la tercera que te envío sin recibir nada tuyo... Y no me digas que no tenés tema, pues solo con el liceo y las gurisas (que un pajarito me contó se han convertido en motivo de grandes charlas con Alejandro), ya tendrías para rato. Dale

un beso a Sonia de mi parte y contale lo que te escribo aquí; un abrazo a los viejos y otro a Alejandro. Saludos a tus tíos y un abrazo para ti. Chau: Cholo.

P.D. Mandame “CASCOLA”.

## Hospital Militar: 17/VIII/81

¿Qué tal, Adolfo? Veo que andás muy bien en el liceo. Tu carta fue una grata sorpresa, tanto por las calificaciones de semestre como por las noticias que me das del caso. Pero, claro, lo que más me alegró fue el hecho mismo de recibir unas líneas escritas por ti. Como tiempo es lo que sobra, a veces se me ocurre fijarme en detalles que vos podés pensar que carecen de importancia. No obstante, creo que a mí me sirven para hacerme alguna idea de tu desarrollo. Uno de ellos es tu letra. Aunque las únicas cartas que guardo son las de tu madre –pues estoy convencido de que algún día vas a sentir curiosidad por conocer nuestra relación a través de ellas y la visión y opiniones de Sonia sobre vos– siempre alguna tuya se salva de las limpiezas periódicas de papeles que hago en la carpeta. Entonces, cuando me entregan una nueva, suelo compararlas.

Lo cierto es que la última es notoriamente diferente de la que puse a su lado, tanto por la redacción como por la firmeza de la escritura. Y aunque acepto que, en parte, es una manía medio formalista, creo que todo lo que lograrás superarte en la expresión de tus pensamientos por escrito te va a ser de utilidad para avanzar en tus estudios y otros aspectos de la vida. El que redactes mejor que yo y que tengas calificaciones superiores a las mías a tu edad, es una alegría, pero lo más importante de esta última carta fue la impresión de que esta es la primera carta que recibo de un joven. De ahora en adelante, en consecuen-

cia, es a ese joven a quien voy a dirigir mis palabras cuando te escriba.

Hay un tema del que nunca hemos hablado ni en las visitas ni en estos papeles: es el de nuestra relación. Para mí, hace mucho tiempo que es claro que lo que debemos buscar es ser amigos, pues las circunstancias no han permitido que pudiéramos llegar a ser un padre y un hijo como los que vos y yo conocimos a nuestro alrededor. Y creo que no es poco eso de ser amigos, al contrario. Posiblemente sea más difícil y, quizás, hasta más interesante construir un vínculo de ese tipo (pues la amistad se construye voluntariamente, paso a paso, conociéndose un poco más cada vez, adquiriendo, de a poco, ese sentimiento que la sustenta y que es la confianza). Pese a algunos refranes que tú y Alejandro han oído en contra de ella –los amigos son como los jueces– yo, que la he conocido en toda su dimensión, te puedo asegurar que es el sentimiento, el vínculo más hermoso que puede unir a dos hombres. Por eso es que aspiro a que me ayudes a crearlo.

Como la base de toda amistad es la confianza, y ésta se manifiesta, entre otras cosas, expresando sin temor y sinceramente lo que pensamos, sobre lo que nos rodea, sobre nosotros mismos y sobre las personas a quienes queremos, te propongo que de ahora en adelante tratemos de empezar a usar esa forma de conversar, en la que el temor a ofender u otros por el estilo dejan de obrar contra la confianza. Un ejemplo de este temor es el que me contó Sonia hace tiempo te afectó, cuando no entendías algunas palabras de mis cartas y no te animaste a escribirme di-

ciéndomelo. Vamos a tratar de que no vuelva a suceder, ¿te parece? Porque, ¿sabés?, los amigos, al contrario de esos refranes pesimistas, están para ayudarse, para compartir las penas y las alegrías, el mate, el vaso de vino, los recuerdos, las esperanzas, los libros y los pesos del bolsillo. Y para todo eso es imprescindible la confianza. Por hoy, dejamos por acá el tema.

Bueno, decile a la vieja que no necesito ninguna ropa, salvo las medias que le pedí –finas, de algodón o de hilo–. Que me alegro mucho de que haya ido al Clínicas a controlarse. Yo estoy bien, las aplicaciones de cobalto no me han afectado en ningún aspecto, las tolero perfectamente. No son dolorosas ni producen molestias o malestar de ninguna clase. Cuando son excesivas o se toleran mal, provocan molestias, pero en mi caso no ha sucedido nada de eso. Esta semana termina la serie y el viernes se decide si me da algún refuerzo extra. Vamos a ver.

Creo que está muy bien la decisión de Alejandro de ir a la UTU. El tener un oficio y el título de técnico en Sanitaria es una gran cosa. El hombre que sabe qué hacer con sus manos, adquiere una seguridad material y espiritual que no la obtiene de ninguna otra manera. A propósito: me gustaría que aprendieras a trabajar con Raúl o el viejo. No importa que llegues a ser ingeniero, siempre te va a ser útil, material y moralmente, la habilidad manual; aparte de poderte ayudar económicamente, para vestirme, comprarte libros o gastar en lo que deseas tus propios pesos. Leele a la vieja esta parte de la carta y al viejo decile que adelgace y se opere lo más pronto que pue-

da. A Sonia contale lo que te digo y conversalo con ella, decile que le mando un beso y que no le escribo por no haber recibido ninguna de ella últimamente. Y mirá que yo he usado mucho tiempo el pretexto de que me cuesta escribir, para justificar mi atorrantismo, así que dudo un poquito cuando me decís lo mismo. Un beso grandote para los viejos y Alejandro. Saludos a los Alanices y los Mosquera. Para ti un abrazo fuerte. Chau

Cholo

## **En Montevideo - Hospital Militar, 28/IX/81**

¿Cómo te va, Adolfito? ¿Cómo estás pasando? Supongo que habrás terminado tus vacaciones de primavera y que te habrás divertido de lo lindo. Cumpliendo mi compromiso, te escribo respondiendo la última carta que me escribiste y que recibí en Paso de los Toros el día antes de ser trasladado al hospital nuevamente. Lo cierto es que me siento un poco más contento que de costumbre al contestarte desde tan cerca de casa; es casi como si estuviéramos hablando por teléfono, ¿no te parece?

Bueno; antes de conversar sobre tu carta, quiero aprovechar ésta para tranquilizarlos a Uds.; en especial a los viejos. Deciles de mi parte –o mejor: leeles esta carta a los dos– que este fue un traslado previsto desde que me fui de aquí. Se van a seguir repitiendo cada cierto tiempo, pues es necesario que los especialistas controlen periódicamente la evolución de la enfermedad, ya que si bien creen que se ha extirpado totalmente el tumor, por prevención tienen que observar la posibilidad de que haya quedado algún pequeño resto. Las radiaciones se aplican, precisamente, para destruir esos residuos, pero como nunca se puede estar seguro de que hayan desaparecido todos, durante cinco años se hacen controles periódicos en todos los casos como el mío.

Al principio, esos controles son mensuales, luego se van espaciando más. Lo que me sorprendió un poco ahora es que faltaban algunas aplicaciones más de cobalto-terapia –cinco o seis–, por lo que voy a per-

manecer internado ocho o diez días por aquí. El oncólogo me encontró bien y vamos a aprovechar este período para hacerme examinar la columna, pues la secuela de dolores musculares que aún padezco desde la operación, creo que se ha visto reforzada por algún tipo de agravamiento de mi vieja desviación.

Como ves, estoy como tu madre, que en una de sus últimas cartas me comentó que había venido a hacerse placas de columna, pues ella también sufre un problema de desviación. Aunque espiritual y anímicamente seguimos sintiéndonos unos gurises, las treinta y cinco primaveras que llevamos encima se hacen notar, ¿no te parece? Así que a los viejos y a Sonia, aclarales que no ha habido ningún tipo de problema y que esto del traslado es algo previsto desde que me fui y totalmente normal. Me encuentro muy bien, solo son algunos dolores en hombros y espalda, de carácter muscular y estoy siendo tratado por ellos.

Y ahora a tu carta. Las noticias del liceo me dejan muy contento y confirman la confianza que todos depositamos en ti. La carta en sí no me gustó mucho. Ya te dije que iba a ser franco contigo y lo soy. Creo que la razón de ello está en que no me respondés a la carta que te había mandado antes, en la que te hablaba de nosotros dos y de la amistad, temas sobre los que desearía saber qué es lo que vos pensás. Quisiera que hicieras un esfuerzo por escribir lo que vos pensás, más que describir lo que vos ves a tu alrededor: el perro, lo que hacen los viejos y Alejandro, etc. Sé que es difícil lograr esto; pero algo que te puede ayudar es tener mis cartas junto a vos, en el momen-

to de escribir, y releerlas para contestar a mis preguntas o decir lo que pensás sobre los temas de los que te hablo; por ejemplo, sobre ese asunto de la amistad. Algo que me gustaría que me contaras es qué pensás de Sonia, cómo la ves, lo mismo de los viejos y de Alejandro, qué tal son tus profesores y cuál es el que más te agrada o te parece mejor. Y te dejo. Un beso a los viejos, otro a Alejandro. A ti mi cariño y un abrazo. Chau. (Firma)

P.D. Todo lo que pedí, llévenlo a P. de los Toros cuando vuelva; aquí si quieren traigan algún libro o revista. Chau. Adolfo Wasem Alaniz

## En Paso de los Toros, 29/X/81

¿Cómo te va, Adolfo? Espero que bien. Yo ando fenómeno. Imagino que tú andarás algo preocupado por la internación de Sonia; pero supongo que ella te habrá comentado que desde hace un tiempo está molesta de la columna y que el médico le había dicho que seguramente iba a tener que ser tratada con fisioterapia, para lo cual es preciso permanecer algunos días en el Hospital. De cualquier modo, cuando leas ésta es casi seguro que ya la habrás visto y estarás mejor enterado que yo de lo sucedido.

Debo pedirte disculpas por el atraso con que te contesto la última tuya; la recibí poco antes de ser trasladado para aquí, y preferí escribirle a tu madre la semana pasada, sabiendo que comprenderías mis razones, teniendo en cuenta la ansiedad de Sonia para recibir noticias directas sobre mi enfermedad y la evolución de su tratamiento.

En cuanto a mi enfermedad, te propongo dejar el tema a un lado por hoy, ya que el espacio es limitado y quiero conversar de otros temas que se desprenden de tu carta. Todas las dudas que puedas tener sobre mi salud, planteáselas a Raúl, con quien el domingo hablamos detalladamente sobre el asunto; aunque, si te interesa que sea yo quien te informe del tratamiento, mandámelo decir y le dedicamos una carta especial a ese punto. Solamente te reitero lo del principio: ando fenómeno. Me alimento normalmente, hago gimnasia y mis actividades son las de siempre—leer, caminar, escribir, pensar—. Por último: no debés

preocuparte por el hecho de que me interno periódicamente en el Hospital, ya que, por cinco años, tengo que seguir un tratamiento que me requiere permanecer varios días allí, cada cuatro o seis semanas, para recibir una serie de inyectables intravenosos, durante cinco días cada vez.

Bueno: a tu carta. En primer lugar: ¡por fin te hiciste el chequeo médico! Ahora lo importante es que lo repitas periódicamente –una vez por año–. Sonia me dice que el médico te recomendó más ejercicio físico. ¿Cómo vas a hacer en ese punto? Y ya que logramos esto, luego de tantos años, te propongo completar ese paso con un examen de tu dentadura. En la misma Sociedad tenés dentista y lo único que hay que hacer es fijar día y hora. Supongo que ahora que andás revoloteando alrededor de las gurisas en el liceo y los bailes, te debe interesar tener una buena dentadura y no ésta que he llegado a tener yo, por despreocupado, ¿verdad? Espero que me contestes sobre este punto. Pienso que esta última es la mejor carta que me has escrito; bien redactada y clara en la expresión de tus opiniones. Me alegra que sigas tan bien en el liceo y, por supuesto, recibo con agrado las noticias que me enviás. Pero lo más importante para mí son esas opiniones –en este caso sobre los viejos, Alejandro, Sonia–, pues es a través de ellos que nos podemos ir conociendo un poco, aunque este medio es muy limitado, claro, y ni yo ni vos debemos olvidar que a la gente se la conoce realmente por sus acciones, más que por lo que dice o escribe, y el mejor modo de hacerlo es observar y observarnos nosotros mismos, para ver hasta dónde existe coherencia en-

tre las palabras y los hechos, coherencia que recibe el nombre de consecuencia. Ser consecuente es la condición básica de la honestidad y, como alguna vez te he dicho, la honestidad es el fundamento de la personalidad de un buen hombre.

Acerca del problema que ves en Alejandro –su impulsividad y falta de reflexión sobre las consecuencias de sus actos–, me inclino a pensar que tenés razón, en base a los comentarios de las visitas. Lo único que se me ocurre sugerirte es que trates de hablar con él. Al parecer, no es fácil hacerlo para vos, ya que te perjudica la rivalidad que se ha fomentado entre ambos, desde pequeños, echando leña a una pretendida competencia de ejemplos que no sirve más que para crear distancias artificiales entre los individuos, pues “naide es más que naides” –como decían nuestros gauchos de la Patria Vieja–; las personas son diferentes y todos tenemos aspectos positivos y negativos en nuestra personalidad y carácter. Lo importante es conocer esos diferentes aspectos y buscar los medios de desarrollar los positivos, tratando de ubicar y neutralizar, en lo posible, los negativos, para superarnos individualmente y para ser útiles a quienes nos rodean.

Una de las características negativas más difíciles de superar es el egoísmo, por estar profundamente arraigado en nosotros desde los albores de la especie, tendencia natural, instintiva. A los primeros hombres, la lucha por la subsistencia los obligó a ser despiadadamente individualistas para sobrevivir. En el correr de las generaciones, la vida de relación nos llevó a desarrollar otras características que lo neu-

tralizan, y así aprendimos a cultivar el amor, la amistad y la solidaridad, que requieren un esfuerzo consciente para desarrollarse por estar menos profundamente enraizados en lo racional de nuestra naturaleza.

Y ese egoísmo que siempre va a asomar la cabeza, nos obliga a practicar el desarrollo de la amistad, la solidaridad, el amor, como medios de formación personal y, hoy, como medio para encontrar la manera de darle una mano a Alejandro, la necesita; para una charla del tipo que te sugiero, lo más importante es plantearla fuera del momento de enojo que cualquier hecho concreto plantee, además de ser uno el primero en reconocer sus errores. Recordalo. Si alguna parte de ésta no la entendés, hacela leer por algún amigo que te explique el pasaje, aunque no creo que sea necesario.

Un abrazo y un beso para ti y al resto de la familia. Saludos a los Alanices y los Mosquera. Chau.

Adolfo Wasem Alaniz

## En Paso de los Toros, 18/XI/81

Buenos días Adolfo. ¿Qué tal? ¿Cómo te va? Espero que bien. ¡Cómo no! Me gustó mucho tu carta a máquina. No la hubiera escrito a tu edad; cuando aprendí, después, no me hubiera salido mucho más prolija; quizás con más tachaduras, pues tenía el vicio del retroceso.

A estas horas, ya tendrás los resultados de las pruebas semestrales, y estoy seguro de que habrás experimentado la satisfacción que uno puede sentir cuando obtiene los frutos justos, adecuados, luego de haberse preparado correctamente. Es un tipo de vivencia íntima, personal, que nos llega a veces sin que nos demos cuenta, pero que caracteriza de forma clara el juicio que cada uno hace de su propio trabajo. A mí me acompañó en preparatorios, aunque más de una vez fue origen de una gran vergüenza –personal, íntima también, sobre todo ante los viejos–, cuando era consciente de que sus felicitaciones, su alegría, ese orgullo con que se sentían realizados, a través de mis logros, todo eso yo lo había defraudado –por más que las notas fueran buenas–, pues era consciente de haberme preparado mal, de haber haraganeado y sido inconstante, otras veces, sentí mucha bronca al ser bochado injustamente (en italiano, por ej.); pero toda bronca ante algo injusto es sana, eso deja huellas dolorosas como la de la vergüenza de que te hablo antes; hoy me es imposible revivir mi indignación ante ese examen de italiano perdido; sin embargo, experimento la misma incomodidad recordando felicita-

nes no merecidas, similares al dolor que tuve al perder Penal en Facultad, por ir a rendirlo pésimamente preparado.

Bueno: pensaba hablarte de pinta y ropas y mirá por dónde salí... El tema se me ocurrió cuando Sonia, bromeando, me comentó que hiciste caminar horas a tu tía, hasta conseguir la ropa que deseabas. Entiendo muy bien, creo, tu forma de sentir y tus ganas de presentarte ante tus amigos y las gurisas bien empilchado. Sienten lo mismo el gaucho, el obrero y cualquier muchacho. Pero me gustaría que recordaras siempre que lo que da valor al hombre es la percha y no la ropa que lleva encima.

Esto vale más aun en tu caso y en el de Alejandro, pues ustedes viven en un barrio de gente que económicamente está mejor que los viejos, y nunca van a poder estar al nivel de los otros muchachos, ni en su ropa ni en otras cosas. Además, es importante aprender a sentirse digno en vaqueros y champions, pues, de otra forma, se corre el riesgo de juzgar a la gente por la ropa que viste, y ese es el primer paso para empezar a avergonzarse de los viejos y gente como ellos: un primer paso bastante feo, ¿verdad?

Unos besos y abrazos para todos, en especial para el manco Alejandro. Para ti un abrazo. Un beso a Sonia y saludos a la parentela. Chau. Adolfo Wasem Alaniz

## En Paso de los Toros, 26/XI/81

Buen día Adolfo. ¿Cómo estás? Yo bien. Ayer me entregaron la última tuya traída por la vieja. Por lo que veo, estamos de acuerdo en todo: ver al dentista, hacer ejercicio como te indicó el médico, necesidad de conversar con Alejandro. Sobre esto último, la única forma de vencer las dificultades que existen entre Uds. dos es buscar un acercamiento paulatino, tratando de evitar las discusiones y de charlar más sobre temas de interés común; si se cumple ese objetivo, dentro de un tiempo te va a ser posible decirle cómo son un montón de cosas, entre otras, esa forma impulsiva de encarar sus acciones sin reflexionar sobre ellas. Quizás lo mejor sería que conversaras con Sonia lo que comentamos; es muy probable que a ella se le ocurran ideas mejores que las mías.

Es una lástima que no veas a Raúl, pues sobre el tema de mi enfermedad, y sobre otros, te podía ser de ayuda. Además, dentro de su biblioteca algo extraña, tiene una serie de libros que estoy seguro te han de interesar. En fin; visto que las cosas son así, te voy a hacer un resumen del proceso; después me podés mandar preguntas acerca de puntos que te interesen en particular –si hay alguno–. Si va algo que te cueste entender, consultá con algún amigo mayor o con la petisa. Voy a manejar algunas palabras técnicas y a tratar de explicarte lo que significan (cuando yo lo sepa). Te hablo como a un muchacho mayor, que no se asusta ni de las palabras ni de la verdad; espero no equivocarme al hacerlo.

Como recordarás, cuando me viste tenía un bulto en un costado del cuello, que resultó ser un tumor maligno de nombre un tanto impresionante: HEMENGLIA-PERISITOMA. La primera palabra quiere significar que se formó a partir de vasos sanguíneos; la otra no tengo idea. Dentro de la clasificación que realizan los especialistas, parece que es de los menos malignos. Como es operable, luego de diversos análisis, me lo extirparon, junto a una porción de tejido muscular adyacente y a las cuatro apófisis cervicales (que son esas protuberancias óseas que vos podés palpar en tu cuello, encima de la columna vertebral, debajo de la nuca, lugar en el que yo hoy tengo una depresión que –dicen– no se nota mucho). Se retiró esa parte de la columna preventivamente, pues existía el peligro de que estuviera afectada.

El tratamiento indicado por el oncólogo –que así se llama a los especialistas en cáncer– constaba de dos etapas: La 1<sup>a</sup> consistía en la intervención quirúrgica y aplicaciones de radiaciones de cobalto –cobaltoterapia– en la zona del cuello, cuyo fin es eliminar pequeños restos de tejido enfermo que hayan escapado a la acción del cirujano, pues bastan residuos celulares para que exista la posibilidad de que el proceso recomience, en un nivel mayor de gravedad. Esta 1<sup>a</sup> etapa terminó hace un mes y medio, y el director del Instituto de Oncología –donde me aplicaron las radiaciones– me informó que existe un 85% de posibilidades de que no vuelva a aparecer nada en el cuello en los próximos cinco años, lapso durante [...] <sup>1</sup>

---

1. Se extravió una hoja del original.

## **En Montevideo, 27/XII/81. Hospital Militar**

¿Qué tal Adolfo? ¿Cómo te va? Espero que bien: divirtiéndote y haciendo playa. Supongo que habrás pasado bien las fiestas pasadas, ¿verdad? Confío en que lo mismo suceda a fin de año. El jueves me quedé despierto hasta después de medianoche, para oír el sonido nocturno de la ciudad en fiesta; hacía tiempo que no tenía oportunidad de hacerlo, recordándolos y pensando en Uds.

Pese a las circunstancias y la enfermedad, concluí que no fue un mal año, en especial para vos y para mí, pues hemos podido intercambiar algunas cartas que, al menos a mí, me dejaron satisfecho. Además, he dejado de tener un niño por hijo: definitivamente apareció el muchacho que hace tiempo esperaba. Y su aparición me dejó muy contento; no solo por esas excelentes calificaciones del liceo –por las que te felicito– sino por una serie de detalles que Sonia me trasmite en sus cartas, que me revelan aspectos de tu relación con ella y tu personalidad en formación, en los que la confianza grande que tengo depositada en ti se ve justificada.

Acerca de las cartas finales me quedan estas interrogantes: ¿qué te pasó en Educación Musical? Bajaste un punto entre el 1er. y 2do. semestre. ¿Qué materia te gusta menos? ¿Qué pensás de las notas en general? ¿Creés que son justas? ¿Te las mereciste? Porque recordarás que alguna vez te comenté que a mí me pasó, en más de una oportunidad, el recibir calificaciones más altas de las que yo era consciente

de haber merecido. En fin; cualquiera sea tu respuesta a estas dudas, a mí me queda como saldo una alegría extra: me sobrepasaste por lejos en rendimiento, lo cual me indica que tenés no solo más capacidad sino que, aun más importante, sos más trabajador y más constante de lo que yo era a tu edad, pues, como le digo a Sonia en la última carta, ese nivel de notas es imposible obtenerlo sin estudiar.

Bien: En Paso de los Toros quedó la carta que me pediste te escribiera sobre todo el proceso de la enfermedad. Supongo que ahora no la necesitás mucho, pues Sonia habló con el especialista que tiene a su cargo mi caso, cuando estuvo internada, y te debe haber contado lo que éste le dijo. Pero te va a llegar igual, cuando yo vuelva. Estoy por empezar a recibir la 2ª serie de intravenosas; posiblemente comiencen mañana; todos los exámenes y controles que me han hecho salieron normales –sangre, orina, placas, electrocardiogramas–, así que, por el momento, voy marchando. Un poco más pelado, pues los medicamentos me aceleran la caída del cabello, pero nada más. Estoy en el mismo peso que hace dos meses –69 kilos– y me siento muy bien. Leeles esta parte a los viejos y contásela a Sonia, para tranquilizarlos.

Y se termina: Cuando me vayan a visitar a P. de los Toros llévenme el vaquero azul fino: y, si pueden, \$ 50 para poder mandarles cartas por ONDA. Un beso y un abrazo grande para la vieja, Alejandro y Sonia. Saludos a tus tíos del Cerro. Andá a verlos. Para vos: un abrazo. Chau. Adolfo Wasem Alaniz

## En Paso de los Toros, 20/I/82

¿Cómo te va Adolfo? Recibí tu carta del 9/I, en la que me das tu parecer sobre las calificaciones del liceo. No tengo nada que agregar sobre el tema, salvo que imagino algunas de las razones por que Ed. Moral no te gusta; y en cuanto a Ed. Musical, sé por experiencia que, si no se cuenta con un buen profesor, es una materia poco interesante, pues el gusto por la música se puede cultivar pero no enseñar. Tuve la suerte de encontrarlo al Prof. Mondino, hoy muerto; un tipo genial, enamorado de la música y de los jóvenes, a quienes contagiaba ese amor. Y a él debo algo grandioso, una de mis grandes aficiones: el placer de apreciar el valor de la buena música, pese a mi gran ignorancia, por supuesto. Pero no te preocupes; es algo a lo que vas a llegar, estoy seguro.

Alejandro se vino en la gran pinta: de Lewis, chaleco suelto y hasta cadena en la muñeca... Charlamos sobre un montón de cosas y creo que lo pasamos muy bien. Al menos a mí, la alegría de haberlo visto y compartido esa hora juntos me dura todavía. Hablamos de la pinta y la percha; tema sobre el que hace un tiempo te escribí, ¿recordás? Y se me ocurrió comentarle lo siguiente, por si te podía ser útil, para que lo pienses: Tus tíos son los que te compran casi toda la ropa, ¿verdad? Bueno: creo que deberías ser cuidadoso con tus pedidos y exigencias, valorando bien si lo que vas a pedir lo necesitás o no. Pues vos ya sos lo suficientemente grande como para darte cuenta de que, hoy día, cualquier prenda vale un lote de pe-

sos, y no siempre Walter los puede tener disponibles, sobre todo porque, trabajando en el fútbol, a veces se queda sin cuadro, como este año que pasó. En caso de que desees algo que realmente no necesitás –un Lewis, digamos– pienso que lo correcto es hablar con ellos y decirles: Mirá: yo deseo un Lewis porque todos mis amigos tienen, pero no lo necesito. ¿Me lo podrás comprar? Pienso que esto es más considerado y correcto que pedir sin pensar antes, pues nunca debés olvidar que su situación no es muy superior a la de los viejos, aunque es posible que estén un poco mejor. Y no te olvides que si vivís deseando las cosas de última moda, ni aun el día en que trabajes vas a vivir tranquilo, pues seguir ese tren es andar corriendo siempre tras lo que la propaganda te pone delante, y ésta siempre inventa una nueva cosa para encandilarnos.

El calzoncillo que me mandaron me queda muy grande y acá no lo puedo achicar. Mi cintura es de 82 centímetros y es para esa medida que tienen que conseguirme uno. De pronto, el talle es el mismo que el de los pantalones, que es 82 u 84. Disculpen las vueltas que les hago dar.

Si pueden conseguirme, necesitaría el 1er. libro del curso “STEPS TO SPOKEN ENGLISH” y un diccionario chico, si puede ser, con la pronunciación en inglés. Sobre este mismo tema: ya estás en edad de comenzar a estudiar inglés, y me parece que tendrías que empezar este año y en el Anglo, que está atrás del Palacio Municipal. En cualquier disciplina técnica que emprendas en el futuro, vas a necesitar, de manera imprescindible, dominar bien un idioma, y el

inglés, en este momento, es el más accesible (otro podría ser el alemán). Y para aprender, aprenderlo bien, no en cursitos particulares. Andá hasta el Anglo o llamá por teléfono –aunque mejor andá y pronto–, pues creo que las clases empiezan a principio de marzo o antes e informate de todo: horarios, precio por mes, libros y su precio, etc. En la guía está bien la dirección, pero queda en la calle San José, detrás del Municipio.

Y esto se termina. Decile al viejo que el sábado me voy a acordar de él especialmente, por su cumpleaños; y aunque estas felicitaciones le llegaran fuera de hora, que las reciba igual con mi cariño y un abrazo. Un beso a Sonia. Otro a la vieja. Un abrazo a Alejandro, y a vos un abrazo grande.

Chau.

P.D. ¿Me podrás conseguir algunas hojas de este tipo y tamaño y una carpeta?

Si podés, te las agradezco. Chau.

Adolfo Wasem Alaniz

## En Montevideo - Hospital Militar, 22/V/82

Buen día, Adolfo. Cómo te va? Espero que bien. A mí, aquí me tenés, otra vez cerca de Uds. Y pronto para recibir una nueva serie del tratamiento. Hace unos días me sacaron una muestra de sangre y otra de orina, para los análisis, y, de tarde, me hicieron una radiografía de tórax. Supongo que ya estarán los resultados y que en cualquier momento comienzan las inyecciones, pues doy por sentado que van a salir normales, ya que físicamente me encuentro como siempre: bien. Ayer me pesé y estoy en mis 69 quilos acostumbrados.

En la última visita devolví tu carpeta de trabajos domiciliarios. Aparte de lo que me divertí viendo tus aciertos y desaguisados infantiles, me sirvió mucho para hacerme una idea de las dificultades que tuviste que enfrentar durante esos años. Abarcan tres rubros: prolijidad, ordenamiento del trabajo y atención, aspectos a los que se suma, en algunos casos, un evidente apresuramiento por terminar e irte a jugar, que, a veces, te llevaba a no completar las tareas indicadas. El problema de la prolijidad se lo había señalado a Sonia, pues lo notaba en la letra de tus cartas; creo que hoy es algo bastante superado, ¿verdad? Aunque me da la impresión de que tendés a no darle importancia a ese aspecto, de pronto conviene que tengas presente que, además del valor en sí que tiene el acostumbrarse a trabajar prolijamente, con claridad y orden, los encargados de corregir tus escritos siempre van a ser influenciados por la forma que éstos tengan:

favorablemente, si les has facilitado su tarea; desfavorablemente, si la complicás; desagradablemente, si les presentás un trabajo engorroso, confuso.

El problema del orden, al no tener quien te pueda dar indicaciones sencillas que te facilitarían llegar a superarlo rápidamente, vas a tener que irlo enfrentando solo y a los tropezones, pero no te va a complicar mucho la vida, pues la práctica te va a llevar de la mano hacia él, siempre y cuando, como en el 3er. rubro –la atención–, comprendas plenamente que todas las cosas necesitan hacerse sin apresuramientos exagerados, los cuales nos llevan, por ej., a resolver bien todas las operaciones de un “pienso”, pero a resolver equivocadamente el ejercicio en su conjunto, por haber tomado mal uno o más datos.

El refranero popular está lleno de tradiciones no siempre rescatables o acertadas, pero también de muchas esencias de sabiduría popular plenas de vigencia; y cuando nos dice que “piano, piano, se va lontano”, para este caso, creo que vale la pena recordarlo. Claro que, en tu caso, las exigencias van a ser cada vez más un tironeo contradictorio –más tareas cada día y menos tiempo para cumplir con cada una de ellas–, pero si te acostumbrás, desde ahora, a ser eficaz en el cumplimiento de ciertos hábitos –como el repasar las cifras de los datos, antes de empezar a meterle con todo al tema del escrito–, vas a darte cuenta de que esas pequeñas pausas son las que te garantizan trabajar con eficacia, lo que quiere decir hacerlo correcto, rápida y claramente.

Y termino con tu carpeta recomendándote le pidas a Noemí te la encuaderne, pues así se va a desha-

cer y estoy seguro de que a Sonia le va a gustar mucho poderla hojear despacio algún día.

Bueno, te voy a pedir que le digas a la vieja que necesitaría un pomo de pasta dental de los más grandes y uno o dos desodorantes, si me puede mandar. No sé quién fue que me dijo que Gregoria me mandaba preguntar si necesito algo. Díganle que no; que le agradezco únicamente si quiere mandarme revistas deportivas. Fijate bien que le envíen a Sonia las últimas cartas que le he escrito desde Durazno, pues en ellas le respondo a varias tuyas que recibí luego de meses sin ver su letra. Como desde acá no le voy a escribir seguramente, contale sobre mi salud y, si te parece, comentale lo que te digo más arriba, a ver cuál es su opinión al respecto. Espero que me envíes tus promedios, en cuanto tengas algunos. Un beso a los viejos; otro a Sonia. Un abrazo a Alejandro y saludos a tus tíos y primos del Cerro. Decile a Sandra que me alegró mucho su ingreso a Facultad. Un abrazo para vos y mi cariño.

Chau. Adolfo Wasem Alaniz

**En Durazno, 19/VIII/82**

¿Qué tal Adolfo? ¿Cómo te va? Espero que bien. Releo tu carta y vuelvo a reírme por la forma en que comentás lo acontecido al equipo de la Liga Universitaria. La desilusión debe haber sido grande, imagino, recordando lo que Sonia me comentaba, días antes del viaje, sobre el entusiasmo con que iban a esa competencia.

Comparando los promedios actuales con los del año pasado, veo que los resultados fueron más bajos en matemáticas, idioma español y biología. En conducta y las demás materias es igual el promedio, y el concepto general algo menos aprobatorio. De cualquier forma, coincido con tu valoración: te fue bastante bien. Como me decías en la visita, parece claro que este año has enfrentado algunas dificultades nuevas, a lo que se suman esas observaciones en conducta que, indudablemente, deben pesar en el rendimiento puntuado. Teniendo en cuenta tu desempeño escolar y el del año pasado, estoy seguro de que vas a mejorar en el 2º semestre, pues es lo acostumbrado en ti.

Al parecer, te cuesta un poco entrar en ritmo luego de las vacaciones, cosa que es más notoria en Alejandro (de paso: decile que me interesa también conocer sus promedios). Me extrañó un tanto la calificación en química, ya que es notoria tu inclinación hacia las asignaturas científicas, al parecer, en las que te desenvolvés más a gusto; esperaba un promedio más alto. No olvido, sin embargo, lo que me de-

cías en la visita, precisamente, acerca de esta materia. En fin: solo las calificaciones no dan para opinar demasiado. Lo importante es que te sirvan de referencia para analizar tu trabajo del semestre, tendiente a superar errores cometidos y seguir acentuando lo que haya sido correcto.

Hace unas semanas, al pasar en limpio apuntes que saqué de “Educar educándose”, de Louis Evelyn, profesor francés muy amigo de los alumnos –libro dirigido a los padres, para “educarlos” un poco a ellos–, me encontré con dos o tres frases que, de pronto, te pueden ser de utilidad; te las transcribo: “En el estudio, el único método es reflexionar, comprender, esforzarse por atender y entender, que es precisamente lo que el alumno, como tantos de nosotros, detesta”. “En la práctica hay un solo método para aprender: detenerse constantemente para verificar si se ha comprendido lo que se acaba de leer, si se es capaz de repetirlo, y repetirlo con otras palabras. Hay un termómetro que nos señala si hemos leído con la intensidad necesaria para retener: preguntarse a cada línea, a cada párrafo, sobre lo leído”. “Un alumno me comentaba: antes leía 20 veces la lección de memoria, y la entendía mal. Ahora la leo una sola vez, pero tardo 20 minutos, pienso cada palabra, busco la idea, su unión con la idea anterior y con la siguiente. Aunque la olvide, luego puedo rehacer la lección”.

No sé qué opinás sobre lo anterior. Yo tuve todos los déficit que aquí se indican, además de la inconstancia, y aún hoy pago por ello, cada vez que me planteo estudiar seriamente un tema. Como nunca me enseñaron a estudiar, puedo caer fácilmente en

la excusa de que tuve que manejarme solo en la búsqueda de un método de estudio (búsqueda en la que fracasé rotundamente, señalemos), y quisiera ayudarte a superar ese problema básico. Todos los padres, en general, intentamos evitarle a nuestros hijos caer en los mismos errores que nosotros cometimos, y pese a los reiterados fracasos de las generaciones, seguimos insistiendo. Vas a tener que tener un poco de paciencia conmigo, entonces, pero debes comprender que este asunto del método es fundamental; sin él, como herramienta cotidiana, indefectiblemente te vas a ver trabado a cierta altura de cualquier actividad intelectual sistemática que emprendas.

Te felicito por los triunfos de los Peña. Como le decía a la vieja en la visita, les deseo suerte en la “Libertadores” –a los dos cuadros uruguayos, cualquiera sean–. Vamos a ver cómo les va ahora con los equipos extranjeros de la serie. ¿Cuáles son? Si les llegara a tocar enfrentar a los brasileños, va a ser brava la cosa. En fin, esperemos que Morena ande con el pie derecho, pues parecería que fuera de los torneos internos, le ha costado siempre engranar. Me sonreía relejendo tus juicios sobre él, en cartas viejas: hace exactamente un año, me comentabas que “no servía para nada”, y miralo ahora... (Encontré esa frase de casualidad, al revolver papeles viejos buscando tus promedios del año anterior).

Antes de despedirme quisiera decirte que las GeoMundo que me consiguieron hace un tiempo me gustaron bastante; si pudieran hallar otros números atrasados, prestados –no vayan a comprar nuevas,

¿estamos?-, vendrían fenómeno como complemento de lectura.

Y quedamos por acá por hoy. Un beso a los viejos y a Alejandro. Un abrazo a Sonia y saludos al alanicerío y los Mosquera, si los ves. Para ti un abrazo y un beso. Chau.

P.D. ¿Cómo te va con el inglés? ¿Diste algún examen?

Adolfo Wasem Alaniz

## **En Durazno, 1° de setiembre de 1982**

Saludos para Raúl, por su cumpleaños.

Un beso para él y su familia.

¿Cómo te va Adolfito? ¿Qué tal? Dado que no tenías tema en la última que me escribiste, a medias con el viejo, y ya que además, hay una mía pendiente de respuesta de tu parte, voy a utilizar el espacio de hoy para aclarar algo el punto referente a la lectura, tratando de ver si podemos mejorar un poco la situación actual en ese aspecto.

Lo que sigue no son pedidos concretos, ni quiero que vayan a meterse en gastos con algunos de los títulos que menciono. Pretende ser nada más que una guía, para que conozcan lo que me interesa en general; los títulos y autores concretos, van por si hay posibilidades de conseguirlos prestados y a efectos de que sirvan como ejemplo, para otros de tipo similar.

Como idea genérica, limiten el envío de libros a la época anterior a la 1ª Guerra Mundial. Un tipo de material que me sería muy útil para refrescar conocimientos –y adquirir otros, claro– son los textos de Historia Universal y Prehistoria que se utilizan en Preparatorios, o su equivalente en el sistema actual, o aun los antiguos libros que nosotros utilizamos hace 20 años (¡ya!), así como los escritos por Gordon Childe o Toynbee, por ejemplo.

Hay, además, tres colecciones de Historia Universal, de las que me gustaría leer cualquiera de sus temas. Son: la “Historia General de las Civilizacio-

nes”, de Crouzet; la colección editada por UTEHA, “Evolución de la Humanidad”; y una muy buena, de acuerdo al tomo que tengo (Siglos XIV-XVI, Europa) que se llama “Historia Universal Siglo XXI” y que es la más moderna, editada en 1970, por siglo XXI, de México.

Si tuviera que elegir un tema o período, sería Grecia y Roma, y de esta última, especialmente los dos últimos siglos antes de Cristo, hasta Augusto inclusive. Aquí sería bueno poder leer “Vidas paralelas”, de Plutarco –de las que solo leí “Demóstenes – Cicerón” y “Demetrio – Marco Antonio”, “Comentarios sobre las guerras de las Galias”, de Julio César, y otros clásicos por el estilo.

Dentro de la Historia Nacional y Rioplatense, en cuanto al período Artiguista, lo único que me interesaría verdaderamente sería “El Ciclo Artiguista”, del equipo de Reyes Abadie; luego, en lo que nunca he sido fuerte es en el período 1830-1870. Y hace años que anhelo conocer memorias muy citadas, como las de Cáceres, José María Paz o Lamadrid, por ejemplo, o los libros de Sarmiento. Del mismo modo, me interesan biografías y/o estudios sobre Andresito, Rivera, Oribe, Lavalleja y otros caudillos y personajes nuestros o rioplatenses del período citado.

Y te dejo por acá. Hace un tiempo que tengo pensado mandarte algunas preguntas que me permitirían conocerte un poco mejor. Forma un cuestionario bastante conocido y son de este tipo: ¿Cuál es su virtud preferida? ¿Cuál es su cualidad favorita en un hombre? ¿En una mujer? Y así por el estilo. ¿Te parece bien que lo haga? Dale un abrazo y un beso a la

petisa Sonia, cuando la veas. Otro igual a la vieja y a Alejandro. Y saludá de mi parte a los Alanices y Mosqueras que veas. Un abrazo. Chau.

No se olviden de mandarme los títulos de los libros y ponerlos en la lista. Cholo.

Adolfo Wasem Alaniz

## En Durazno, 5/V/83

¿Cómo te va, Adolfo? No sé si tan bien como cuando me escribiste tu carta última, pues, al parecer, los bolsilludos les patearon el nido a sus “padres”... No te enojés que es una broma. Pero creo que lo que es cierto es que Nacional ha reforzado bastante su plantel y Peñarol aún no ha encontrado un buen sustituto para Jair. Este año, pienso que las cosas se les van a hacer un poco más difíciles.

La vieja me contó que se les frustró la ida al teatro. Es una lástima. Espero que hayan podido ir después. Para mí, siempre fue una experiencia de calidad excepcional, y no sé si Sonia te habrá contado, pero en alguna época, cuando tenía 17 ó 18 años, anduve un poco metido en las bambalinas, no como aprendiz de actor ni cosa que se le parezca, sino colaborando en la parte técnica —electricidad, iluminación, sonido— y ayudando en utilería. Fue una linda experiencia y me enseñó unas cuantas cositas, buenas y de las otras, por supuesto. Pensándolo bien, a Sonia ni miras de conocerla en ese tiempo. Sucede que estudiaba con una gurisa que iba a la escuela del Teatro Circular, cuyo novio era uno de los técnicos de sonido más conocidos en ese momento y se encargaba del montaje sonoro de las obras que daba ese teatro. Empecé acompañándolos; luego, conocí a otra gente y colaboré durante un tiempo.

Recuerdo tres obras que me impresionaron profundamente en aquel momento: “Espectros” de Ibsen, “El jardín de los cerezos”, de Chéjov, si no me equi-

voco, y una de Harold Pinter, llamada algo así como “El amante”. También iba seguido al Solís, a ver a la Comedia Nacional. Recuerdo una versión sensacional de “Noche de Reyes”, de Shakespeare. Bueno, no te hablo más del tema porque soy medio fana y soy capaz de ocupar todo el espacio con él. Porque, además, he leído un poco sobre historia del Teatro. En fin, dejamos por acá.

Me alegra que hayas empezado con el Inglés. Es una herramienta imprescindible, hoy, para el desarrollo de casi cualquier actividad un poco calificada, dado que el español, lamentablemente, es un idioma bastante marginal en el terreno científico y tecnológico. Ni que hablar de su utilidad en caso de viajar, claro.

Me alegra sobremanera que te haya gustado la carta que te envié para tu cumpleaños. Espero que tengas claro que no va a ser frecuente que recibas palabras parecidas por escrito, pues me cuesta muchísimo expresarme de esta manera; y aun cuando lo hago –luego de hacer y rehacer borradores múltiples, como pasó con esas dos carillas–, siempre me quedo con la duda de no haber falseado mi pensar. En este caso creo que fue así, aunque, luego de enviarte lo que es mi visión antirromántica de la felicidad, me quedó la duda de si me comprenderías correctamente. Pero puede ser uno de los temas de conversación para más adelante.

Sonia me escribió luego de la última visita para niños que tuvo contigo. Hace un tiempo que me viene hablando del momento en que se tendría que separar, luego de tantos años de verse en esas condi-

ciones. Supongo que para ninguno de los dos ha de haber sido fácil; pero su versión del momento y del abrazo que se dieron al despedirse está cargada de alegría y optimismo, pues, por encima de lo que puede ser un poco su pesar, ante la certeza de verte menos y en otras condiciones de aquí en adelante, lo que campea en todas sus palabras es la seguridad de que estos años han servido para que ambos desarrollaran una relación que va mucho más allá de la de madre a hijo.

Ella habla del hijo-amigo. Y yo estoy seguro de que esa expresión no es una formalidad, sino que caracteriza al producto de años de conocimiento mutuo y de observación, apoyo, confianza, solidaridad, amor y amistad, todas cosas que, durante un tiempo, es posible que tuvieran un dador –Sonia– y un receptor –tú–, pero que, desde hace años, comenzaron a ser producto de un intercambio en el que tanto ella como tú se enriquecieron, dando y recibiendo de sí lo mejor que tenían para ofrecer, madurando juntos factores que tienen que haber hecho mejor la personalidad de cada uno. Es un proceso que nunca se termina, al que no sé quién identificó como el único bien, la única riqueza que, cuanto más se gasta, más crece.

Quizás la síntesis de Martí, al decir que “el amor es la excusa de la vida”, sea la que mejor caracteriza lo que entre tú y Sonia han construido y van a seguir construyendo en el futuro, sean cuales sean las condiciones en las que se tengan que ver.

Recibí una alegría muy grande teniendo nuevamente en mis manos “Por quién doblan las campanas”. Es una novela excepcional, que no sé si ahora o

más adelante vas a tener que leer. La he leído cuatro veces y me preparo con placer para darle una 5a. releída. Gracias. Un beso a los viejos. Saludos a tus tíos y al Alanicerío; un beso a Alejandro. Te abraza: Cholo.

¿Están sacando copia a las cartas de Sonia que me traen? Chau

Adolfo Wasem Alaniz

## En Durazno, 23/VI/83

¿Cómo te va, Adolfo? ¿Cómo andás? Supongo que un tanto desencantado, pues tu cuadro sigue en bajada... No te amargues demasiado; como todas las cosas de la vida –o casi–, siempre que llovió paró, y no va a transcurrir mucho tiempo sin que puedas disfrutar de nuevo con algún triunfo de los manyas. Claro: en estos días, me imagino que no debe resultar muy fácil aguantar a los bolsilludos; pero estoy seguro de que Alejandro lo está pasando peor que vos, pues, cuando él es el ganador, no perdona, y, lógicamente, al tocarle perder, cobra con premio... Hace un mes y pico, me reía solo, al leer la versión de Noemí sobre la piña que se ligó Morena en el anteúltimo clásico. Menos mal que en éste, por el Uruguayo, se dedicaron a jugar al fútbol y dejaron de lado el boxeo y el karate...

La carta que me mandaste al hospital me dejó muy contento. Muy linda; con la excitación fresca aún de la 1<sup>a</sup> experiencia teatral y colmada de noticias sobre vos, tu vida, tus actividades y pensamientos y acerca de la familia, todo lo cual, me sirve de mucho –aunque vos, de pronto, no te des cuenta de ello muy exactamente–; en parte, por permitirme latir un ratito a tu lado, compartiendo tu vida y quehacer. Me alegra que te haya impactado tanto el espectáculo y el ambiente del “Circular”. Tus impresiones me llenaron de recuerdos; pero mejor los dejamos para charlarlos en alguna visita, pues, de otra manera, se comerían ellos el espacio de la carta. Lo importante es que vas

abriendo nuevas ventanas a tu espíritu, dándole oportunidad de explorar terrenos que aún no conocés, cuya fecundidad inagotable solo el pasar del tiempo y el enriquecimiento de tus conocimientos y experiencias te van a permitir valorar correctamente.

En una novela excelente que leí hace varios años –“Los Idus de Marzo”, del norteamericano Thornton Wilder (puede que no se escriba así, pero es parecido, en todo caso)–, Julio César, en una de las cartas, le dice a un amigo que, sin la poesía, los hombres vivirían y morirían lo mismo, pero el mundo no sería igual; afirmación que es válida para el arte en general. Ahora bien, cada uno debe descubrir –siempre que tenga la posibilidad de educarse para ello– aquellas manifestaciones que se adecuan más o mejor a sus características.

En lo personal, he descubierto que son la música, la poesía, la literatura y el teatro, aunque me haya conmovido hasta lo más hondo ante “El nacimiento de Venus” o “La Primavera”, de Sandro Botticelli –pese a ser bastante “ciego” para la pintura– o ante las esculturas de Miguel Angel, lo mismo que ante el bronce de un gaucho agonizante, solo, herido en una de nuestras batallas, que se encuentra en el Parque de los Aliados. Por eso, cada ventana que abras hacia ese ámbito, va a ser una fuente de luz para vos –no necesariamente de goce ni de felicidad, tenélo claro.

Detrás de la comicidad del Lazarillo de Tormes, se esconde el drama de una España hambrienta y desilusionada, como lo era la del siglo XVI, sin duda. Además, te permitirá hacerte partícipe de la expe-

riencia vital (no siempre alegre ni feliz; muchas veces, dolorosa y atormentada) de hombres valiosos o geniales, que con sus obras nos legaron lo mejor de sí mismos, haciéndonos ver cosas y caminos que, solos, seguramente no hubiéramos observado ni descubierto o , al menos, lo hubiéramos hecho más imperfectamente o con mayor dificultad.

Estoy de acuerdo con tu profesora de literatura. De a poco, vas a ir superando el enfoque superficial o anecdótico de las obras, para empezar a penetrar en aquello que el autor pretendió comunicarte o trasmitirte. Para ello, desde ya, algo que creo te convendría, es no quedarte meramente en los pasajes que se dan en clase, sino leer las obras en su totalidad, única manera de acercarte a un diálogo con quien las creó. Yo lo hice en pocos casos. Fausto, El Quijote, por ej. Después, al leerlas completas, años después, recién comprendí lo limitado de mi visión de aquellos tiempos.

El nivel de las notas es bueno, aunque estoy seguro de que lo vas a superar en el 2º semestre, cosa que siempre te ha sucedido. Por lo que se ve, para vos no va a correr aquello del famoso “puente de los burros”, que acostumbra a mentir el viejo (me pregunto: ¿De dónde lo habrá sacado?).

¿Así que ya armaron el grupo de viaje? ¿Cómo laburé en 3º, por esa dichosa idea! Terminamos yendo a Mercedes y nos divertimos bastante, teniendo en cuenta lo modesto de nuestras pretensiones. En esa época, estaba “arreglado” con una gurisa muy linda –para mi gusto– que se llamaba Marita. Durante la estadía, nos distanciamos un poco –por culpa mía, seguramente–. A la vuelta, en el tren, nos reconciliamos, mien-

tras todos los de la clase –después me enteré, los muy zorros...! –se hacían los dormidos y nos campaneaban... Por ahí, por casa, deben andar todavía algunas fotos muy malas –dada mi torpeza como fotógrafo– del dichoso viaje. ¿Adónde piensan ir? ¿Rifas y bailes siguen siendo los medios para reunir los fondos? ¿O han aparecido nuevas formas de saquear bolsillos ajenos? Suerte, es lo único que puedo desearles.

En cuanto al problema de mi enfermedad: pienso que hemos vuelto más o menos a la misma situación que teníamos al principio, hace más de dos años. Yo me siento perfectamente. Ayer, considerando que ya le había dado un período prudencial de cicatrización al cuello, reinicié la gimnasia como de costumbre y no sentí nada extraño, salvo, lógicamente, dolores musculares, como consecuencia de más de un mes sin sacudir el esqueleto. Mi apetito ha vuelto a ser el de siempre y hago mi vida habitual, como si no me sucediese nada. Sé muy bien que la voluntad, el deseo, la alegría y las ganas de vivir, para el abrazo grande del reencuentro, son cosas que no me las va a aportar ningún tratamiento: las tengo que poner yo. Y te aseguro que las voy a poner, en todo lo que esté a mi alcance. Es algo que quiero se lo dejes bien claro a toda la familia.

Y ahora, queda solo despedirnos. Un beso a los viejos, un abrazo a Alejandro y otro fuerte, apretado, para vos.

Sobre el libro, hablé con Sonia. Saludos a los Alanices y los Mosquera. Chau. Cholo.

Adolfo Wasem Alaniz

**Para Alejandro Wasem Alaniz, su hermano, con motivo de cumplir 15 años. Durazno, 27/VII/83**

[...] el día de tu cumpleaños había redactado unas líneas con ese motivo, luego de dudar bastante acerca de cómo encararlas, pues el objetivo que me propuse fue intentar salir de la trivialidad habitual y llegar hasta ti con algo que se emparentara con la carta que le envié a Adolfo, cuando le tocó traspasar el umbral de los 14 años. El traslado al Hospital impidió que la recibieras en fecha. No obstante, me parece que no es desperdiciar el espacio transmitirte lo que, pensando en vos, se me ocurrió ese día. Comentarte lo que significó para mí arribar a tu edad hubiera sido repetirme, y no valía la pena, ¿verdad?, sobre todo porque si aún conservan aquella carta, podés releerla y tomar como dirigidas a ti muchas de sus palabras, del mismo modo que Adolfo podría ser el destinatario de las que siguen. Opté entonces, por otro camino.

Se me ocurrió que lo mejor sería compartir contigo algunos pensamientos que forman parte del motor que se mantiene en marcha afirmado en unas pocas certezas y atento a un cúmulo de interrogantes que personalmente trato de renovar o que busco adopten nuevas formas más ricas, cuando llego a algunas conclusiones o respuestas provisionales. En algún lugar he leído, o alguien me comentó, que el optimismo es el estado de ánimo que se corresponde con el hombre que ha alcanzado la objetividad y se ha desarrollado ética y moralmente, o sea, que habiendo cap-

tado la esencia de lo que es correcto, ha tratado de realizarlo, en la medida de sus posibilidades.

Ahora bien, existen básicamente, dos formas de optimismo: una idealista, irracional, sin otro apoyo para su afirmación de validez que la de una fe. Otra, se sustenta en una práctica y un aprendizaje permanente partiendo del convencimiento de que los hombres no nacemos buenos o malos por naturaleza, sino que, a través de la educación y la autoeducación, de la formación y la autoformación, podemos llegar a superar nuestras carencias, al menos en parte. Es una tarea dura, compleja, espinosa, pues implica dominar nuestras tendencias arraigadas o adquiridas muy poderosas: la agresividad, la ambición, el egoísmo, el afán de predominio, por ejemplo, cultivando, en cambio, otras características que no son fáciles de desarrollar, tales como la sencillez, que constituye el elemento moldeador de los anteriores, el basamento imprescindible de toda buena persona.

Si no aprendemos a ser honestos, es imposible que nos acerquemos siquiera al hombre o la mujer hechos, solidarios, al amigo fiel que late en cada uno de nosotros. Y ser honesto es, fundamentalmente, serlo con nosotros, para descubrir esos rincones dudosos de nuestra personalidad y saber mirarlos de frente, sin vergüenza ni temor, con la claridad que es necesaria para ver, en cada deformación identificada, un campo de trabajo que se presenta como un desafío práctico a nuestras convicciones. Y a ser honestos se aprende, no es fácil, pero se aprende. Una primera etapa es la de ser sinceros, veraces (“la verdad es el aire que respira la personalidad para crecer. Mentir

es, en primer lugar, mentirse a sí mismo. Mentir a los otros sí es romper el contacto con ellos, aislarse, quedarse a solas con sus propias falsedades”).

Una segunda fase más dificultosa, consiste en ser consecuente. El tercer nivel es el más difícil de alcanzar, el que exige más coraje: un francés (Lavelle), lo definió como “obrar cuando se está solo como si nos vieran todos, y cuando se está a la vista de todos como si se estuviera solo”. Lo anterior adquiere su real dimensión cuando es acompañado de un gran respeto por nuestros semejantes, respeto que nace de la convicción de que todo quehacer emprendido en común debe, necesariamente, superar cualquier esfuerzo individual, lo cual es válido para cualquier actividad (estudio, fútbol, trabajo, etc.) pues el aporte colectivo enriquece siempre los logros, al tiempo que fortalece y eleva a los protagonistas de esos logros.

Tal vez por este camino –el de la comprensión de lo limitado de nuestras posibilidades como individuos y el del respeto por lo que podemos dar y recibir, intercambiar con quienes comparten nuestra vida–, es que se llega a la verdadera humildad, aquella que está más allá de gestos o actitudes exteriores y/u ocasionales, aquella que hasta en nuestras capacidades ve, más que una posibilidad de beneficio personal, un ámbito para ofrecer aportes. Los hombres que le citaba a Adolfo, al principio de la carta, llevaron a la práctica estas convicciones.

Pero hay uno, al que su condición de héroe suele impedir observarlo realizando el aprendizaje que lo condujo al sitio que ocupa hoy en el corazón de nuestro pueblo: Artigas. A mí me atrae sobremanera ima-

ginarlo a tu edad y hasta los 30 años, más o menos, verlo, recorriendo la campaña con puntas de ganado, rumbo a Brasil, recorriendo pulperías y guitarreadas, ganándose el respeto y aprendiendo a respetar a quienes lo rodeaban, lo seguían, convivían con él, en especial, a los humildes, a ese pobrerío que nunca lo abandonó y al que él siempre tuvo en cuenta, me agrada, en fin, tratar de seguirlo mientras se hace hombre, poco a poco, con todas las luchas interiores que ello implica, con todo el trabajo, consciente e inconsciente, de asimilación e integración de los aportes que brinda el medio en que nos movemos, exigiéndonos que juzguemos, aceptemos o rechacemos, verlo formándose, en definitiva. Es una práctica mental que me ha servido y sirve mucho, te aseguro. Como ves, el espacio no da para más, aunque quedaría tema para rato. Será en otra.

Espero que hayas pasado bien ese martes 5 y que la etapa de la vida que comenzás te depare, como mínimo, tantas satisfacciones como a mí, pues pese a los errores que cometa, que no fueron pocos, si hago un balance, el saldo sigue siendo positivo, época que me brindó, entre otras cosas tan o más importantes, el conocimiento de la hermosura, los primeros momentos de felicidad, la amistad, el compañerismo... verdaderamente, valió la pena ser vivida.

Adolfo Wasem Alaniz

## En Durazno, 24/IX/83

¿Qué tal, Adolfo? ¿Cómo te va? Espero que bien. Recibí tu carta del 1/IX y, aunque te parezca mentira, me hizo pensar en el mar. ¿Sabés? Desde siempre me he sentido atraído por las grandes masas de agua, quietas o en movimiento, y la visión del Plata y el océano –aun hoy, cuando los evoco– ha sido una fuente constante de placer, tranquilo o exultante, según mi estado de ánimo o mi aspecto. Recuerdo alguna de las madrugadas en que observé el amanecer desde el Cerro, viendo asomar la ciudad entre jirones de niebla, poco a poco, detrás del espejo manso de la bahía. Asimismo, casi vuelvo a vivir la exaltación de ciertas noches tormentosas, en las que, escapándole a las maratones previas a los exámenes, nos largábamos a caminar por la costanera, que parecía gemir bajo el azote del viento y el oleaje que se estrellaba furibundo contra los farallones y saltaba por encima de la vereda hasta el centro de la rambla, empapándonos de polvo de agua, en medio de las risas y corridas, que eran tanto una liberación de las tensiones acumuladas como un tributo a ese elemento que se nos mostraba revolviéndose, como si se desperezara y probara sus fuerzas dando manotazos...

A la vuelta de mi viaje, fue también el río el que me reconcilió físicamente con la ciudad, empequeñecida y aldeana de pronto, en la comparación surgida a cada instante, saturado como me hallaba por aquel cúmulo de impresiones impactantes y deslumbradoras, aún no acabadas de asimilar del todo. A esta altura, ya te veo con el ceño fruncido y preguntándote: ¿a

qué viene todo esto? Sucede que, de alguna manera extraña, tus cartas y las de Alejandro de los últimos tiempos me producen emociones parecidas. Son como los dos aspectos del mar: al mostrarse calmo, casi reflexivo en su efecto sobre uno, o inquieto, lleno de exteriorizaciones y actividad. Sin embargo, en ambos casos es posible percibir la misma fuerza, latente o manifiesta, nada más. Y así se me presentan ambos: disímiles pero, no obstante, cual las dos caras del muchacho que a mí me hubiera gustado ser a vuestra edad...

Reflexiones de veterano ocioso; no me hagas caso. Simplemente, soportame con un poco de paciencia. De todas formas, siendo vos el menos propenso a “mostrarse”, me quedo con las ganas de mirarla un poco por adentro, de conocer tu vida, tus amigos, tus opiniones personales sobre ellos o los profesores; conocer tus inquietudes o incógnitas más grandes acerca del tipo que soy yo, que supongo algunas tendrás, ahora que has entrado en una etapa de la vida en que uno empieza a pensar por sí mismo. Sería una manera de sacarle algo más de utilidad a estos papeles, creando un ámbito de encuentro personal que serviría para adelantar en el conocimiento que vamos a trabar cara a cara en el futuro. Pero comprendo que te cuesta abrirte para tus allegados, cuanto más conmigo. Además, este medio no es el más idóneo, por supuesto, para tratar un montón de temas que a los dos nos quedan siempre picando en la lengua...

El panorama que me das del liceo es el que esperaba, incluso con esos bajones que no se explican por el rendimiento, como el de Geografía que citás. Son alternativas que vas a tener que acostumbrarte a tener siempre, unas veces perjudicándote, otras

beneficiándote. De cualquier manera, lo que me conforta es verte analizar con objetividad tu propio desempeño. Eso me asegura que estás desarrollando capacidad autocrítica, lo cual es uno de los aspectos básicos en nuestro desarrollo. Si querés conocer un Lope de Vega más interesante, tratá de ver (o leer, porque es difícil que las pongan en cartel hoy) “Fuente Ovejuna” o “El alcalde de Zalamea”.

Es una gran alegría confirmar que sos vos quien personalmente se está ocupando de seleccionarme los libros que me llegan, al menos en parte. Has demostrado muy buen criterio en algunos casos. La biografía de Maquiavelo, por ej., o esa de Rosas que no pudo venir. Hace unos meses, envié una carta con lineamientos generales de mis intereses. De pronto, está por ahí. Si hubiera podido escribirte hace diez años, quizás te planteara otras cosas, pero hoy es tarde para intentar profundizar seriamente en ningún tema. Seguiremos cultivando el diletantismo...

Leo con placer todos los Clásicos en literatura, historia o filosofía. Como exquisiteces un tanto caprichosas: la lingüística (de paso, necesitaría algún diccionario, si podés conseguirme), la Antropología Cultural y la Etnografía. “Los hijos de Sánchez”, precisamente, fue el 1er. material sobre estos temas que leí, hace años. Excelente; y lo voy a volver a disfrutar ahora, gracias. Pero el centro de mi interés es la historia. Si fuera posible conseguir prestados tomos de las grandes colecciones de Historia Universal. La de UTEHA, la Unesco, Siglo XXI o Toynbee, por ej., me interesan de cualquier época, aunque especialmente busco conocer los dos últimos siglos de la República Romana –hasta Octavio–; Francia, desde la Revolución hasta

el fin del ciclo napoleónico, las culturas precolombinas y la historia del Río de la Plata y sus adyacencias, entre 1830 y 1914 (Julio Da Rosa (\*), creo que se llama un autor argentino, que escribió sobre la Guerra Grande y la del Paraguay, y siempre he deseado leerlo). Del Uruguay, me gustaría ver tres colecciones: “Nuestra Tierra”, “Enciclopedia Uruguay”, y “Crónica General del Uruguay”. Todo tipo de Biografías, Memorias y correspondencias. La novela histórica o de pintura de ambiente es un auxiliar excepcional –las obras de Mika Waltari, “Lo que el viento se llevó”, “Tom Jones”, “Hombre rico, hombre pobre”, etc., son ejes. Del mismo modo, son inapreciables novelas como las que me han mandado sobre el mundo del petróleo, las finanzas, el caucho, etc., del tipo reportaje novelado.

En literatura, prefiero ese tipo de novelas a las psicológicas, por ej., pero soy buen pobre y recibo con cariño todo lo que me envían. Creo haber desarrollado la capacidad de sacarle jugo hasta a un ladrillo con letras. Lo ideal es combinar material de estudio y de lectura. También me interesa el fondo editorial de Eudeba, especialmente, la serie “Lectores” y “Los fundamentales”. Y divulgación científica, por supuesto. Y corto. Me diste pie para despuntar el vicio. La culpa es tuya, al pedirme una guía. Que es eso y nada más, ¡eh!

En otra, quizá te concrete un poco más. Por hoy me despido. Ando fenómeno. Saludos para todos. Un beso a Sonia. Para vos: un abrazo fuerte.

Chau. Cholo.

Adolfo Wasem Alaniz

---

(\*) Se refiere a José María Rosa, historiador argentino (N. del E.).

## En Durazno, 19/XI/83

¿Qué tal, Adolfo? ¿Cómo estás pasando? Espero que bien, aun en medio del embalaje de pruebas y escritos previos al fin de los cursos. Vamos a ver cómo te tratan en la reunión final... La última tuya es del 6/X. Supongo, entonces, que no debés recordar lo que en ella me decías. Una forma de evitar esto y de posibilitar algún diálogo, sería que utilizaras un carbónico al escribirme, conservando las copias; como subproducto, tendrías en ellas un elemento de comparación para el control de tu evolución en estos menesteres boligráficos, en los cuales, te adelanto, noto que has mejorado mucho, en especial, en el último año; una pequeña compensación, frente al fastidio que te debe embargar cada vez que te cargosean para que me escribas... Sin duda, en este aspecto, nuestras realidades han guardado algún parecido: obligados por las circunstancias, superando predisposiciones de otro tipo, ambos nos hemos tenido que transformar en emborronadores de cuartillas. Pero en tu caso, esta gabela va a producir frutos tangibles, preparándote para sacarle partido en tu quehacer estudiantil o de otro carácter.

Como sabrás, estuve en el Hospital. Me llevaron a las 24 hs. de llegar al Penal. En esos momentos, aún no tenía ningún libro conmigo, por lo cual, en un primer momento, la perspectiva de 15 días sin leer me entusiasmó bien poco, como imaginarás. Mas luego, comenzó a rendir su fruto el acierto con que me has estado suministrando lectura últimamente, y pude

pasar la mayor parte del tiempo repasando y sacando conclusiones sobre lo leído en los meses pasados, particularmente en torno a Napoleón, Mitre, San Martín y Artigas frente al problema de los indios –tema éste, que me sugeriste con las referencias transmitidas en tu carta, sobre el “Tabaré”, de Zorrilla de San Martín.

Comparando lo que me llegó ahora con lo que conocía acerca de los tres primeros –sobre todo en el caso de Napoleón–, no pude menos que recordar la opinión de Freud sobre la verdad biográfica. En una carta dirigida a un amigo, que le pedía su parecer acerca de un proyectado trabajo sobre la vida de Nietzsche –al que ya antes había disuadido de escribir sobre su propia vida–, le decía: “Quien se convierte en biógrafo se obliga a mentir, a ocultar algo, a la hipocresía, al embellecimiento de todo y hasta a acomodar su propia incomprensión, ya que no es posible poseer la verdad biográfica...”, pues él, seguramente, pensaba que el hombre no es más que un mísero montón de secretos, y que aunque fuera practicable la verdad biográfica, los hombres no se la merecen.

Yo creo, como Malraux, que el hombre es fundamentalmente lo que hace (aunque también es lo que Freud pensaba, pero eso es algo que le interesa personalmente a él mismo, en su lucha cotidiana por superar esos secretos, cuando son negativos, y en su intento de transformarlos en puntos de apoyo para la acción positiva hacia sus semejantes) y, en ese sentido, lo que los ingleses le hicieron a Napoleón, someténdolo a un cautiverio en Santa Elena en esas condiciones, los califica ilevantablemente ante la poste-

ridad. Ninguna acción que su prisionero hubiera llevado a cabo, justifica el trato que recibió.

Sin embargo, indigna bastante que el autor, que tan exhaustivamente se ocupa de hacer resaltar las múltiples facetas de su personalidad y acción, soslaye una serie de puntos escabrosos para su hombre, no diciendo, por ej., una sola palabra sobre su proceder con Toussaint-Louverture (Recuerdo a Balzac, y su juicio atrevido e irrespetuoso, de monárquico empedernido: “Existen innumerables diferencias entre el hombre social y el que vive lo más cerca posible de la naturaleza. Una vez superado, Toussaint Louverture muere sin proferir una palabra. Napoleón, en su peñón, parloteó como una urraca; quiso explicarse”).

En cambio, dedica varias páginas al episodio del duque de Enghien, maniobra condenable, sin duda, pero que no fue tratado, ni cerca, con la perfidia y bajeza que se utilizó para el líder de la Independencia haitiana, y tuvo una muerte mucho menos indigna. Supongo que, al menos en parte, la diferencia de óptica estriba en que uno era noble, blanco y europeo, mientras el otro era un ex esclavo, que luchaba por liberar a sus hermanos y a su patria, una pequeña isla del Caribe. Hace años leí un trabajo más parcial aun (de autor francés) en ese y otros sentidos.

De cualquier manera, por encima de los intentos de presentar los hechos más o menos acomodaticia-mente, el juicio sobre el caso surge claro: impulsado por una ambición incontenible, a la sombra de circunstancias propicias y cualidades personales excepcionales, mientras caminó al ritmo y en el sentido de

la Historia, logró treparse y cabalgar en lo más alto de la ola, salvando a la Revolución y sentando las bases de un mundo que aun hoy lo sobrevive, en parte. Pero esa misma ambición lo llevó a querer ponerse frente a esa misma Historia y frenar su curso, tratando incluso de hacerle retroceder; lógicamente, fue destrozado.

A mí también me encantó el “Tabaré” y me gustaría leerlo de nuevo, al igual que toda la poesía de Zorrilla (aprovecho para recordarte que me interesaría ver todos los textos que utilizás en el liceo, de todas las materias, en cuanto te sea posible mandármelos y siempre que no estén anotados o subrayados). Lo que decís acerca de los charrúas, su forma de vida y la forma en que lucharon en defensa de su libertad es muy cierto. Seguramente, cuando te enteres de la manera artera en que fueron exterminados luego de ser utilizados, y el fin de esclavitud que tuvieron sus mujeres e hijos, repartidos entre familias montevideanas, en la década de 1830, sentirás que se te alborota un poco, o mucho, el resto de sangre indígena que corre por nuestras venas –legado de tu bisabuela Angelita, la madre del viejo, aunque, por la zona, quizás no sea charrúa sino arachana. En cierto sentido, el exterminio no fue total, ya que un sector importante de nuestro pueblo –se lo ha estimado en un 30%– se considera que es descendiente mestizado de la población originaria. Tabaré, en ese sentido, es un prototipo, creado conscientemente como tal por el autor, así como las chinas de Silva Valdés eran rubias, mientras las figuras femeninas mejor logradas de Acevedo Díaz –en “Ismael”, por

ej.-, eran casi indias puras. Y Artigas (que también tenía ascendientes indígenas), por lo que conozco, fue el único prócer que elaboró una política clara, concreta y respetuosa de sus derechos, tanto en cuanto a proporcionarles posibilidades materiales de autodesarrollo, como en cuanto a incitarlos a elevarse políticamente y autogobernarse, sin caer ni en la retórica de declaraciones huecas y, a veces, contraproducentes y aun perjudiciales, por muy principistas que parecieran –como las de la junta porteña para el Alto Perú–, sino aportando soluciones claras: tierras, herramientas, instrucción, etc., sin hablar de Andresito y las Misiones, por supuesto.

Lo que me contás de la marcha y el acto final de la Semana Estudiantil, el tono de tus palabras transparente el impacto que recibiste. Aunque en circunstancias diferentes, viví experiencias parecidas –pero 4 ó 5 años más grande que vos, y en Facultad– y no obstante los 20 años transcurridos, me hiciste revivir aquellas vivencias, cosa que me está sucediendo a menudo con tus cartas, en las que los cambios que se van operando en ti se reflejan a través de juicios y valoraciones, que te presentan como un muchacho que observa, juzga (y sé que también actúa) comprometidamente ante la realidad. Y me alegra, me alegra mucho, pues significa que estás poniendo a prueba las alas que entre todos hemos tratado de proporcionarte y que son para eso; para volar por cuenta propia, sufriendo algún porrazo, de pronto, pero gozando del placer de ir comprobando la existencia de fuerzas y posibilidades propias, personales, en las que nos es posible actuar y proyectarnos hacia

los demás. Dale un beso a Sonia, cuando la veas; saludá a los Mosquera de mi parte. Y para vos, mi abrazo. Chau.

Adolfo Wasem Alaniz

## En Durazno, 12/XII/83

¿Qué tal, Adolfo? ¿Cómo te va? Espero que bien. Hace un par de días me entregaron tu carta y las fotos de tus primos. Son un lujo, usando una expresión muy de Raúl. Por lo que pinta en ella, Germán más bien salió a la madre. ¿Le llevaste alguna a Sonia? Avisame, porque si no fue así, te devuelvo ésta para que ella pueda conocer al último de la familia y vuelva a disfrutar de esa facha simpática y compradora que tiene Marcos.

Lamento haberme pasado de raya con mis comentarios acerca de ese ambicioso formidable, a la par que pescador en río revuelto, que fue Napoleón. Es curioso como en él se constata claramente una de esas aparentes paradojas de la Historia, pues queriendo pararla, la aceleró. Pero estoy siguiendo con mis complicaciones, perdoná. Lo que sucede, en el fondo, es que hay ciertos hombres que me atraen irresistiblemente como prototipos o protagonistas excepcionales en ciertos casos o momentos especiales. Tales son Azoca, rey de una parte de la India, 6 ó 7 siglos antes de Cristo, Pericles, Mario y Julio César, Pedro el Grande y Catalina de Rusia, Hamilton, Jefferson, Lincoln, Franklin, Washington y Roosevelt, Bolívar y San Martín, Robespierre y otros más modernos, por supuesto, aparte de algunos que ya te nombré en cartas anteriores.

Entonces, cuando tengo la suerte y la alegría de encontrarme con ellos de manera tan seguida como la que me estás proporcionando, llego a olvidarme de

que vos no has tenido ni el tiempo, ni los años, ni la oportunidad de pasarte como yo, sin otra ocupación, a veces, que darle vuelta a lecturas pasadas, comparando y analizando, y aprendiendo mucho acerca del único tema que, rascando a fondo, me interesa: el hombre, aunque no desdeñe y disfrute mariposeando en infinidad de otros asuntos.

Es obvio que no te nombre a Artigas, ¿verdad? Pero algo sí que la otra vez quise decirte y no sé si me acordé, es que conocer algo de Bernardo Berro fue una inmensa satisfacción, pues es uno de los contados hombres del siglo pasado de nuestra patria al que siempre me he acercado con gran respeto y nunca he salido defraudado, al contrario. Pero siempre había leído cosas sobre él y no de su pluma (Esa colección de “Clásicos Uruguayos”, tiene mucho material interesante, aunque de variado valor).

Tu programa de Literatura fue muy bueno. Quiroga me apasionó tanto, en cierta época, que creo haber leído todo lo que escribió, aun artículos y cuentos hoy casi desconocidos. Según recuerdo, me impactaron “Anaconda” y “Los tipos”, sobre todo, aparte, claro está, del que tú estudiaste. Con Sánchez, me pasó algo parecido. A Acevedo Díaz lo conocí acá. Y lo realmente logrado en él es “Ismael”. Si podés leela. Tus juicios sobre ellos son compartibles, especialmente en el caso de Quiroga. Pero lo más rescatable en él, que no surge claramente en ese ejemplar, es su gran amor y comprensión de los humildes, los trabajadores y la gente que se movió en torno a él, especialmente en su estadía en Misiones, adonde fue a refugiarse cargando con el drama de haber

matado accidentalmente a un amigo, mientras manipulaban un arma recién comprada, según creo recordar.

Estaba bastante olvidado del proceso de la Revolución Francesa. Repasar ese período y la vida de alguno de sus actores me sirvió de mucho, no solo para refrescar conocimientos y reactualizar conceptos, sino para escharbar y escharbar, buscando nuevas profundidades en lo acumulado en conocimiento, tiempo y experiencias. Y aunque a los engranajes medio oxidados del cerebro les cuesta un poco acostumbrarse de nuevo al movimiento de ciertas zonas, ya era tiempo de que comenzaran a desperezarse.

El libro sobre los charrúas me gustó mucho e informó bastantes cosas que no conocía bien. El autor, es obvio que tiene dos amores: los Charrúas y Rivera, lo cual, a la altura de 1830, lo obliga a comenzar a hacer equilibrios de los que indudablemente no sale bien parado. Es la parte más floja del libro, aunque hay que reconocerle el mérito de incluir los testimonios comprometedores para Rivera, si bien lo hace para tratar, sin lograrlo, de justificarlo. De cualquier modo me aportó bastante.

Lo mismo corre para el “Robespierre” y “Fouché”. Pero no sigo con libros salvo para darte algún autor de Ciencia Ficción, como me pedís. Dos que me interesan mucho son Asimov y John B. Clarke –puede que no se escriban así–. Los dos son científicos de alto vuelo y es el tipo de autores serios (pues dentro de esa rama hay mucho tipo poco escrupuloso). Tratá de guiarte por la ocupación de los autores y por los galardones de las obras, tratando de seleccionar aque-

llas que tienden a abordar temas de anticipación científica o social. Raúl, que es aficionado al tema, te puede prestar libros y facilitar títulos y autores.

Te me tiraste a fondo con los bolsilludos. Nunca pensé que fueras tan bilioso. Debés andar muy dolorido, me imagino. Pero tus púas no me entran, pues hace tiempo que dejé de ser fana –nunca lo fui mucho, por otra parte, como ya te lo he dicho, creo–, así que ahora, medio veterano y no concurrente al estadio ni vidente de la T.V., te imaginarás que no se dan las condiciones para una recaída, aunque, para no perder la costumbre, leyendo tus frases envenenadas, no pude menos que sonreírme más de una vez...

Y se acabó. Un beso a Sonia y a los viejos; un abrazo a Alejandro y otro para ti. Saludos a los Mosquera, a los Alanices y por ahí. Chau.

Cholo.

Adolfo Wasem Alaniz

## **Carta enviada a su hijo Adolfo y a su hermano Alejandro. En Durazno, 29/XII/83**

¿Qué tal, Alejandro? ¿Cómo te va, Adolfo? Unamuno, ese buen cascarrabias lleno de humor y pasión, al que siempre he leído con gran placer y en cuyas páginas he encontrado pensamientos que resaltan como queriendo manotearte del cuello y sacudirte, decía, en “Vida de Don Quijote y Sancho”: “Mira, lector, te quiero tanto, que si pudiera te abriría el pecho y te pondría un puñado de sal en el corazón para que no tuvieras un instante de sosiego”. Medio exagerado en su imagen, lo que buscaba expresar es que nuestra vida es como una vela que se enciende al nacer e inexorablemente se va gastando, hasta que un día se apaga. De nosotros, al menos en buena parte, depende que la luz o el calorcito que despide se desperdicie sin objeto o sirva para algo útil, alumbrando o dando calor que fructifique en obras que siempre van a ser producto de nuestro quehacer y voluntad, pero cuyo destino puede quedar en el nivel estéril de nuestra propia individualidad –egoísmo– o proyectarse hacia los demás, aun en el caso de que utilicemos parte de ella para autoprepararnos a ese fin. Se los comento a ambos porque uno de los mayores malentendidos que en nuestros lares se tiene, es el de pensar que las vacaciones son para descansar (uds. ¿están cansados?), para repatingarse todo el día sin hacer nada... eso es un error, es dejar que la vela se gaste sin rendir.

En EE.UU., los muchachos, o parte de ellos, a veces por necesidad de ahorrar para seguir pagándose

los estudios, pero en otros casos, simplemente, por desarrollar actividades que, sin desmedro de servirles para desintoxicarse el cerebro, les aporten elementos útiles para su propia formación, trabajan en vacaciones. En Europa sucede otro tanto. Y estoy seguro de que en algunos países de América Latina también comienza a darse. Si estuviera en mis manos hacer algo, buscaría, por ej., que pudieran irse a pasar los tres meses en campaña, pero no atorranteando en algún monte sino trabajando en tareas de chacra o similares –por supuesto, si pudiéramos, sería cuestión de ir juntos, no de mandarlos a romperse el lomo solos–, lo cual, estoy seguro, les resultaría interesante y divertido, les aportaría conocimientos útiles y les daría un contacto con la realidad, los hombres y mujeres de nuestro pueblo y la naturaleza, que no se encuentra en ningún libro.

Y las diversiones no faltarían, pues bailes, excursiones, pesca, paseos y cacerías estarían a la orden los fines de semana y fuera de las horas de trabajo. Proyectos de tipo que se propone no obsesionarse mucho pensando en ustedes, seguro de que de una manera u otra van a salir adelante, pero que no puede con su manía... De cualquier modo, me gustaría que reflexionaran un poco sobre la idea en general y, si les parece, se hicieran algún plancito de trabajo para estos meses (lecturas comunes y discusiones en torno a ellas, por ej.). De los libros que les devuelvo, hay uno –el de Artigas en el Paraguay– que tiene dos trabajos cortos que me parece les serían útiles para comprender algunas cosas de nuestro pasado que son importantes: el que le da el título al libro y el prime-

ro de los incluidos en él. Son cortitos y se leen en un rato.

Gracias de nuevo por lo que me están mandando, es precisamente el tipo de material que me interesa. Lockhart es demasiado indulgente con Flores, pero aporta elementos interesantes y hay pasajes muy logrados como pintura del ambiente. Creo que si me pueden conseguir los otros de esa serie, me van a interesar igual. Con el de “Acali”, me quedé encantado, lo conservo para leerlo de nuevo despacio. Van los nombres de otros tres autores de Ciencia Ficción: Fred Hoyle, Franck Herbert y George Orwell, que escribió una obra que es un clásico en la temática futurista: “1984”. Como llegamos a ese año, me gustaría ver si se quedó tan corto en sus previsiones como Huxley en “Un mundo feliz”, que la situó dentro de 400 años y, en casi todos los aspectos ya hemos llegado a él, en menos de 50... Hay una editorial, Minotauro, que edita muy buenos libros: los de Ray Bradbury ya los leí todos. Te aviso por las dudas, y te reitero que hables de este tema con Raúl, que tiene libros y posibilidades de conseguir prestados, según me ofreció.

Bueno, como ésta la van a recibir con el final del año, aparte de esos saludos habituales, que hoy, con las mismas palabras, parecen querer abarcar y abarcarnos más y con mayor profundidad (“Buen fin” y “mejor comienzo”. “Que tus proyectos y esperanzas se realicen, etc.”), quisiera aprovechar para decirles que, gracias a uds. en especial, este año que pasó me ha sido particularmente grato y positivo, dejando de lado, sin olvidarlos, claro, aspectos de otro

carácter. Pero el verlos pegar el salto que han pegado me ha llenado de alegría y, de alguna manera, vivir, rejuvenecido, y más que nada en la imaginación, a través de uds. la etapa que transitan, ha sido una experiencia vivificante, que espero se siga acrecentando. ¡Bah! Estoy seguro de que va a ser así.

Y como empecé con Unamuno voy a terminar también con él (la idea original era escribirles sobre esta cita pero, al final, cambié el libreto): “La libertad crece hacia adentro. Árbol espiritual de muchas y hondas raíces dará frutos, por áspero y hostil que el ambiente le sea”. Uno no tiene necesariamente que estar de acuerdo con él –yo no lo estoy en muchos aspectos– pero pensamientos de este tipo ayudan y, en cierta medida, obligan a pensar para decir que se comparten o no y por qué. Es lo que me gustaría hicieran, tratando de entender primero qué es lo que nos quiere decir. Un abrazo a ambos. Un beso a los viejos. Mis saludos a los Alanices, a los Mosquera y a los amigos que vean en este fin de año. Chau

Cholo

## En Durazno, 26/I/84

¿Qué tal, Adolfo? Bueno: supongo que, a esta altura, te sentirás con noticias como para caerme con todo, ya que van tres cartas tuyas que no reciben respuesta. Sin embargo, aquí viene al pelo el refrán sobre las apariencias que engañan. La del 15/XII me fue entregada el 29, día de la visita siguiente. Luego, fui trasladado al Hospital, de donde volví 24 horas antes de la visita pasada, por lo cual me fue imposible escribir una sola línea; en parte, porque no pensé verlos al otro día; pero, sobre todo, porque a mí me pasa lo mismo que García Márquez confesaba sobre sus dificultades, según leí hace más de 15 años: peleo a trompadas con las palabras y casi siempre ganan ellas... (Claro que él debe haber empatado más de una pelea y fue más precoz que yo, ya que antes de los 38 ya había escrito varias novelas, entre ellas “Cien años de Soledad”, lo cual me desconsuela un poco...). En consecuencia, necesito más de un día para escribir, tachar, zurcir, remendar y pasar en limpio lo que les envío. Y así y todo, fijate en los resultados...

Al leer tus cartas de ahora, a menudo recuerdo la sonrisa que me provocó una de tus primeras, en la que me confesabas: “Tuve que escribir la carta de nuevo porque me salió torcida como la «la curva de la playa»”. En ésa del 15 me comentás los resultados del liceo, y me pedís te reitere los libros que te recomendé. Sobre el liceo, nada que agregar a tus apreciaciones, salvo que lo del “puente de los burros” ya quedó atrás, ¿verdad? Lo que sí me gustaría es pre-

venirte sobre algo que me sucedió a mí. Aunque por la forma de ser, es Alejandro quien estimo que tiene más propensión a caer en ello, te recomiendo que adoptes como norma de conducta inflexible –y a él también, por supuesto– el no pagar, aprender a saber decir “no sé”, en lugar de sentirte inclinado a disfrazar tu ignorancia o falta de aplicación al trabajo. La actitud contraria a mí me causó más de un disgusto –especialmente íntimo– (aunque, cultor de esa tarea nacional que llamamos viveza criolla, alguna vez me permitió salvar exámenes; pero lo pagué, te aseguro).

Ya hombre, en una discusión con un amigo muy querido, éste, al verme obstinado cayendo en la estupidez de opinar sobre lo que no conocía, me comentó –muy fraternalmente–: “A veces, hay que saber decir no sé”. Ha pasado bastante tiempo, pero es una de esas marcas que siguen ardiendo, por suerte, para mi bien. Y ello es válido en los escritos, por ej. Causa, sin dudas, mejor impresión la sinceridad honesta que la deshonestidad de la payada, que suele indignar, con razón, a quien se tiene que sentir ofendido, cuando le quieren pasar gato por liebre, tomándolo por estúpido.

Los libros que te recomendé como “Por quién doblan las campanas”, los poemas de Nazim Hikmet y una novela que tiene Raúl: “La nebulosa de Andrómeda”. De los que ahora devuelvo, quizás te interese el de Asimov: “El principio y el fin”. En su mayor parte, son artículos de divulgación científica, sobre todo los del pasado y el presente. Son ensayos cortos y creo que te vendría bien conocer algunos. Lo

que podés hacer es empezar a leer cada uno hasta ver si te interesa el tema. En caso de no ser así, lo dejás y pasás al siguiente.

Seguís demostrando buen criterio en general y aciertos formidables para adivinarme deseos con los libros. Tal es el caso de “Acali”; luego de leerlo tres veces te lo devuelvo. Si llegás a ver alguno sobre las expediciones de Thor Heyerdahl (sobre la Kon Tiki a las balsas de Ra I y Ra II) mandámelos.

Y se terminó sin poder hablarte de las otras dos cartas. Queda para la próxima. Decile al viejo que festejé su cumpleaños con una panzadita de orejones, nueces y pan dulce, recordándolo mucho. A la vieja, que su carta me gustó mucho y que me disculpe hoy la falta de respuesta, pero quería escribirle a Raúl y su familia, cosa que hace tiempo no hacía. Gracias por tus deseos de cumpleaños, brindis de Navidad y otras manifestaciones de solidaridad, tuyas y de toda la familia.

No sé hasta dónde podrás comprender todo lo que significan, pero creo que desde hace un tiempo sos más consciente de todo ello y me alegra, por lo que recibo pero, especialmente, por lo que significan como muestra de tu desarrollo y madurez.

Un abrazo y saludos. Chau. Cholo.

(Firma)

## En Durazno, 9/II/84

¿Qué tal, Adolfo? ¿Cómo te va? A mí bien, dispuesto a ponerme al día contigo, respondiendo a las tres cartas tuyas que me observan amistosamente desde la carpeta, cada vez que la abro para meter la nariz entre mis papeles, habitualmente varias veces al día; aunque ahora, creo que mi subconsciente culposo ha hecho que incursione en menos ocasiones, seguramente por tu presencia allí, en 1er. plano...

El 29/XII me hablabas de los tropezones duros con que nos castiga la vida y la necesidad de asimilarlos y seguir adelante. Aunque parezca paradójico, debemos ver o aprender a ver, más bien, el aspecto positivo de ellos: por un lado, nos indican que caminamos y que los caminos elegidos para transitar nuestro vivir son, por lo menos, no volver a darnos contra la misma piedra o de la misma manera.

En la carta que le mandé a Sonia anunciándole la 2ª operación, el año pasado, y el resultado del análisis patológico, recuerdo que terminaba transcribiéndole los versos de una canción (que hallé en el artículo sobre un boxeador que leí, en esos días, en "El Gráfico". ¡Fíjate vos!...). Decían más o menos así: "Es tan difícil ser, / Que a veces saben a hiel / los barquinazos que te da la vida. / Pero qué hermoso es, / saber que a alguien tenés, / para seguir creyendo todavía. / Pasado el temporal, / ya nada será igual: / Se va con él un poco de la vida".

Que la vida se vaya es inevitable. Lo único que está a nuestro alcance es que lo haga activa o pasivamente; positiva, neutra o negativamente. Y entre las

múltiples posibilidades de un existir activo, para mí, la única moralmente válida es aquella que Einstein definió en una frase que te transcribí hace un tiempo. Y cada tropezón por ese camino, siempre que se deba al elevar las miras y no al simple divagar sin objeto, vale la pena, aunque duela, porque enseña.

Tanto en tu brindis de Navidad como al despedirte con tu saludo para mi cumpleaños, expresás deseos sobre el año próximo. Por supuesto, son deseos lindos para compartirlos, pero no soy partidario de manejar fechas para mi optimismo, que es grande y se asienta en certezas objetivas. Por lo tanto, aunque trato de esquivarle el cuerpo al impulso consejeril que a veces me asalta, en el caso presente lo voy a dejar hablar: la mejor manera de no desilusionarse, es manejar con cautela las ilusiones y, en lo posible, prescindir de ellas. Que el abrazo, el mate compartido, el vaso de vino, la charla, siempre la charla –a veces, expresa, otras, con las miradas o los gestos–, que todo esto y mucho más se va a dar, en el reencuentro, no tengo dudas. ¿Cuándo? No sé.

Lógicamente, mi situación y pasividad contrasta con las posibilidades y elementos que manejan Uds. Pero, de cualquier forma, al menos yo, le voy a prestar atención a mi propio consejo, como lo he venido haciendo siempre, en estos años. Tu respuesta, en la del 12/I, al balance que sobre nuestra relación en el último año les había mandado a fin de año, trae un exabrupto bien típico de alguien que, como yo, se ve obligado a volcar en un papel sentimientos: “Bueno, basta de sentimentalismos, etc....”, decís en un momento. Pese a las trabas evidentes que Sonia tenía para expresarse

en otros aspectos, en ese sentido tenía lo que califico de felicidad: una total facilidad para dar salida a sus impulsos sentimentales. A mí también me resulta violento hablar de sentimientos y para expresarlos me veo obligado a buscar vías indirectas, pues las orales o escritas me resultan insoportables y cada vez que las he utilizado no he tardado en arrepentirme y en sentirme ridículo. A veces pienso: ¡pobre Sonia! No poder acariciarle la cabeza, como me cuenta que tú alguna vez lo hiciste en momentos especiales, y tener que tratar de encontrar, el agarrar estos papeles, entretejiendo tras las palabras, algún gesto sustitutivo. Supongo que ya estará acostumbrada...

Pero me alegra que tengas claro que es un aspecto de nuestra vida que tiene suma importancia.

Por lo que me comentás en la última –del 26/I–, acerca de las murgas, veo que han cambiado muchas cosas. Una, es la costumbre de continuar actuando luego del mes tradicional de los tablados. Otra, tiene que ver con la extracción de sus integrantes. Cuando gurí, solía ir a ver los ensayos de las que tenían sus locales en los barrios cercanos –“La gran muñeca”, “Los nuevos saltimbanquis”, “La nueva milonga”, etc. – y era un ambiente medio bravo.

Ahora veo eso de las cooperativas de ayuda mutua y me parece realmente interesante, aunque también me indica que la murga, como fenómeno expresivo de la sensibilidad popular, ha evolucionado y, seguramente, progresado. El peligro es que se transforme en espectáculo, se comercialice, en fin, como un artículo de consumo más, lo que podría indicar el comienzo de su decadencia.

Leyendo la noticia del arreglo de la bicicleta, me acordé de dos cosas: 1º, la vez que me metí a destripar el eje centro, las mazas y otros etc. de mi chiva... Cuando quise acordar, no entendía nada, y terminé juntando todos los chirimbolos y yendo con cara de circunstancia al taller del barrio, para que me la volvieran a armar... Lo otro es con respecto al ejercicio y el control del peso: cierta vez no pude contener la risa, ante el encabezamiento de una carta que un amigo le escribía a un hermano menor: “Qué tal flaco, ex-gordo, futuro gordo...”, lo cual no es ninguna alusión personal, eh!?

Acerca de Peñarol, no voy a comentarte nada. No me gusta echar sal en las heridas. Me parece muy bien que hayas comenzado a estudiar Magdoff. No sé si estará en casa, pero si estuviera, hay otro libro muy adecuado para comprender a nivel elemental todo el proceso previo al que analiza él. Es un material un poco viejo, escrito en la década del 30, por un autor también norteamericano, cuyo nombre no recuerdo. El lenguaje es perfectamente accesible y, sobre todo la 1ª parte, está muy bien escrita y clara; se llama: “Los bienes terrenales del hombre”.

Si les fuera posible, además, tendrían que tratar de tener siempre a mano dos diccionarios, el filosófico y el económico, para poderlos consultar cada vez que se encuentren ante términos o conceptos no muy claros, y aun para analizar problemas prácticos concretos, pues son, incluso, libros que pueden ser leídos como tales, con la ventaja de poder empezar por cualquier párrafo. Sería muy útil dominarlos bien y fluidamente, habiendo asimilado y comprendido más

o menos en la totalidad su contenido (aunque te aclaro que, en mi caso, eso no sucede ni cerca; no tuve tiempo para dedicarme a ello con la intensidad que es preciso. Pero no pierdo las esperanzas de poder volver a hojearlas, al menos).

Lo anterior, es obvio, exige plantearse una disciplina de estudio relativamente rápida; lo que no quiere decir frustrante ni absorbente. Bastaría proponerse dedicarle una hora por día –pero todos los días– y cumplida, así caigan rayos y barras, acoyarados y de punta, como diría el viejo. Es cuestión de proponérselo y cumplirlo –voluntad–; de analizar si es necesario y, en caso afirmativo, ser consecuente. Nada más –pero tampoco nada menos– que eso.

Me preguntás si me interesa Batlle. Por supuesto que sí. He leído algunas cosas sobre el tema y la persona, por lo cual, sin querer ser pedante, lo que sí te aclaro es que únicamente me interesaría por materiales un tanto profundos, algo más que simples ensayos de divulgación o información sumaria o elemental.

Como esto se termina, quiero pedirte algo especial: aprovecharé las vacaciones y andá a la sociedad médica a hacerte un chequeo completo y aprovecharé para otras dos cosas: hacerte una revisión bucal y averiguar cuál es tu grupo sanguíneo; mandame, luego, los resultados de todo ello. Disculpá lo pesado que soy con este asunto pero es algo que considero indispensable y sobre lo que no admito ninguna excusa para su incumplimiento. Dale un beso a los viejos, un abrazo a Alejandro, mis saludos para los Alanices, los Mosquera y los amigos.

Para vos, mi abrazo. Chau.

## **En Durazno, 8/III/84**

¿Qué tal Adolfo? ¿Cómo estás pasando? Espero que bien, aprontando el ánimo y las entendederas para el comienzo de las clases. Después que nos separamos, repasé –como siempre– lo que habíamos charlado en la visita y el punto en que me detuve más, lógicamente, fue el referido a tu manifestación acerca de cierta desorientación sobre el futuro camino a seguir en el estudio. En principio, debemos tener claro que hay un año por delante para clarificar el panorama de las grandes opciones –ciencias, humanística, biológico–, lo cual te va a dar posibilidades de análisis tranquilo. Luego, es importante que no permitas que te apabullen las dudas. Son lógicas y han acompañado siempre a todos los hombres, aun a los más grandes, al punto de que algunos de ellos fueron atormentados por ellas a tu edad y a veces, toda la vida. En segundo lugar hay cosas que suelen no ser dichas a los muchachos, dándolas por sabidas o sobreentendidas, y otras, que se las dicen como las más naturales del mundo, constituyendo soberanas estupideces, envueltas en ropajes respetables.

Una de estas últimas es la anécdota de que Einstein perdió el examen de ingreso al Instituto Tecnológico de Zurich (puede ser otra ciudad suiza, pero creo que es esa), por no saber matemáticas, cuando lo cierto es que lo perdió por no saber “suficiente” matemáticas de alto nivel –por no haberse preparado adecuadamente–, como las que eran exigidas para los suizos de Física de esa institución. Al año siguiente, estudió

de firme y salvó (a propósito, el juicio de uno de sus profesores –que lo admiraba– era el de que era muy inteligente pero un vago de siete suelas, pues se negaba a memorizar cosas que perfectamente podía hallar consultando cualquier enciclopedia, actitud que como te imaginarás iba –y va– contra casi todas las corrientes pedagógicas aceptadas).

Otra cosa que, al menos a mí, nadie se preocupó en instruirme, es lo relativo a que cualquier gran obra, por lo general, no sólo implica un gran esfuerzo vital, años de trabajo, sino que es el producto de múltiples tanteos, intentos, logros y fracasos parciales, y que, por lo general, el producto final muy pocas veces colma las expectativas previas de su autor plenamente. Además, jamás sigue un camino lineal. Goethe construía unos poemas por partes: un poco del prólogo, partes o episodios aislados, a veces al final y luego encuadernaba lo escrito, poniendo páginas en blanco en las partes que faltaban, para autoexigirse a terminirlas. Y Balzac... bueno, como quien dice escribía cinco o más veces cada cuento o novela, pues corregía, volvía a imprimir, volvía a corregir, etc., etc.

¿Por qué toda esta parrafada? Bueno: primero, para que, como te decía, no te dejes apabullar por el hecho de tener dudas ni por no sentirte plenamente seguro del camino a seguir. En segundo lugar, porque me preocupa que analices las cosas con visión de conjunto. O sea, que no intentes llegar a decisiones basándote en el análisis de aspectos parciales, como el gusto o disgusto particular por ciertas materias, pues de esa manera corrés el peligro de ver los árboles y olvidar el bosque. En tercer lugar, además de hacerte el

test vocacional, te reitero la importancia de informarte detalladamente acerca de las condiciones prácticas de la profesión o profesiones que barajes como posibles, no sólo al currículo de materias que integran el plan de estudios, que lo podés encontrar en la “Guía de Estudios”, en la Biblioteca Nacional o en las bedelías o secretarías de las facultades, yendo a preguntar allí, en caso de dudas (esto es una cosa muy seria como para dejarse cohibir por timideces; aquí no podés andar con dudas de información: tenés que saber exactamente las cosas, pues vas a tomar decisiones que pueden implicar años de tu vida dedicados a un camino equivocado, lo cual no es ningún drama irreparable, pues siempre se puede cambiar si existe la voluntad de hacerlo y se tiene la fuerza espiritual para comenzar de nuevo, pero el tiempo pasado es irre recuperable y lo mejor sería no perderlo).

Cuando digo condiciones prácticas me refiero tanto a las de estudio como a las del ejercicio de la profesión: saber en qué consiste realmente el trabajo que realiza un ingeniero en computación, por ejemplo, y no “imaginarse”. En fin, no te quiero cansar repitiéndote conceptos que ya te he referido. Pero vos ya no sos un chiquilín y te enfrentás y te vas a ir enfrentando cada día más, con opciones adultas. Algunos (me pasó a mí), las toman más o menos a ciegas, sin informarse ni pensarlo mucho, inconscientemente, digamos. Otros, ven los problemas pero prefieren esperar hasta que la decisión se hace impostergable y se tiran al agua. Ninguna de estas actitudes –estarás de acuerdo conmigo– es la más correcta, aunque se refiera a cosas de estudio, en mi caso. Y corto por

acá. Como estoy escaso de papel higiénico, casi dejo el libro del cura; pero la tinta es muy venenosa y, además, sería un derroche. Me divirtió mucho en algunos pasajes, otros... en fin. Lo curioso, o significativo, es que siendo de distribución gratuita –gracias a los mecenas que tiene detrás financiándolo– este ejemplar fue a parar al canje. “Jubiabá” es muy bueno, y el de los Incas muy entretenido y sintetiza bien la información. El otro también me gustó. Y se acaba. Un beso a los viejos. Un abrazo a Alejandro y otro para vos. Saludos por ahí, al Alanicerío y Mosqueras.

Adolfo Wasem Alaniz

PD: Disculpá que ni te menciono tu última carta. Me pareció muy buena la cita del libro que me transcribiste, veo que captaste lo esencial de lo que el autor se propuso comunicar. En fin, en otra te voy a contar algo de mi experiencia y mis hábitos como lector. De pronto, te sirven para algo. Chau.

## En Durazno, 22/III/84

¿Qué tal Adolfo? ¿Cómo te va? Espero que sigas bien. No te imaginás lo agradable que me resultó la sorpresa que me diste con el Diccionario, tanto que me hiciste avergonzar un poco, pues ya había empezado a pensar que te habías olvidado... Autocrítica, que le dicen. El apéndice gramatical me va a venir de perillas para desasnarme y evitarme barbaridades. Como le digo a la petisa: estoy como gurí en mañana de Reyes. Hum... Este... sin perjuicio de no desdecirme de nada de lo señalado anteriormente, en cuanto a lo acertado de tus elecciones en materia de letras y del encomio a la aplicación con que me has estado atendiendo en ese sentido, agregando, de paso, lo grato que me ha sido el que me veas como destinatario de algunos ejemplares de esa colección de libritos de historia mexicanos, que se autocalifica como “una serie de educación juvenil”, lo cual me indica, indirectamente, que me considerarás casi un pibe, en fin, no obstante todo ello, hay un detalle, que se refiere al último, que me indica que ni lo abriste, dejándome, aparte de las peripecias de la vida de Aguila que habla –el personaje central– como varias páginas de su impresión defectuosa: en blanco...

No, ahora en serio (o más o menos), me causó mucha gracia el accidente –o el incidente, de acuerdo a lo que indica el diccionario– y, aunque la falla está ubicada en uno de los pasajes más interesantes del libro, no anula para nada el resto de los aportes. Hace años que, sobre el mismo tema, leí una novela de un

nivel excelente: “Bajo los trece cielos”, de Hyalmar Blixen, un antropólogo norteamericano (\*), si mal no recuerdo. Pero ésta me sirvió para refrescar conceptos, particularmente en cuanto al aspecto religioso. Si te encontrás con otros ejemplares de la misma serie, los voy a recibir con gusto. Luego de la última visita recibí una carilla tuya fechada el día anterior a la misma. Me alegro que te haya gustado “La nebulosa de Andrómeda”. Como desde el punto de vista de la trama novelística tiene carencias serias, temía que te sucediera lo que a Alejandro: que te aburrieras y la dejaras de lado, pues hay capítulos enteros que son muy pesados y los personajes aparecen, en general, no muy espontáneos ni naturales, lo cual conspira contra el interés de los aspectos de fondo, a los que creo has sabido captar plenamente. Lo realmente central es la descripción que hace del mundo y los hombres y, si bien hay varias especulaciones exageradas –las que tú señalas, del aplaudir con luces y ese avión a resorte, que me resulta imposible de concebir, por ej.– lo cierto es que, en líneas generales, uno queda impactado ante la perspectiva planteada, ¿verdad?

Tu carta me mostró, además, un aspecto positivo: que no te quedás en la superficie de lo leído ni lo recibís pasivamente sino que, al mismo tiempo que tratás de penetrar con sentido, lo relacionás con tu entorno y tendés a elaborar generalizaciones personales y a ejercer tu propia capacidad de juicio. Lo señalo como positivo porque es curioso que a tu edad

---

(\*) Se trata en realidad de un escritor uruguayo (n.1916), autor de una amplia obra novelística.

y habiendo recién comenzado a leer sistemáticamente, ya hayas logrado llegar a ese nivel de aprovechamiento. Quizás algún día compartas conmigo la valoración de que el esforzarse por entender lo más posible lo que cada libro nos quiere decir o transmitir es, además, una actitud de respeto hacia ese hombre o mujer que, luego de mucho esfuerzo, nos entrega una parte de lo mejor de sí mismo. Ante esa ofrenda, limitarse a dejar simplemente resbalar la mirada por su superficie, dedicando sólo algunas horas de ocio y ningún pensamiento a lo que quizás fue concretado luego de años de trabajo, es lo que entiendo por falta de respeto. Uno puede concordar o no con el autor pero creo que debe responder, en parte al menos, al esfuerzo de quien trató de llegar a nosotros para comunicarnos algo.

Bueno, estuve en el Hospital en la fecha que correspondía. Todos los resultados de los controles son normales y yo me sigo sintiendo muy bien de ánimo y de salud, como siempre, si no le damos demasiada bolilla a algún rezongo de la espalda o el estómago, de vez en cuando. Pasé nueve días un tanto monótonos, leyendo no sé qué cantidad de horas al día a ese porteño bastante taimado que es Bartolomé Mitre. Me leí de cabo a rabo los dos tomos que me trajiste y releí algunos pasajes pensando bastante sobre esa época y la forma deliberada en que un escritor muy bueno, como fue él, pudo llegar a falsificarla ante sus contemporáneos para crear una imagen que incluyera su propia trayectoria coherentemente dentro de ese pasado, como una consecuencia lógica y natural del mismo. Sin embargo, aunque antiartiguista y

unitario, es un acumulador incansable de hechos y, si de mí dependiera, esos libros los encuadernaría y no saldrían de la biblioteca de casa. No sigo porque el papel no da para más y a vos la Historia no es lo que más te atrae. El jueves que viene te voy a recordar especialmente junto a Sonia. ¡Quince años, ya! Y parece que fue ayer...

Un abrazo y saludos. Chau

Cholo

## En Durazno, 5/IV/84

¿Qué tal Adolfo? ¿Cómo estás pasando en estos primeros días de reencuentro con ese ambiente liceal, libros aparte? En parte, me lo imagino. Porque: ¿sabés? Aunque recuerdo muy claramente lo viejo que le parece a uno un tipo de 38 cuando recién cumplió los 15 (y aun cuando llega a los 20 años), a vos no te debe ser fácil comprender lo joven que se puede sentir un hombre a esa edad –vas a verlo cuando te toque el turno...-. En realidad, aunque somos otra persona, el muchacho –por suerte– permanece en nosotros, late dentro nuestro y llega a confraternizar en múltiples aspectos con sus coetáneos que recién hoy llegan a su lado, para caminar juntos, en el mismo sendero, por más que cada uno debe hacer su propio camino, elaborar su forma personal de recorrerlo.

Hace unos años, en Paso de los Toros, por esta misma época, luego de churrasquear en el desayuno, mientras tomaba –como ahora– mate de postre (como dice Javier de Viana de los personajes de sus cuentos), pensaba en Uds., en vos y en Alejandro. A mí, igual que a vos (según me lo decías, hace poco, en una carta), no me gusta hablar de mis sentimientos. Más que mi problema de gusto es de torpeza, creo, pues, en esos casos, me siento como un elefante con patines... Yo tenía la certeza de que se aproximaba el fin de una larga espera: la de nuestro acercamiento más allá de los sentimientos convencionales, el real, ése que nos ha hecho compartir durante los últimos meses más cosas que todos los años anteriores jun-

tos y que nos hace vernos bajo una luz diferente, homogenizadora en el respeto mutuo. Aunque mi espera nunca fue intranquila ni impaciente, la proximidad del fenómeno, lógicamente, echaba leña al dichoso fuego de los sentimientos, los cuales, cuando me acucian demasiado, me obligan a buscarles salidas para no atragantarme.

En esos casos, por lo general, me da por amontonar palabras con pinta de versos, que una vez escritos, cumplida su función de desahogo, van a la basura. Ese día, lo que traté de expresar fue uno de los aspectos que revestía mi expectativa: la confianza en que el contacto con Uds. –entre otras cosas– sirviera para alejar las telarañas que los años pudieron haber juntado en mi interior, reaprendiendo o remozando la capacidad de sorpresa ante la vida, los hombres y las cosas, volviendo a percibir el sabor a vino nuevo del entusiasmo a prueba de fracasos todavía.

Y te aseguro que una de las sensaciones más placenteras que me embargó el jueves pasado, al celebrar tu cumpleaños a mi manera, fue el recordar ese momento y poderme decir que mis esperanzas no fueron defraudadas y que intelectual, espiritualmente o como quieras llamarle, andamos muy cerca... Claro, si me ponés un espejo adelante o nos jugamos un picadito, los 38 años se me caen encima como un terremoto, sin duda alguna.

Como estás viendo, con esta carta me está pasando lo que a Úrsula y Aureliano Buendía, dos personajes excepcionales de esa excepcional novela que es “Cien años de soledad”, de Gabriel García Márquez: en cierto pasaje, van a encontrarse en una situación muy

dramática –madre e hijo–, luego de años sin verse, y todo lo que cada uno preparó de antemano –frases, preguntas y respuestas previstas– se diluye en una conversación común y corriente, del mismo tipo de las que siempre habían tenido. Sucede que como con el mate o el vino que están ahí, esperando el momento en que los podamos compartir, mi cabeza es hoy un torbellino importante de pensamientos e ideas, para los cuales este papel es un vehículo insuficiente e inadecuado, como no tengo dudas que lo entenderás.

Barajé muchas posibilidades como tema adecuado a tus quince recién cumplidos: entre ellas algunas reflexiones en torno a algunas de las “Parábolas” de Rodó, que estudié en preparatorios en mi mejor año de literatura, por el excelente profesor que tuve (cada vez que recuerdo que es lo único que leí de Rodó, habiendo tenido mil oportunidades de hincarle el diente a sus otras obras –especialmente “Ariel” y “Motivos de Proteo”–, hasta el último de mis ademanes me insulta, te aseguro); particularmente, pensaba hablarte del pasaje final de “La despedida de Gorgias”, en que el maestro, ante el brindis con que le obsequia un alumno, prometiéndole mantener fielmente sus enseñanzas, le replica que eso no es correcto y que hay que brindar por quien lo supere, y terminan todos levantando la copa y diciéndole: “Maestro: por quien te venza, con honor, en nosotros”.

También la relectura de José Ingenieros ofrecía vetas propicias. Es uno de esos hombres que uno, al leerlo, siente casi palpablemente el crujir del cerebro. Por él, al igual que por Nietzsche y Platón, casi nos peleamos con tu madre, por carta, hace unos años,

pues se los citaba a menudo y ella no les veía valores para ello. Sin perjuicio de mi desacuerdo profundo con el idealismo de Platón, el elitismo de Ingenieros o las barbaridades que en torno al superhombre y yerbas parecidas plantea Nietzsche, son hombres que, aparte de escribir bien, derrochan inteligencia y penetración, obligándolo a uno a rascar a fondo en sus ideas, juicios y conceptos para explicarse el porqué de sus discrepancias.

Por ello, han sido un excelente preservador de mi cerebro contra el herrumbre de la falta de ejercicio. (Salvo “El hombre mediocre”, que ya leí y releí, me interesan todas las otras obras filosóficas del argentino. De paso: esta obra, especialmente los primeros capítulos, donde sintetiza la teoría de la evolución de Darwin, aunque está pasada de moda, pues aún no se había elaborado la teoría de los genes, de pronto te interesa. Vichala, si tenés tiempo).

En consecuencia, vamos a seguir con una carta como las habituales. La parte prometida como regalo, pensala por vos mismo o tené un poco más de paciencia y andá comprando el vino –tinto– o la Espinillar, para cuando se pueda... Por más esfuerzos que hice, entendí poco y nada a este norteamericano Burroughs y su “Expreso Nova”. En cambio, me gustó mucho “La Niña Verde”. De los libros sobre Artigas: el de Traibel, a su nivel elemental, está muy bien y da un panorama sintético, conciso y claro del hombre y su época.

El otro, ya no me gustó el título, en cuanto lo vi. Pensé en guardarlo para el hospital pero el temor de clavarme me llevó a comenzar a leerlo y a enojarme.

Parece mentira que a esta altura se desvirtúe de esa manera al hombre de carne y hueso que fue (o –como en el caso del sacerdote de la otra vez– se tergiverse de tal manera su ideario). En este ejemplar se le agregan oropeles que son casi un insulto, del tipo del que intentó cometer el municipio de Florencia en 1910, cuando discutió una propuesta de ponerle una hoja de parra al David de Miguel Angel!...

Artigas pertenece al tipo de hombres que no solo son piedra de toque para sus contemporáneos, en el análisis histórico, sino que se proyectan con el mismo papel hasta nuestros días y es faltarle el respeto ponerlo en términos de precedencia con Roosevelt, el Concilio Vaticano, Franklin, etc., etc., pretendiendo engrandecerlo con oropeles que serían como el insulto de la pretendida hoja de parra a la belleza clásica representada por el David. Aquí, se llega hasta el extremo de avergonzarse de que haya sido un hombre que tuvo hijos antes y después de su matrimonio desgraciado. ¡Cómo si fuera una mancha!... En fin, ya Petit Muñoz asustaba a su maestro, reflexionando que su estatura moral, política y personal era tan grande, que a medida que pasara el tiempo iba a haber gente que lo considerara fabuloso. Si en su simplicidad clásica corre ese peligro, con estos agregados espurios se lo insulta, a mi modesto ver, por supuesto. Y se termina, como ves, medio enojado al recordar la referencia despectiva a Melchora Cuenca, entre otras cosas.

Dale un beso a los viejos y un abrazo a Alejandro y a Raúl. Saludos al Alanicerío y los Mosquera, si los ves. Un beso a Sonia.

Chau.

## En Libertad - San José, 12/V/84

¿Qué tal, Adolfo? ¿Cómo te va? Hace unos días le decía a tu madre que si continuaba sin responder a tus cartas iba a suceder una de estas dos cosas: o terminabas aburriéndote y no escribías más o me caías con una crítica del tamaño del obelisco, más o menos. Espero que tengas en cuenta los atenuantes que han operado para que te haya estado fallando tanto tiempo.

Bueno. Pese a mis deseos de evitar tratar por carta –dado lo escaso del espacio– una serie de asuntos de orden práctico, no voy a tener más remedio que hacerlo en ésta, de una vez para siempre, esperemos.

Recibí tu última carta, traída por Alejandro, la cual me fue entregada sin observaciones, a diferencia de la primera, no obstante estar fuera del reglamento en algunos detalles. Vamos a aclarar ya este asunto. El tamaño máximo de las carillas debe ser de 22 x 28 centímetros, escritas de un solo lado, con un margen de 3 centímetros, rayadas y con no más de 25 renglones escritos. No pueden contener abreviaturas ni palabras escritas con letra de imprenta ni subrayadas ni paréntesis ni comillas ni tachaduras. No pueden ser escritas a máquina y deben firmarse con la firma habitual. En el sobre deben copiar como dirección el remito de una de mis cartas últimas y en la solapa del sobre debe constar el nombre del remitente y su dirección completa: calle, número, ciudad. En el reverso de la primera carilla: aclaración de la firma en letra de imprenta, con nú-

mero de Cédula de Identidad y departamento donde fue expedida.

Si escribe más de una persona, cada una debe cumplir con el requisito anterior y agregar su dirección completa, en caso de que no sea el remitente, que ya la puso en el sobre. Transformate en mi oficina de correos; si alguien más quiere escribirme, que te envíe por correo o alcance a vos las cartas, de manera de que solo me sea enviada una, de dos carillas, quincenalmente, así le reservamos a Sonia la posibilidad de utilizar la otra carta que puedo recibir en ese lapso.

Fotos: tamaño no mayor que una postal. No entran monóculos [con fotos] ni diapositivas ni fotocopias. Cada una debe tener el nombre, dirección y número de Cédula de los mayores de doce años que aparecen en ella. Pueden ser de cualquier persona, lo mismo que las cartas, familiares o no. En cada sobre pueden venir hasta cinco. Si solo vienen fotos, se les toma como una carta recibida. Todas deben tener mis datos como las cartas. Puedo tener hasta diez fotos.

Me informaron que en la antesala del locutorio hay una cartelera con todas las disposiciones sobre paquetes. Es muy importante que la examinen bien y tengan una idea bien clara de sus disposiciones. Estoy terminando esta carta hoy, domingo, recordando a la vieja y con unas ganas locas de poder llevarle una bandeja de masitas, aunque viole el régimen. Decíselo.

Me autorizaron a recibir el cortauñas y un banco de 35 centímetros de altura. Aprovechando la madera del que les devolvieron, decile al viejo que quisiera

uno como aquellos que nos hizo cuando éramos gurises: el asiento de 30 por 40 y bien reforzado y resistente. Puedo recibir los suplementos deportivos de El Día y El País. Vean si me los pueden conseguir con amigos o conocidos. No traigan queso: lo puedo comprar acá.

El dulce debe ser deshecho, no como los higos que llevaban a Durazno. Aparte, necesitaría: un balde, una toalla de baño y otra vieja de manos o un paño o repasador; leche en polvo, una bolsita de gofio Manzanares, galletitas y 200 gramos de té de Subsistencias. El depósito en dinero que pueden dejarme es de N\$ 350. Según el recibo que me alcanzaron ayer, Alejandro depositó N\$ 300. Como a los dos días de recibir el termo que me trajeron se me rompió y tuve que comprar otro acá, junto a algunas cositas imprescindibles, el gasto ya hecho insumía prácticamente esa suma; o sea que estoy seco. Si les es posible, traigan un poco más de esa suma, a ver si saldamos lo que deba y dejamos un fondo suficiente, que espero tocar lo menos posible, por supuesto.

Yerba y azúcar tengo para más de un mes. Los yuyos, sí, se me terminan. El balde puede ser el de Durazno, si no lo tiraron, y pienso que, de pronto, el banco y alguna otra cosa conviene que lo manden por encomienda, sobre todo si la que viene es la vieja.

Sonia, a tus cartas. Espero no haberte molestado con algunas bromas que le hice a Alejandro sobre la primera de ellas. Hace años, le comentaba a la petisa que si algo me gustaría dejarles a Uds. como legado es la facultad de reírse de sí mismos –cosa que a mí

me costó bastante aprender— junto al desapego por las cosas materiales; no su desprecio, pero sí la capacidad de ponderarlas siempre en su real valía. Y tú, en esa carta, impulsado por tus propias emociones que me conmovieron, pero que proyectadas en mí resultaban paradójicas, me decías que te imaginabas lo feliz que me sentiría con el traslado... Daba para sonreírse, ¿no te parece?

Habría para hablar tanto los dos sobre Ingenieros, Cervantes y El Quijote... pero no da el espacio. Rescato, eso sí, como una gran alegría, el que hayan llegado a ti las cartas de Sonia. Hay mucho de bueno y rescatable en ellas. Aparte de las frecuentes referencias a Uds. dos, se desprende de ellas el vivir en plena evolución de la petisa. Un abrazo y saludos para todos. Chau

## En Libertad - San José, 22/V/84

¿Qué tal, Adolfo? Apenas hace un día que nos separamos y aquí me tenés, pretendiendo seguir nuestra charla. Más exacto sería decir mi cháchara, pues, pese a todos mis propósitos en contrario, decidiendo firmemente permitirte y exigirte hablar a vos –a Uds– de sus vidas y quehacer, termino acaparando el micrófono, como esos malos actores que se pasan buscando siempre el primer plano; lo he analizado seriamente, pues no suelo ser tan inconsecuente normalmente, y he llegado a la conclusión de que me impulsan dos factores semi-inconscientes: por un lado, la necesidad íntima de darles una visión real, libre de toda fantasía, acerca de las condiciones en que me encuentro física, moral y ambientalmente; por otro, un tipo charlatán como yo, supongo que se ve impulsado hacia una especie de catarsis en esa hora quincenal, la cual, como me libera muy parcialmente de la necesidad de comunicación que hace años vengo acumulando, termina siendo un factor más de tensión.

Voy a tener que dominarlo y me vas a tener que ayudar, cortándome cuando me veas divagar y desaprovechar el tiempo, sin falsos respetos, para hablarme de cualquier tema que a vos te interese o que veas que a mí pueda interesarme. En parte, ya lo has venido haciendo, como al comentarme diversas noticias, caso del festival musical del estadio o de tus actividades estudiantiles, lo cual estuvo perfecto.

Si fuera fetichista, tendría que concluir en que tu visita, además de alegrarme, me trajo suerte, pues,

luego de la caminata de ayer, comenzaron a trasmirtirnos la grabación del informativo Montecarlo de la mañana. Hoy me pareció mucho más completo que el de ayer, y la verdad hay un montón de cosas que no comprendo mucho, debido a mi ausencia de elementos de referencia, tanto sobre la situación nacional como internacional. De cualquier manera, valoro la decisión como una de las más positivas desde nuestra llegada, aunque en algún sentido uno se sienta medio como un marciano que acaba de aterrizar... Pero, de a poco, creo que me voy a ir haciendo una idea de la marcha de la situación y su evolución.

Ayer mismo me entregaron tu carta y hoy el paquete. En este último, la sorpresa fue la miel –pues aún tengo de la otra vez– y, sobre todo, el café, que fue un gasto inútil, pues no sé qué hacer con él; supongo que se habrán confundido y vino en lugar de la cocoa. Lástima. De las notas del liceo, no voy a opinar, pues me faltan elementos para juzgar, aunque no están del todo mal, teniendo en cuenta que vos siempre has ido de menos a más, año tras año.

Bueno, voy a tratar de ponerme un poco al día con tus cartas. Hace unos meses, me preguntabas el porqué del título de la Nebulosa de Andrómeda. Si releés la última parte, cuando luego de partir la nave reciben una transmisión que procede de dicha nebulosa, vas a encontrar la explicación. No tiene mucho que ver, pero es así nomás. El libro de Ingenieros lo leíste hasta donde pienso que te podía servir. Quizás te convenga hojear la parte en que hace una síntesis del análisis de los caracteres en general, dejando todo el

resto de lado, pues te puede aportar elementos útiles para cuando estudies el tema en el liceo.

Si el tema de la evolución te interesa, en mi cuaderno vas a encontrar bastantes notas, sacadas de Teillard de Chardin, sobre ese punto. Tené presente dos cosas: yo anoto no solo lo que comparto sino también aquello con lo que discrepo, como creo que ya te lo comenté, pues me ayuda a aclarar mis propios conceptos. Y este último autor es un sacerdote jesuita, muchos de cuyos puntos de vista científicos comparto pero cuyas posiciones filosóficas extremas –el fin último de la evolución, para citar una– me son totalmente inaceptables.

Lo segundo, es que en dicho cuaderno no hay prácticamente una sola palabra mía. Son citas textuales en su totalidad, salvo alguna rara excepción, como el resumen de la tesis central de un ensayo de antropología. El hombre: animal imperial. Lo mismo es válido para esos apuntes sueltos sobre Napoleón: son extractos de la biografía que me mandaste.

Y haceme acordar en la próxima visita de este asunto de la lucha por la vida, pues creo que te falta comprender algún detalle importante, ya que es una ley básica del desarrollo de la vida y, como tal, se cumple siempre, aunque el hombre, al hacerse consciente de ella dio un salto fundamental, que lo puede llevar a aprovecharla, como especie, para un mayor, mejor y más amplio desarrollo, auto y filogenéticamente.

A mí me ha influido mucho Unamuno acerca del Quijote y su relación con Sancho. Pienso que ilumina el punto cuando afirma que al unirse a su escudero, el amo se completó, pues tuvo a alguien para quien

pensar en voz alta. Releo tu comentario sobre el intelectual y el campesino y no puedo menos que ver el Sancho final, convertido por esa relación en un terrón de argamasa diferente, apegado sí a su familia y su tierra pero lejos de aquel que se largó a andar tras el espejismo de la ínsula, depositario final de la herencia que Alonso Quijano el bueno, al morir, abandona avergonzado. Un abrazo. Saludos a los amigos, los Alanices, los Mosquera y los viejos. Chau.

**CARTAS  
CLANDESTINAS**



## **Carta clandestina en el Hospital Militar escrita el 24/VI/84**

Cómo les va compañeras: ¡Salud!

Es una alegría poder charlar con ustedes un rato. No sé si nos conocemos personalmente, pero no tengo dudas de que nos une un conocimiento más profundo: el que surge de haber compartido dolores y alegrías que nos son comunes y el haber tenido una experiencia de carácter común frente al mismo enemigo de clase y esto ha llegado hasta mi aislamiento de diversas formas, todas ellas expresivas de una solidaridad concreta que era un sostén permanente para mí y los otros compañeros, solidaridad en la que veíamos el reflejo de la de nuestro pueblo que hoy demuestra a cada paso que no se va a dejar nunca amansar a palos; también era un indicio de la más amplia de los pueblos del mundo, de todos los que de un modo u otro se embanderan hoy junto a los oprimidos en su lucha por la liberación. Han sido años plenos de sufrimiento y abonadores de experiencia para el futuro, pero sobre todo han sido años en que aquella tan mentada y poco practicada consigna de “unidad” ha adquirido un contenido concreto que se ha convertido en uno de esos logros materialmente indestructible para el futuro, un antídoto que al sectarismo va a serle muy difícil superar. Salud, entonces.

Queridas compañeras, ¡Salud!, lamento no poder escribir más largo, entre el tratamiento y la guardia no me lo permiten, las palabras de ustedes llegan hon-

do, llegan por lo que dicen y hacen sentirse bien por la forma en que lo dicen, forma y fondo en el que se respira tan a gusto el viejo aire tupa que parece se ha perdido un poco en algunos compañeros poco memoriosos o que en otros casos no tuvieron tiempo de empapar a fondo los corazones y el cerebro, llevándolos fácilmente a ver y hablar lenguajes que a nosotros nos suenan extraños. Pienso que en todos ellos, mientras exista una base sana de honestidad, el futuro reencuentro y la convivencia será sin tensiones, así como la discusión concreta sobre temas concretos destinada a plasmarse en un quehacer específico y práctico va a ser el mejor vehículo para el nuevo abrazo que nos lleve a todos a reconstruir la Orga, desarrollándonos luego de analizar los errores cometidos sobre la vieja raíz tupa que mantiene su vigencia intacta, a mi ver. Hoy la tarea central nuestra debe ser durar lo más enteros que sea posible, dispuestos a salir de la cana frescos para ese análisis autocrítico y esa reconstrucción que no sólo tiene por base la citada raíz tupa sino además todo el dolor que le hemos brindado al proceso, toda esta lucha cotidiana de la cana y las vidas de aquellos compañeros que habiendo quedado en el camino hoy siguen caminando a nuestro lado: sí, nuestros muertos.

Conocí un compañero seispuntista (excelente compañero) con el que estoy seguro que no voy a tener problemas en el reencuentro porque es un “tupa”. Luego, sin entrar al análisis de sus planteos que por lo anteriormente dicho creo que es asunto de discusión futura y afuera, lo que sí he manifestado a otro compañero con el que cambié unas palabras es que

nuestro esfuerzo central hoy, es el mantenimiento de la unidad interna y toda discusión que atente contra ella para mí es negativa. No soy ningún iluso que piense que luego de semejante derrota podemos salir intactos. Sé que han aparecido “picos de oro” y “pescadores en río revuelto”, por eso hablo de que el reencuentro va a tener por base la honestidad porque donde haya jugado la ambición y deformaciones parecidas, el terreno está definitivamente podrido. Pero estoy seguro que estos casos son muy pocos.

Los seispuntistas no son un planteo de la Orga ni de ningún compañero viejo. Es el producto de un fenómeno interno del Penal que luego se extendió con las libertades a Europa sobre todo. Si lo que ustedes recibieron fue lo que difundió Rapella, no le den mucho corte porque ese hijo de puta barajó las cosas para confundir e introdujo cosas como la creación de un ejército en el exterior, cosa que ellos no manejaban. Mi memoria es muy mala y no los recuerdo con exactitud pero eran más o menos: 1) la URSS vanguardia de la Revolución Mundial; 2) Cuba, vanguardia de la Revolución en América Latina; 3) (creo) PC vanguardia de la clase obrera acá; 4) Vigencia del MLN; 5) Vigencia de los compañeros viejos como su dirección; 6) No recuerdo si se refería a la formación del Partido o a la lucha armada.

La información de que algunos compañeros del 2° piso no estarían de acuerdo es errónea. Existe un consenso en el 2° contra dicho planteo, más o menos radicalizado pero general. Así como dicho consenso se inclina hacia unos “jugos de calabaza” elaborados por Manera, parte de los cuales, supongo, les habrá

transmitido en sus “cartas”. Conocí dos compañeros 6 puntistas. Con uno de ellos hablé bastante y en ese momento me decía que los 6 puntos no eran más que acuerdos entre puntos a discutir más adelante, algo así como un punteo-temario. Era un excelente compañero, un tupa de la planta que me pareció un poco confundido y que bastaban un par de horas para correrle los pájaros raros de la cabeza. Eso sí, tranquilos, y afuera; acá, imposible. Lo que sí me alarmó fue el lenguaje utilizado para con los compañeros caídos del MIR de acá. Algo muy similar al que en la época estalinista se usaba para con los troskos.

Me han llegado versiones de que en Europa se intentó algo así como un Congreso de todos los tupas, allí al no aceptarse su plataforma se retiraron en bloque, y otra: le pidieron la Dirección del MLN a los compañeros de afuera, y como estos se la negaron comenzaron a firmarse 26/Marzo/62. De acá he recibido también versiones de actitudes jodidas a nivel de familiares: “no te metas con esos que son traidores”. Las paso para que la manejen con cautela pues no es nada confirmado, pero son indicadores de un clima de hostilidad en torno a ellos y quizás de aislamiento. Yo no tengo posición frente al fenómeno en sí y corro una gran cuota de tolerancia para un lote de compañeros que pueden haber sido embarcados por “picos de oro” que actuaron en el momento adecuado. Es más, conozco a unos cuantos compañeros seispuntistas que son excelentes tupas y que sólo así se explica su permanencia allí, además del factor de que en el 75, cuando más abajo habíamos caído acá, parece que fueron los primeros en levantar la cabeza

y mirar al proceso globalmente y con perspectiva, sacando la nariz del ombligo.

Al segundo compañero seispuntista lo conocí acá, hace un par de meses, cuando llegué (me voy a bañar todos los días al celdario de los presos), le expresé mi posición genérica del momento actual en la orga. Pienso con Manera que nuestra tarea es como presos durar lo más enteros posibles física y mentalmente; todo lo demás es secundario. Hemos logrado levantar la 2ª. fuerza política dentro de la izquierda de este país y tenemos tras nosotros nuestra experiencia a rescatar, mucho sacrificio, dolor y muchos muertos que son nuestro bagaje para seguir ese camino, y es un bagaje que nos exige consecuencia y que nos impone el deber de llevarlo adelante y acrecentarlo. Eso sólo lo podemos lograr unidos. En consecuencia todo planteo que atente contra la unidad de los tupas hoy es negativo.

Mañana, en marzo, cuando podamos abrazarnos afuera y compartir un mate y un vaso de vino, podremos sentarnos a discutir todos los puntos que queramos y hacer un análisis positivo (sin el acicate del enemigo tras la reja), un análisis de esos que marcan los caminos a seguir aleccionados por la experiencia para no caer en los errores cometidos. Entonces sí, todos juntos nos diremos las cosas lindas o feas que tengamos que decirnos para eliminar todas las confusiones, delimitar las responsabilidades, y trazar la nueva-vieja orga que nos sigue esperando, luego a hacer cosas como siempre, lo mejor que se pueda, con la humildad necesaria para continuar aprendiendo sobre la marcha. Y las tareas que uds. encararon

se encuentran dentro de esta visión, me parece pues llevar a la práctica la consigna que lanzó Manera, “volver a la Orga”, buscar en esa riqueza inmensa que es nuestra experiencia teórico-práctica formativa todos aquellos elementos que son probada presencia y que nos van a servir de herramienta en el futuro inmediato y tan peculiar que nos aguarda: las masas que no nos son desconocidas, vale aclararlo por las dudas.

**Esta carta fue escrita el 23/VIII/84. Fue sacada clandestinamente del Hospital Militar para el Penal de Punta de Rieles**

Compañeras: ¡Salud! ¿Saben?, pienso y pienso y más me convengo de que mi aporte si puedo llegar a concretarlo, va a ser de los menos reveladores. En parte, porque estoy convencido de que es muy difícil transmitir nuestra experiencia ya que hay cosas que solo viviéndolas se las puede entender, esto lo comprendí cuando comparé mis vivencias de antes sobre estos temas (Franz Fanon y Fusick, por ejemplo) y la que luego fue mi experiencia, nuestras vivencias reales. Pero más allá de ese relativo escepticismo está el hecho de que estoy convencido de que en particular, aun dentro de los nueve tuve más suerte que otros compañeros y fui quizás el que la pasó “mejor”, dentro de todo lo relativo que puede ser esta expresión, por supuesto. En primer lugar mi pasaje hacia la soledad y el aislamiento total fue paulatino –así como para Engler y Manera– pues tuvimos un año y medio de estadía en Paso de los Toros los tres juntos y, a veces autorizados, a veces clande, charlábamos. Incluso luego, llegaron otros cuatro compañeros de la zona, con lo que aquello se convirtió en un gallinero.

Bueno, nosotros pasamos por ese filtro de semi tranquilidad, mientras los seis restantes creo que pasaban por el período de verdugueo, digo semi tranquilidad porque casi sobre el fin de nuestra estadía apareció GAVAZZO a ubicarnos en la realidad, sobre todo a mí, con quien nunca terminó de saldar ciertas

cuentas que le interesaban mucho, y pateó aquel nido medio pasable (aunque los “osos” eran infames, la comida mala, la higiene pésima, no había casi recreo y la atención médica era prácticamente inexistente), pateó aquel nido y preanunció nuestro comienzo de vida en las puertas del infierno.

Mi primera etapa fue en Durazno, aquel sótano -aljibe - cisterna, inmenso quince o veinte metros por ocho o diez, siempre rezumando agua de las paredes y que cuando había lluvias fuertes se inundaba con quince o veinte centímetros, diez, quince o veinte días en el agua y trepado en una escalera, con todas las cacharpas alrededor, seis meses sin sol, sin cartas, sin lectura, observando el comportamiento de las arañas y a veces soportando el verdugueo extra de algún cabo que, por cuenta suya, se le ocurría no dejarme caminar en toda su guardia.

Eso sumado al verdugueo del teniente Citen Rodríguez, que respaldaba cualquier idea “interesante” para “mejorar mi estadía”. Salí cuatro veces media hora para ver a mi vieja –y ahí por primera vez tuve que enfrentarme con dos fenómenos que luego me iban a acompañar de manera permanente con mayor o menor intensidad–: la soledad y el aislamiento. Sacando cuentas, he llegado a concluir que en total –sumando períodos que van desde un par de meses hasta seis u ocho meses–, he pasado entre cuatro o cinco años de incomunicación total, a celda pelada, sin absolutamente nada, ni libros, ni papel, ni mate, ni siquiera ropa o el colchón.

Mantenerse cuerdo en dichas condiciones, cuando a ello se suma el hostigamiento violento, brutal del

enemigo, requiere varias cosas: una base ideológica muy firme, que transforme al aislamiento en una demostración de que la lucha sigue, aquí y en otros lados, pero que el enemigo se aprovecha de tu imposibilidad de respuesta, de tu impotencia para desahogar sus frustraciones y fracasos. No dudar, ni por un instante del sentido de la marcha de la historia y sentirse integrado a ella apretando tu aguante, tu dignidad, tu certeza de que las cosas acá van a tomar otro rumbo –cómo, cuándo, de qué forma no sé, pero esto va a terminar algún día y yo debo llegar entero a ese día.

En mi caso también pesó la conciencia de mi responsabilidad; por causas fortuitas llegué a ocupar determinadas responsabilidades y ellas pesaron en mí en todo momento, yo seguí y sigo siendo responsable ante los compañeros por mi conducta y sigo siendo responsable ante todos los que cayeron antes, durante y aún hoy ante el enemigo. Y esta responsabilidad fue siempre una fuente de fortaleza moral que se ha hecho tan carne en mí, que convivo con ella sin sentirla pero sintiéndola siempre. La soledad, en cambio, tiene dos aspectos: uno que yo desconocía y que me resultó ser grato. Mi carácter expansivo, la facilidad que siempre tuve para relacionarme con quienes me rodeaban, en fin, toda mi personalidad había conspirado, para impedirme conocer el montón de facetas positivas y atractivas que encierra esa tan temida por el hombre moderno: soledad.

Y pasado cierto tiempo –el imprescindible para conocernos– comenzamos a ser amigos y hoy mi temor es que esa amistad haya llegado a ser tan pro-

funda como para transformar mi apreciación de la cotidianidad. Nunca me creó problemas, además porque –dejando a un lado artilugios para mantener el cerebro ocupado y fuera de todo tipo de canaleta perniciosas, como los juegos y cálculos matemáticos o la memorización de cuadrados y cubos perfectos o de números primos desde el cero al 8.000 por ejemplo– en cualquier momento podía poblarla con infinidad de recuerdos y amigos, compañeros y compañeras con los que charlar y revivir momentos de toda clase, o simplemente, dejarme henchir por esa cadena de solidaridades que componían presos y no presos, gente que aquí o en cualquier parte continuaba LA LUCHA, SU LUCHA, NUESTRA LUCHA.

Y termino esta perorata larguísima y que no sé si responde a lo que me pidieron, con una conclusión: comencé a ganar esta batalla entre ellos –buscando destrozarnos física, psíquica y moralmente– y nosotros –yo– dispuestos a no permitirselos, el día en que comprobé que lo fundamental era hacerme dueño absoluto de mi cerebro no permitiendo que penetrara en él bajo ningún aspecto –salvo que yo lo admitiera– y disponiéndome a vivir en su sola compañía, sin libros ni otros elementos que no estaba en mi voluntad la decisión de disponer de ellos y por los cuales infinidad de veces trataron de tentarme o chantajearme.

Lograr el control entonces de mi cerebro, en primer lugar, y de mis emociones, en segundo término –creándome una especie de colchón-filtro para ir las asimilando o rechazando. Poco a poco creo que fueron los dos pilares en que me apoyé síquicamente

para estar acá, hoy charlando con Uds. seguro de que me van a entender porque vivieron experiencias que nos hacen hermanos en el dolor y la lucha y en el sentimiento de que con todo este bagaje a cuestas aquí estamos, prontos para la próxima. Pero asimismo muy dudoso de que, aun con la mejor buena voluntad y el mejor deseo de extraer enseñanzas de estas vivencias, le sea posible a alguien, que no pase por la experiencia, comprender ni la mitad de lo que se contiene detrás de estas palabras.

**Esta carta fue escrita en el Hospital Militar clandestinamente y sacada de igual forma. Ya le habían diagnosticado la metástasis generalizada. 27/VIII/84.**

Compañeras: ¡Salud! ¿Cómo andan? Espero que bien. Yo aquí, pensando que quizás pueda ser un aporte relatar lo que fueron mis dos últimos años en Durazno, tomando en cuenta el hecho de que estaba en pleno proceso de tratamiento de mi enfermedad y que me produjo la primer metástasis en el cuello –a fines de mayo del 83– durante mi estadía en aquella unidad. O sea, que siempre fui un convaleciente de una dolencia grave, que en cualquier momento podía llegar a derivar en lo que actualmente es mi estado, situación ésta que era de pleno conocimiento del Comando de dicho cuartel: el Regimiento de Caballería Blindado 2 “Pablo Galarza”. Fui trasladado a él en abril del 82.

El Comandante de la unidad, Teniente coronel CONTI, me recibió en persona junto al 2o. jefe Mayor Álvarez –sobrino del Presidente– y el Teniente 2o. MANGINI. Luego de mantener una charla muy correcta, en la cual se interesó detalladamente por mi salud, de pronto cambió de tono y, por primera vez en todos estos años, me comunicó oficialmente las condiciones de nuestra situación: “No se confunda. Usted no tiene ningún derecho y está sometido totalmente a la discrecionalidad de lo que yo disponga. Si las cosas fueran al revés nosotros no la hubiéramos contado. Así que, por lo tanto usted debe agr-

decer hasta el estar vivo. En consecuencia cada una de las órdenes que yo dé a su respecto debe interpretarse como una concesión, que puede ser revocada en cualquier momento que yo lo quiera. ¿Está claro?”.

Le contesto que sí, lo cual no implicaba que yo aceptara ese planteo. Que yo tenía derechos y que éstos deben ser respetados, independientemente de su presunta voluntad omnipotente (¡ah!, cuando dijo que debíamos agradecer el estar vivos, tuvo el tupé de decir que eso se debía a que vivíamos en una democracia).

En nuestra última entrevista, un par de meses antes de ir para el Penal, se terminó de sacar la careta: en medio de una discusión muy «urbana» pero muy violenta, se le escapó: “sí, en realidad con Uds. tendríamos que haber hecho jabón”. El teniente MANGINI era el oficial S. 2, o sea el encargado general de todo lo que concernía conmigo. El alojamiento era un calabozo amplio –de 3 X 3– el más grande en que viví en estos años y contaba con una serie de comodidades “insólitas”, una mesa de cármica y una silla. Como contras tenía en común con casi todos los demás lugares, la humedad, se llovía y se inundaba con cualquier chaparroncito, [para] un cuarto de su superficie la ventilación era pésima. Al día siguiente de llegar se me aparecieron comunicándome por escrito que iba a ser llevado al baño dos veces al día –a las 6 y 30 y 14 horas– y que iba a tener una hora diaria de recreo; que los viernes, dentro de ese lapso (y los martes) iba a poder bañarme con agua caliente y lavar ropa; el tiempo que sobrara se me llevaría al

recreo. Obviamente iba a tener que realizar mis necesidades en un balde, en la celda, balde que llevaría a vaciar en cada ida al baño. Todo parecía ir de perlas y, en cierto sentido, salvo la soledad, hasta mejor que en Paso de los Toros: la comida era mejor, me alcanzaban agua para el mate dos veces al día, la atención médica era mucho mejor y los traslados al hospital los hacían en ambulancia del cuartel, cosa que nunca me imaginé podía suceder.

El idilio terminó el primer viernes: me llevaron al baño, me dejaron enjabonar el cuerpo y la ropa y de sopetón me ordenaron que el baño había terminado –ya la orden de recreo se había cumplido muy escasamente los días anteriores–; por supuesto, primer lío.

Mientras estuvo Mangini, no me faltó nunca lectura ni cartas: se me entregaban al poco rato de terminar la visita, con el paquete junto al recibo familiar (nada de “peaje” por parte de los del S. 2 como en Flores y Colonia). Bueno: el resumen estadístico establece que en total salí, promedialmente, seis veces por mes a recreo sumando todos ellos hora y media por mes. Los picos fueron cuando se hizo cargo de la oficina del S. 2 el teniente 2o. Albornoz en junio del 82, en que, aparte de entregarme solo un libro por mes, bocharme la entrada y salida de cartas, salí una vez en junio cinco minutos, una vez en julio diez minutos y una vez en agosto cinco minutos. Llevaba veinte días de setiembre sin salir cuando me decidí a armar un escándalo que llegara al jefe, pues no había salido ni un solo día a tomar aire. El asunto era muy grave porque tampoco me llevaban al baño –llegué a pasar cerca de cien veces entre cuarenta y setenta

horas sin ir al baño, soportando las emanaciones tóxicas del balde al fermentar las materias fecales y viviendo en medio de un aire tan viciado y un olor tan nauseabundo que me provocaba permanentes malesatares estomacales, que me impedían comer o me provocaban vómitos-, aparte de eso, el balde se llenaba y tenía que usar diferentes recipientes: palanganas donde lavaba el menaje y en determinado momento me vi obligado a defecar en el plato donde comía, porque si lo hacía en el suelo, luego iba a tener que soportar permanentemente el olor –como me sucedió en Colonia, donde durante meses a Révori y a mí nos obligaban diariamente a orinar en el piso del calabozo-. Al no salir al recreo o salir cinco, diez o veinte minutos, el calabozo nunca dejaba de tener un aire viciado permanente. Era tal el olor que saltaba de los recipientes que, varias veces, los soldados debían pedir relevo por descomponerse del estómago y eso que ellos estaban al aire libre.

Otro índice estadístico dice que durante el primer año tomé dos horas de sol, pues el resto de los “recreos” me los daban a la sombra. El hostigamiento de los oficiales subalternos fue esporádico, lo mismo que las provocaciones llevadas adelante por los tenientes 2o. BARRIOS y ALBORNOZ especialmente. Independientemente de que el Comando conociera a fondo las irregularidades, es evidente que lo tenía a rienda corta. La higiene era pésima, si hubiera dependido de ellos, durante meses me hubiera bañado una vez cada veinte días; pero como hacía gimnasia a diario, o casi (sin mucho fanatismo ni autoverdueándome), me inventé una lluvia como la flauta de

Bartolo –con un agujero solo–, en la tapa de recipiente de plástico de detergentes y perfumol y de esa manera me conservé más o menos a tono, bañándome casi a diario. Todo traslado fuera del “oso” era encauchado y esposado.

La orden de los custodias era: bala en la recámara y sin seguro. Todavía no sé cómo estoy vivo, ya que en esas condiciones es muy fácil que se produzca un accidente, escapándose un tiro. En dos oportunidades me salvé de milagro: una en Durazno, en el 76, en que se le escapó un tiro de carabina a un soldado que hasta un segundo antes me estaba apuntando al cuerpo. Otra en Colonia, en que al actual Sargento CHAVAZA –un buen tipo– siendo cabo, se le escapó una ráfaga de Thompson punto 45, a tres metros míos. Todavía no me explico cómo me funcionaron los reflejos y salí de la línea de tiro. En la pared, en la línea que estaba parado quedaron marcados dos semejantes agujeros...

Bueno: seis meses antes del traslado al Penal, se ve que vino la orden de arriba de aflojar la mano y mejoraron el trato. Comencé a tener diez, quince y hasta veinte recreos al mes, se acabaron las esposas hundidas en las muñecas y los empujones. Por lo menos una vez al día iba al baño y la higiene mejoró un poco. Se hizo cargo el Teniente Gómez del S. 2. No hubo más bochazos de cartas ni de libros, aunque de Sonia hacía casi seis meses que no recibía carta, ni ella de mí, pero era cosa de Punta de Rieles. ¿Es a esto a lo que se refieren cuando hablan de testimonios, de detalles o anécdotas o las interpreté mal? Haciendo abstracción de mi persona, le adjudico al-

guna importancia como testimonio, teniendo en cuenta el estado de salud del tipo verdugueando.

Pero al Bebe lo tuvieron y lo tienen 10 años con una hernia inguinal, a Manera más de un año con un cálculo en la vejiga (en ambos casos sin preocuparse para nada), al alemán Engler 9 años con el bocho alterado y casi sin alimentarse...

En fin, mi caso no escapa a la línea general. Nos tendrían que haber hecho jabón...

**Esta carta fue escrita y enviada clandestinamente al Hospital Militar por su esposa en el momento que recibió la noticia del agravamiento ya definitivo de Adolfo**

Negro querido:

Llevo muy dentro mío tu huella profunda  
ternura y fuerza  
única, irrepetible.  
Hoy siento el dolor inevitable  
imposible de arrancar,  
pero sí coexistiendo  
con la alegría de palpar  
la continuidad de la lucha  
en nuestro pueblo –en los gurises.  
Porque luchamos por la vida  
sigo apostando a ella,  
hoy, con la alegre tristeza del olivo  
pero siempre arrancando la alegría  
de los días venideros.  
Te quiero para la vida  
aunque tengamos que morir por conseguirla  
**VENCEREMOS**

**Esta carta-despedida enviada por Adolfo a su compañera, deja por primera vez el marco del recuerdo y la afectividad personal, para ser compartida como testimonio de una apuesta a la vida**

De la planta que fue  
del fruto  
que en abrazo de amor  
con el suelo engendrara  
hoy nos quedan en las manos  
la semilla  
y a nosotros  
que consumiéndolo  
alimentamos sueños  
e intentamos calmar la sed  
a la esperanza  
hoy nos toca conservarla  
guardarla  
atesorarla  
para el momento justo  
en el tiempo preciso  
cuando vuelva a asomar al sol  
la cara de los pueblos  
resuenen sus cantos  
la depositaremos  
allí  
en esa tierra fértil que aun espera.

¿Qué tal linda? ¿Recordás estos versos? Sin duda.  
Comencé la cana enviándotelos y me acerco al fin de

ella, al parecer, cerrando un ciclo, con las mismas palabras. Como ya sabés, mi situación en lo que hace a la salud sufrió un bajón violento, los médicos claro, no se entregan (y yo tampoco, por supuesto), pero sería esconder la cabeza no reconocer que ha entrado en un nivel de gravedad alto, muy difícil de superar. Mi cerebro sigue siendo el mismo amigo fiel y sereno que me ha acompañado en los momentos más peliagudos, sin alterarse, garantizándome siempre un estado de ánimo adecuado a cada circunstancia. Por eso no te voy a dar más detalles del problema salud salvo el confirmarte que es posible que haya entrado en la etapa de una metástasis generalizada. Bueno, a nosotros. Tus palabras me hicieron muy bien pues confirman lo que esperaba de ti.

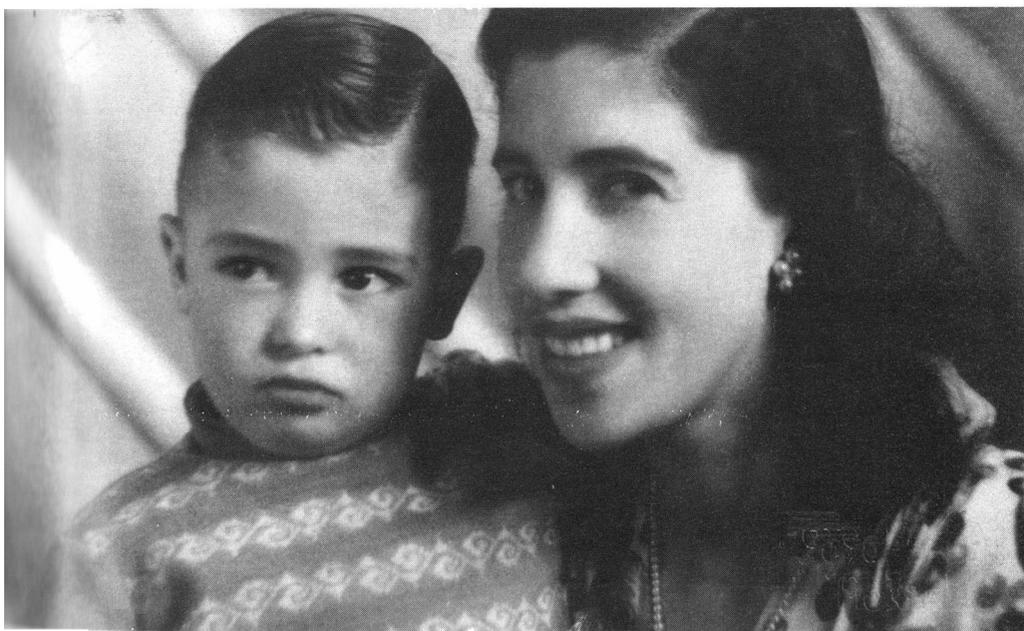
No puedo menos que dar gracias a la vida que me ha dado tanto a los Alanices, espejo representativo de nuestro pueblo con todas esas características de solidaridad intuitiva, con todas esas posibilidades de desarrollo frustrado por un régimen que no les permitió cultivarlos y aun con las desviaciones que el mismo les imprimió, me dio a ambos viejos con sus claroscuros tan representativos también; me permitió conocerte y caminar contigo de la mano creando a cada paso nuestra pareja tan concreta, tan plena, tan real y realizadora, tan poco teórica, y me dio a Raúl y a los gurises. No es poco, si a ello le sumamos la felicidad en su grado más alto: aquél que se alcanza cuando somos conscientes de estar realizando nuestras potencialidades al máximo, como hombres y como militantes, y ello sin falso idealismo del pasado, rodeados de fracasos y frustraciones a veces, en medio

del infierno de la tortura, otras, pero siempre alborando para mantener la fe en el hombre y en nosotros mismos como tales, o con la certeza de que detrás nuestro comienzan a caminar quienes ocuparán nuestro lugar, si es que hemos quedado en el camino. Si cuando convivimos juntos te valoré, estos años han sido un permanente superarte en mi aprecio al ver de qué manera notable te ibas superando en medio de la lucha. En nombre del respeto que ese aprecio ha ido haciendo crecer en mí, me quiero comenzar a despedir, diciéndote que sea cual sea mi suerte confío en que ese proceso continúe y que tú, como compañera y como mujer, continúes no solo apostando a la vida sino viviendo en toda plenitud, brindando y recibiendo esa inmensidad de dones de que sos depositaria, tanto en el campo de la militancia como en tu propia intimidad. Un beso, un abrazo y saludos. VENCEREMOS



# TESTIMONIOS





Con la madre a la edad de 3 años.

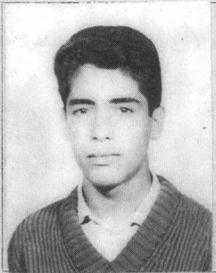
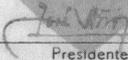
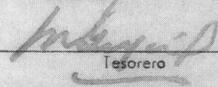
A los cuatro años con un amigo de la infancia

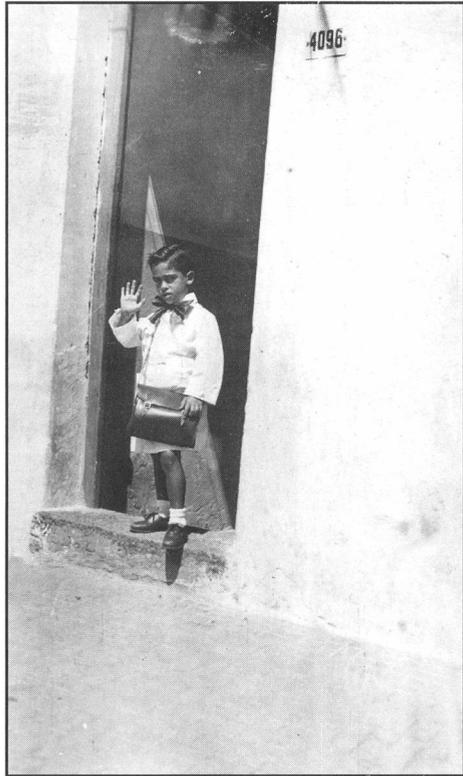




Siete años, vistiendo la camiseta del cuadro de sus amores

Carné de socio del Club Nacional de Fútbol

	CARNET N.º <u>12.950</u>
Apellido <u>WASEM</u>	F.
Nombre <u>Adolfo</u>	
Socio <u>SUSCRIPTOR</u>	
Ingresó <u>Febrero 8 de 1962</u>	
 Secretario	 Presidente
	 Tesorero



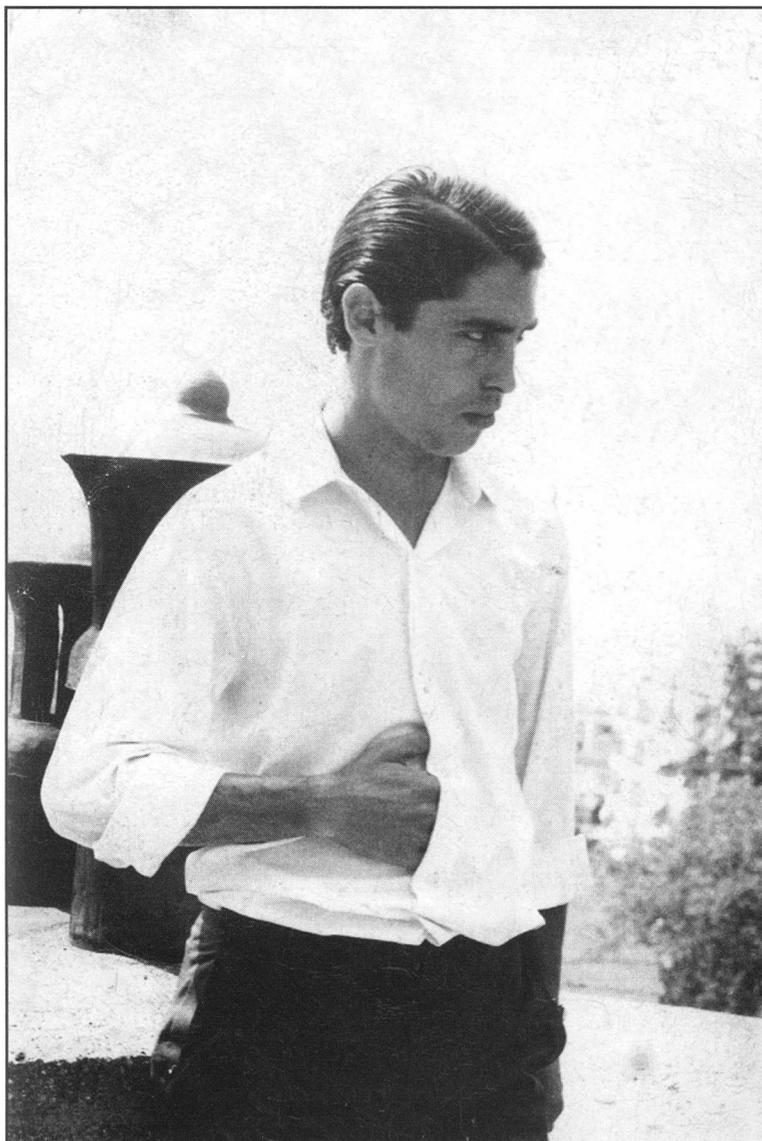
Saliendo para la escuela en su primer día de clase

En 6to. año abanderado portando el pabellón artiguista





Inauguración de cursos de la Facultad de Derecho en el Paraninfo de la Universidad, año 1966



En su viaje como delegado estudiantil al Congreso Internacional de estudiantes universitarios. Año 1967

Cómo tal está. Salud! Hacer que toda la vida atormentada de mis desafortunadas intenciones  
 tener y sus explicaciones. Bien que aquí va: un gran dolor en el pecho que me impide  
 casi escribir. Seguramente es debido a la presión que ejerce el tumor del pulmón derecho sobre  
 la pleura, el cual aparece como reflejo a la altura del pectoral derecho. A esto se suman  
 los ataques de tos que me producen el mismo tumor que me producen un dolor intenso  
 en cada ocasión del pecho. Al escribir debo adoptar una posición inclinada que no so-  
 porta demasiado tiempo - aunque esté bajo el efecto de calmantes - lo cual, sucede muy a pe-  
 radamente, pero, pese a que ya estoy recibiendo calmantes de 2<sup>a</sup> nivel con muy pocos  
 los que me calman algo; esto, si me quedo quieto en la cama. Lo general es lo con-  
 trario: que me pase horas hablando - jugando, oír al viento soplar a la guardia,  
 una cosa ha venido, atormentado, a cuestionar el motivo de mi boca. Mucha de recien-  
 tes de horas más - particularmente cuando me levanto de la morfina - sin a interrumpir car-  
 dinalmente los conductos nervios entre la fuente de dolor y el cerebro. Parece que es po-  
 sible sentir estos nervios - "cuerpo" con un precisión - aca hoy una día. Analizo  
 la impresión de su vida. El nivel de mi vida me hacen la sensación de abandonar en el  
 la guerra. A mi vida, no les cobra un peso. Es algo semejante a un sueño funciona  
 la solidaridad - con que se puede devaluación todo. Muy linda la vida. Continúa  
 que el sollo, hoy, no me da nada más que esto. No estoy en condiciones de buscar un  
 trabajo por la paz. Simplemente, para tranquilidad de todos, si no me lo por  
 razón de salud, soy a que pas 3 veces en la paz, luego de la cura. En cual-  
 quier otro caso, mi bienestar se debe a la respiración y vigilancia. Siempre que voy al  
 baño tranquilo, lo voy a avisar aunque no haya nada que decir y solo sea posible  
 actuar en los momentos, ya que todos pueden haber escrito algo. Por hoy los dejo.  
 Un gran abrazo - muchos saludos.

7/10/84. -

Facsímil de carta escrita en el Hospital Militar, dirigida a las compañeras internadas en la sala contigua



Foto utilizada en toda la campaña por "Amnistía general e irrestricta"

**LIBERAR YA A LOS PERIODISTAS DETENIDOS**

REVISTA SEMANARIO  
 AÑO II - No. 60  
 Martes 10 de Julio de 1984  
 32 Páginas - N° 25.  
 Argentina: Sa 30.

**¡Aquí!**

# AYUNO POR WASEN Y AMNISTIA

AÑO I N° 19 - 5 de julio de 1984

**AMBLEA** N° 20

LIBERAR YA A LOS PERIODISTAS DETENIDOS

**¡BASTA DE CLAUSURAS! LIBERTAD DE PRENSA A HORA**

QUE ESPERAR SINO DE NOSOTROS MISMOS!

**DOCE DETENIDOS CON GRAVE RIESGO**

ARTIGAS A GÜEMES, 5/2/1986.



Libera ya a los periodistas detenidos

**LA VOZ DE LA MAYORÍA**

Montevideo, 12 de julio de 1984 - Año I N° 4 - N° 25

...ría  
 ...te de  
 ...peno  
 ...e  
**La Voz procesados**  
 (Página 28)



## Ayunan más de 20 personas por amnistía y en apoyo a Wasem Alaniz

(Página 6)

**LA HORA** ♦♦♦ 5

**Demuestra excelente ánimo**

### Wasem Alaniz: 52 kilos

LA HORA informó en su edición de ayer que el periodista Wasem Alaniz, detenido en Montevideo el día 12 de julio, continúa en un estado de salud precario. Alaniz, quien fue detenido en su domicilio, se encuentra en la cárcel de Montevideo, donde sufre de graves problemas de salud. Su peso actual es de 52 kilos, lo que indica un estado de debilidad extrema. Alaniz ha demostrado un excelente ánimo a pesar de las condiciones de detención. Su familia y amigos continúan luchando por su liberación y la amnistía para todos los detenidos políticos.

El gobierno uruguayo ha sido criticado por su falta de voluntad para negociar con los grupos de liberación y por su negativa a otorgar amnistía. Se espera que la presión internacional y el apoyo de la comunidad uruguaya logren que se libere a Alaniz y a los demás detenidos políticos.

14

Jueves 22 a Jueves 29 de noviembre de 1984

**Democracia Avanzada**

# Amnistía

## OTRO MUERTO EN PRISION

Hoy a apenas unas semanas, desde esta misma página, declamamos: "¡Libra ya a los periodistas!". Adolfo Wasem Alaniz.



# ATENTADO EN EL VELATORIO DE ADOLFO WASSEN ALANIZ

## TORTURA SICOLOGICA A SU ESPOSA

# UN SER HUMANO LLAMADO WASEM

Quien escribe esta nota es una de las poquisimas personas que se cruzaron con Wasm, en calidad de prisioneras, en su peregrinar obligado por cuarteles y cárceles.

Con la publicación de la misma va nuestro saludo a un compañero dispuesto a darlo todo por sus semejantes.



**ADOLFO WASEM:  
CON RABIA  
Y EN SILENCIO  
UNA MULTITUD  
MARCHO HASTA  
EL CEMENTERIO**

TESTIMONIO  
Sonia Mosquera

I

Hacia muchos meses que no recibía carta de Adolfo, pero era muy irregular la correspondencia. En febrero del año 1981, me entero de su enfermedad a través de una carta de él, en la cual da por sentado que conozco determinados síntomas, a partir de los cuales él tiene deteriorada su salud, y que evidentemente me los había indicado en cartas anteriores que nunca me llegaron. Me reitera –de todas maneras– suponiendo que yo no recibí esas cartas, que a partir de octubre del año 1980, comienza a sentir dolores en el cuello y al mismo tiempo aparece un proceso inflamatorio en la zona, explicándome detalladamente el lugar donde se encuentra: en el lado izquierdo del cuello, hacia la columna. Plantea en la carta que el médico de la unidad está tratándolo con antiinflamatorios. Se encontraba en ese momento desde mayo del 80 en el Batallón de Ingenieros N° 3 en Paso de los Toros.

Por entonces no conocía el nombre del médico de la Unidad y posteriormente no pudo llegar a saberlo. Por otra parte, en las cartas no pueden mencionarse nombres. Desde octubre cuando aparecen los síntomas, hasta febrero cuando yo recibo su carta, los dolores persistieron, y me cuenta que cada vez le dan analgésicos más fuertes que le calman algo el dolor. Dice que la inflamación es un bulto que no tiende a desaparecer, que no baja, sino, por el contrario, se mantiene del mismo tamaño. En los meses de marzo y abril no recibo cartas de Adolfo. Es a fines de abril, en la visita de niños, que me entero por mi hijo que Adolfo está internado en el Hospital Militar desde el 20 de abril.

A los pocos días recibo una carta desde el Hospital Militar en la cual dice que frente a la persistencia del bulto y a determinados trámites que hizo la familia frente a la Cruz Roja Internacional y otros organismos, se pudo lograr presionar de manera que fueron a verlo tres especialistas al cuartel. “Ellos (me dice en la carta) *son los que determinan la internación*”. En esa carta, que me llega unos cinco días después de la internación, todavía no tiene diagnóstico, le acababan de hacer una biopsia, pero de alguna manera ya presente que se trata de una situación nada sencilla.

El médico le habla de un tumor, anticipándole la posibilidad de una intervención quirúrgica, sin establecer la índole del mismo. La tercera carta que recibo es posterior a la intervención quirúrgica. Lo operan el 6 de mayo de 1981 y recibo la carta a la semana siguiente, escrita dos días después de la operación, o sea, el 8 de mayo. En esta carta me dice que se verificó que era un tumor maligno; lo que me llama la atención es que él me pone de *“malignidad leve pero con la característica de que es un fibrosarcoma”*. Todavía no tiene el resultado de la Anatomía Patológica. Lo que me cuenta es que la intervención duró varias horas. El corte fue de treinta centímetros, desde el cuello hacia la mitad de la espalda, que le sacaron cuatro apófisis de las vértebras cervicales, y no tuvieron necesidad de sacarle el músculo trapecio –el que sostiene el cuello en la parte de atrás y permite la movilidad de la cabeza–; era uno de los riesgos que podía correr, pues según le había explicado el médico, dada la cercanía que tenía el tumor con el músculo, posiblemente habría que sacarlo. En la operación participan tres especialistas: un cirujano, un traumatólogo y un oncólogo. En ese momento todavía no hay posibilidades de diagnosticar en perspectiva. El tumor fue desalojado, le hicieron una limpieza general y posiblemente le darían aplicaciones de cobalto.

Y ese fue el siguiente paso del tratamiento en la medida que se ignoraba qué tipo de invasión han tenido las células malignas en el organismo.

La explicación que le dan es muy simple, para mí es un diagnóstico muy insuficiente, en la medida que Adolfo no tiene conocimiento de medicina, está solo, aislado, en el hospital, en el cuartel, no tiene posibilidades de consultar más allá de lo que puede razonar por sí mismo y de los síntomas que tiene.

En esa carta me plantea que es un problema de plazos, que le van a hacer el tratamiento adecuado y que si en dos o tres años ese tratamiento da resultado lo más probable es que tenga cura ya que hubo posibilidad de intervención quirúrgica, que siempre es la solución más radical y la mejor.

Le mandé preguntar cómo se llamaba el oncólogo y la respuesta fue Glaussius. El tratamiento de cobalto comienza más o menos al mes de operarlo, a mediados de junio. Durante ese tiempo permanece en el hospital, aislado en un calabozo. Al principio recibo cartas con bastante frecuencia del hospital, después no, se empiezan a distanciar.

Creo que hay un interés de parte de ellos de que me entere de que Adolfo tiene cáncer; hay un manejo de la situación conmigo. Los métodos represivos que usaban en los penales siempre trataban de sacar partido de los problemas personales. Durante ese período hay una notoria y permanente observación de mi persona y un interés de que me lleguen las cartas, de que esté al tanto de que Adolfo tiene una enfermedad grave, que tiene cáncer, que hay un riesgo de muerte. Creo que es el motivo por el cual las cartas me llegan. A mí me sirven esas cartas para ir siguiendo de alguna manera cuál es la situación de él, aunque el objetivo de ellos es otro. A mediados de junio, entonces, comienzan las aplicaciones de cobalto, las duran un mes y medio. Del hospital tienen que trasladarlo al Instituto de Oncología. Lo llevan con un brutal aparato de seguridad. Casualmente el día que lo trasladan, una compañera llegaba al hospital y pudo ver cuando lo traían, lo vio bajarse del vehículo. Era una camioneta blindada, totalmente cerrada, solo con los orificios para sacar las armas, dos ambulancias y otros vehículos, y serían unos veinte o veinticinco guardias.

Después de las aplicaciones de cobalto empiezan con el tratamiento de quimioterapia.

Los médicos del Instituto de Oncología, que ya no son los médicos militares, sino los médicos civiles, le dicen a Adolfo que la solución quirúrgica y las aplicaciones de cobalto pueden garantizar un 75%, si en dos años no se repite el tumor. Comienza el tratamiento con los citostáticos. En esta primera etapa, desde el 20 de abril hasta el 17 de octubre de 1981, Adolfo permanece en el Hospital Militar. Según el tratamiento indicado por Glaussius, se le deben administrar citostáticos cada tres meses durante dos años.

En octubre cuando a él lo trasladan al cuartel, a mí me internan en el Hospital Militar por problemas de columna para hacerme fisioterapia.

En la sala hay una compañera tratada por un problema oncológico y el mismo médico que atiende a Adolfo –Glaussius– asiste a la sala. Lo abordo, me presento, le digo quién soy, entonces él tiene una actitud muy reticente, no quiere contestarme, e incluso en determinado momento se pone a pensar de quién le estoy hablando, cuál es su paciente. Tengo que recordarle que se trata de un preso que está solo, aislado, que lo tienen en los cuarteles. Le insisto mucho, le pregunto si él conoce las condiciones en que vive Adolfo, que él tiene toda la autoridad y toda la responsabilidad para decirme cuál es su diagnóstico, soy la esposa de Adolfo, que tengo el derecho de preguntarle, que estoy presa y mi marido tiene una enfermedad que está lindando con una posibilidad de muerte, de la que soy absolutamente consciente. Contesta que no se puede dar información ni a familiares ni a las personas que se quieran interesar por su salud, y que al ser yo un familiar más, no me puede dar información. Le vuelvo a insistir y termina diciéndome que la situación de Adolfo no es grave, que ha reaccionado muy bien a los citostáticos. Luego yo me entero que no fue así, que tuvo una reacción inmediata de rechazo al tratamiento con vómitos y diarreas. Al poco tiempo recibo una carta de Adolfo donde me cuenta que pasó

mal, que inclusive tuvieron que darle oxígeno y una transfusión. El 13 de octubre comienzan a darle citostáticos y el 17 lo llevan al cuartel de Durazno en condiciones de vida terribles.

## II

La condición de rehén está vinculada a su situación de salud. El tratamiento era indicado cada tres meses pero no se van a cumplir nunca los plazos. Hay períodos en que pasa de seis a ocho meses sin recibir tratamiento.

En una oportunidad llega al hospital después de muchos meses (se supone que tenía que ir en junio y lo llevan en enero o febrero) y Glaussius está de licencia por lo que lo atiende Kasdorf, que es otro oncólogo que trabaja en el mismo equipo de Glaussius en el Militar.

Kasdorf le dice que es una barbaridad, cómo no lo trajeron, usted tenía que haber venido, no puede ser. Adolfo le dice: *“Yo no decido, estas cosas las deciden ustedes, son los médicos los que tendrían que insistir para que me trajeran”*. Él le dice que no, *“no tenemos la responsabilidad, es del cuartel, de las autoridades militares de la Unidad, vamos a hacer una cosa, yo le voy a dar dos dosis juntas de citostáticos para compensar el que no lo hayan traído en el tiempo correspondiente”*.

Le daban un “cóctel”, ya que le duplicaban la dosis de medicamentos tan agresivos. Esto lo cuenta Adolfo en la carta.

El tratamiento fue hecho en estas condiciones, con total irregularidad, sin traslados al hospital. Jamás fueron cada tres meses. Todo esto fue desde el año 1982 hasta junio del 83. En abril del 82 lo trasladaron al cuartel de Durazno.

Va corriendo el año 83 y en marzo él se nota del otro lado del cuello, del lado opuesto al operado, un pequeño bulto. Se lo nota haciendo gimnasia de cuello, espalda y hombros, ya que por la operación tenía que mantener en movimiento los músculos. Toda esa zona le había quedado muy sensible. Inmediatamente pide médico; el médico de la unidad –tampoco conozco el nombre– le dice que puede ser un problema de

inflamación de ganglios, y le da antiinflamatorios. Había estado con dolor de garganta y algunos problemas de eczema de piel a los que tampoco le dieron importancia. Lo mantienen quince días con antiinflamatorios y enseguida viene la orden de internarlo.

Lo internan, lo ve Glaussius y le dice que hay que intervenir inmediatamente, que es otro tumor pero que es más superficial que el anterior. Le apareció del lado derecho del cuello, debajo del lóbulo de la oreja, de un diámetro de dos centímetros, del tamaño de una bolita. Glaussius le dice que está totalmente encapsulado a nivel superficial, entre la piel y el músculo y que piensa que va a ser una operación sencilla, es completamente distinto al tumor anterior. Lo interviene extirpándole el tumor.

El tratamiento –si se hubiera hecho cada tres meses, con la regularidad indicada– incluía también el control permanente de pulmones, hígado y demás órganos vitales. Esto era necesario para ver si no había invasión de células malignas. Cada vez que lo internaban le tendrían que haber hecho un control. En esa oportunidad le hacen un chequeo general, y según lo que le dicen, él no deduce que haya ningún tipo de afección en otro órgano.

Estamos en mayo, 28 de mayo de 1983, después de la segunda operación. El tratamiento con citostáticos sigue siendo irregular, a pesar de que ya hay metástasis –se considera metástasis en la medida que aparece otro tumor– y por tanto hay posibilidades de que tenga invadido cualquier otro órgano.

En enero del 84 le retiran el tratamiento con citostáticos, pues el médico considera que había llegado a una dosis tope y de seguir suministrárselos podía producirle problemas cardíacos, pero quedó estipulado que cada tres meses lo llevarían a hacerle los controles de placas y análisis.

En abril del 84 lo trasladan –junto a los 8 rehenes– al Penal de Libertad y en mayo lo internan para hacerle el control.

Adolfo encuentra que tiene el vientre demasiado abultado, está hinchado. Le habían hecho placas y un enzimograma

hepático y los resultados según le dicen son normales. El médico que lo revisa le dice que es una inflamación, preguntándole qué había comido. Adolfo le dice que en el Penal le dieron polenta, entonces el médico le dice que la inflamación se debía a la polenta.

Adolfo empieza a sentir dolores, e insiste hasta que le hacen una laparoscopia –consiste en una pequeña intervención para poder mirar el hígado.

Hasta ese momento no se había planteado hacer una tomografía computada –que creo que es lo que generalmente se hace en estos casos– para determinar con mejor precisión si hay metástasis o no. Se detectaron tres tumores visibles en el hígado y aparecen dos tumores en el pulmón, hecho que ocurre en junio del 84.

Por tercera vez es Adolfo quien se descubre los tumores, ya que los médicos no van al lugar donde puede haber metástasis. Glaussius decía que la inflamación del vientre era por las comidas y es Adolfo quien insiste, pues se da cuenta de que los síntomas no son los de una inflamación común, sino que hay algo más, algo raro.

Desde enero –cuando le dejan de suministrar citostáticos– al mes de mayo, no recibe tratamiento ni control alguno, apareciendo al momento de ser internado las metástasis generalizadas, por lo que ya no hay posibilidades de operación ni de nada. Ellos consideran que hay que seguir administrándole citostáticos a los que Adolfo continúa reaccionando negativamente, con vómitos. Aquí empieza la etapa final, etapa en la que con relación a la atención médica no habría nada más que decir, ya que la situación era irreversible, de proximidad de muerte.

No se sabe cuál es el plazo, pero sí que no hay posibilidades de cura. El tratamiento con citostáticos continúa.

Las metástasis tienen las mismas características que el tumor primitivo, que se llama Hemangiopericitoma maligno. Es un tumor muy raro, son muy escasos en la anatomía patológica de tumores malignos. Incluso hay estadísticas de los

países desarrollados de las que surge que es muy extraño que aparezca ese tipo de tumor, no conociéndose cuál es el tratamiento más adecuado. Lo que sí es posible conocer es que se trata de un tumor que evoluciona en forma lenta.

El médico le dice que a esa altura no es operable, que por supuesto el hígado y el pulmón no se pueden operar, que la situación es grave pero que la posibilidad de alargar el tiempo de vida a través del tratamiento con citostáticos existe.

El 27 de junio de 1984 simuló una crisis abdominal que podía sospecharse de apendicitis con el objetivo de ser internada en el Hospital Militar. La situación me empujaba a buscar la posibilidad de estar más próxima a él, sobre todo sabiendo que la sala de internación de las mujeres tenía una pared lindera con el calabozo donde lo tienen a Adolfo. La estrategia da resultado y logro la internación.

Es importante destacar que el hospital es un lugar donde permanentemente, y en especial de noche, la guardia hace mucho ruido. Es una pared muy finita la que separa el calabozo donde está Adolfo de la guardia. Llevan grabadores, pasan música y escuchan fútbol a todo volumen. Muchas veces él golpea y tiene que llegar a patear la puerta del calabozo para que lo lleven al baño. No tiene baño el calabozo, lo tienen que trasladar al baño de la guardia (es el que tiene pared lindera con el de la sala de mujeres) o a uno de la sala de compañeros presos.

Adolfo está permanentemente en un estado de tensión, es difícil para el enfermo mantener una mínima tranquilidad. Continúa aislado y en medio de ese ambiente que le hace muchísimo daño. Nos molestaba muchísimo a nosotras, que no estábamos solas, que éramos unas cuantas en la misma sala, y no teníamos enfermedades graves. Nuestra situación era también de tensión ya que estábamos siempre pendientes de la presencia de Adolfo, que estaba solo, sometido a transfusiones. El mismo día que yo llego al hospital, el 27 de junio, le estaban haciendo una transfusión debido a que según el resultado de un hemograma presentaba una baja en los gló-

bulos rojos y además, lo querían preparar para la aplicación de citostáticos ya que el tratamiento le baja los glóbulos rojos, por lo que tiene que normalizar el nivel de éstos, para que la situación no desemboque en otra aun más peligrosa.

A los pocos días entonces después de la transfusión empiezan los citostáticos, y es ahí que puedo comunicarme con él en forma clandestina a través de cartas en hojillas de fumar que nos pasamos por un ventanuco con rejas que está en el baño.

Afuera la organización de Familiares manda decir que haga una solicitud para ver a Adolfo. Cuando pregunto cómo se hace el trámite me dicen que debo dirigirlo al capitán encargado de reclusión. Yo estoy en el Hospital y desde allí hago la solicitud, la cual entrego el martes de noche. El miércoles de mañana a primera hora viene la médica de Sala y me da de alta. Esto me hace pensar en tres cosas: 1º: no quieren que tenga la visita desde el Hospital ya que estamos muy cerca uno del otro; 2º: no quieren darme la visita o 3º: el hospital no quiere responsabilizarse de contestar mi solicitud.

Al darme de alta me mandan a Punta de Rieles, el lugar donde yo estaba recluida. Los análisis que me estaban haciendo quedan pendientes, no me dan ninguna explicación. Como sucedía habitualmente en los casos de salud, los médicos se manejan con órdenes militares. Me queda claro que a la doctora le dieron la orden de que me tenía que dar el alta. Ese mismo día, había compañeras que tenían el alta desde hacía ya tres días y no las venían a buscar, dejándolas internadas. En el Hospital tengo una visita con mi hijo que me comunica que Adolfo empezó el 30 de junio una huelga de hambre por la Amnistía General e Irrestricida y la vuelta de todos los exiliados sin restricciones y con total garantía.

Él sabe que en ese momento ya estaba iniciada la lucha por la Amnistía y se plantea entonces luchar desde esa situación para que esas dos banderas puedan trascender su ámbito personal aislado hacia el conjunto de la sociedad uruguaya.

Su huelga de hambre desde un principio está planteada como una huelga para sólidos, va a ingerir líquidos, no solamente agua sino también leche y licuados. Por la situación en que está no se plantea una medida suicida en el sentido de que la tenga que abandonar enseguida o la pueda “quedar” enseguida. No está planteada con un ánimo inmedatista. Hay una insistencia del médico que le advierte de la necesidad de comer sólidos, comer carne, comer sobre todo proteínas, preocupación que no fue la misma que demostró cuando tenía que cumplir con los plazos del tratamiento.

Yo me entero de esa huelga un día antes de que me llevaran al Penal. Al llegar, ese mismo día, vuelvo a hacer la solicitud para que me otorguen la visita. Es miércoles, el único día de presentar solicitudes.

Al otro día, el jueves, yo ya estoy en la celda con las compañeras y siento por atrás los pasos de una oficial que me dice: “Mosquera, su visita está concedida”.

Le pregunto cuándo voy a ir, y me dice que no sabe, pero que tengo que estar pronta en cualquier momento, porque en cualquier momento me van a llevar. Serían entonces las cinco de la tarde, y yo pienso que me pueden llevar en una, dos, cinco horas o al otro día. Inmediatamente me apronto, en la medida en que no me dan una respuesta clara y me dicen que en cualquier momento. Especialmente quedo “con la cabeza pronta”.

Pasa ese día y no me llevan, pasa el otro día y tampoco me llevan, recién el sábado de mañana me avisan quince minutos antes. El oficial que estaba de guardia fue conmigo al hospital, a su vez iba una policía militar (soldado femenina). La revisión fue especial. Me hicieron desnudar, me revisaron el pelo, las orejas, claro, iba a tener un contacto directo, pero además aprovechaban porque era evidente que la situación iba a ser bastante difícil para los dos. Hacía doce años que no nos veíamos, y era una situación difícil, yo era consciente de que quizás era la última vez que lo vería como también él iba a sentir algo similar.

Mi cabeza estaba en otra cosa, y no en lo que la interferencia militar pudiera suponer en ese momento. Era un acontecimiento que movilizaba los afectos, las contradicciones interiores que me producía una visita de ese tipo, la sorpresa y la incertidumbre propia de una situación de visita después de tantos años.

La visita se da en el lugar en que él transcurre sus días en el Hospital, un calabozo pequeño, más o menos de dos metros por uno y medio. No me permiten sentarme en la cama, tengo que sentarme en un banquito y me obligan a mantener distancia.

Ahí se plantea una pequeña diferencia, él acostumbrado a estar siempre aislado no sabe cómo manejarse, yo, acostumbrada a estar en lo colectivo me resisto a cumplir esa orden de estar sentada en un banco sin siquiera poder tomarle la mano. Nos mantuvimos agarrados de la mano, sentada en el banquito pero muy cerca de él, no mantuve ninguna distancia aunque querían correrme contra la pared para que habláramos separados.

Yo sentía que no había ningún derecho después de tantos años de no poder tener siquiera ningún contacto mínimo afectivo. La cosa se resolvió un poco de hecho porque ellos no insistieron. La presencia de ellos tenía una función controladora que violaba el espacio privado y la intimidad, pero si a esto le sumamos la especial situación que estábamos viviendo con relación a lo irreversible de la enfermedad de Adolfo, no cabían dudas de una agresión torturante. Había tres custodias escuchando, observando; imposible hablar bajo, imposible hablar sin que ellos escucharan. Esa primera visita fue muy tensa, ninguno de los dos sabíamos que íbamos a tener otras visitas. Pensamos los dos que esa iba a ser la única, e incluso él no sabía que yo iba a visitarlo.

Cuando él se dio cuenta yo ya estaba dentro del calabozo; fue tremendo el impacto emocional que se expresó en una especie de parálisis total, de no saber qué hacer, como estar soñando, de estar viendo visiones o tener un delirio. Se dio

una situación de nerviosismo; en mí también pero distinta, yo sabía con seguridad que lo vería, pero a Adolfo le había comentado en algún momento la familia, que se estaba tramitando una visita, me decía: *“sabés que me comentaban que se estaba tramitando una visita, de que te iban a traer, pero yo dije: ¡qué la van a traer a la petisa!, no, no la van a traer, eso es una cosa de manejo de la gente, de sueños de la gente, de querer que se produzca, pero jamás me aferré a la certeza de que iba a ocurrir, y ahora que te tengo acá me parece que sos como un fantasma, como un sueño, como algo que no es real”*.

Los primeros diez o quince minutos fueron de reconocimiento, incluso físicamente, lo que habíamos cambiado, lo que no habíamos cambiado, como cosas más personales; y después ya el tema pasó a la huelga de hambre, le hice algunas preguntas de cómo se sentía –ya había adelgazado mucho, hacía una semana que estaba en huelga de hambre–. Había adelgazado de 62 a 50 kg.

Le pregunto un poco más de su salud concretamente y él me cuenta cómo se produjo la investigación de la metástasis y que él mismo se la descubre, mientras que el médico insiste por el lado digestivo. No quiere hablar mucho de su salud, dice que sería esconder la cabeza no querer ver la realidad, que está en una situación muy grave, muy difícil de superar, pero que no se rinde, que tiene esperanzas, que va a seguir peleando la vida, a pesar de los tumores, que tiene una ventaja, todavía no siente dolores, que se siente muy molesto cuando le hacen los tratamientos con citostáticos, por los vómitos, que se siente muy débil.

En ese momento él comienza a sentir mucha debilidad por la falta de alimento, además le empiezan a dar Gevral disuelto en agua, para ingerir proteínas, pero le cayó mal al estómago y lo tuvo que suspender. Me cuenta que sólo toma licuados, la leche tampoco le hace bien; de todas maneras, la situación es bastante sorprendente, los resultados de los análisis lo son, pues el nivel de transaminasas no alcanza todavía los niveles de una hepatitis a pesar de los tres tumores que tiene el hígado. O

sea que la función del hígado no está limitada, a pesar de los tumores, y con relación al pulmón me cuenta que son dos tumores que están bastante cercanos, o sea que en la medida que crezcan los dos se pueden juntar, y el médico no le plantea la posibilidad quirúrgica porque sería someterlo a una situación con la cual no mejoraría; le plantea que lo más grave es el hígado y que lo único que se puede hacer es el tratamiento de citostáticos más seguido, cada mes y medio.

Le pregunto si no le indicaron una tomografía computada, algo que lo pueda investigar más en profundidad, más preciso. Yo sé que en el Hospital Militar no lo hacen, que lo tendrían que trasladar a otro lugar, pero Adolfo me dice que no se lo han planteado.

Por otro lado me dice que el médico le insiste muchísimo en comer, que se va a agravar su situación si sigue ingiriendo solamente líquidos y que la única forma de elevar las reservas orgánicas en función del tratamiento con citostáticos es mediante proteínas en forma de sólidos. Él responde que ya tomó una resolución en ese sentido, que esa resolución pasa por algo que ya es público y notorio, que no va a retroceder y que no tiene más que decir. Me cuenta que con el médico no mantiene discusiones largas con respecto a ese punto, simplemente se limita a escucharlo.

En una oportunidad, un mayor de nombre Herrera, integrante del comando del Hospital, fue a decirle que se estaba matando inútilmente, que la medida que estaba llevando adelante no tenía ningún eco popular, que era inútil, que no servía para nada, que él estaba aislado, estaba solo, que no tenía ningún valor, lo trataba de desmoralizar. Frente a todo eso Adolfo guarda silencio, no le contesta nada, me dice que hace tiempo dejó de discutir con los militares.

Pero tiene la otra campana por la visita de la familia que le transmite de inmediato que la medida genera apoyo en todos los grupos políticos de la izquierda.

Por esa época la Cruz Roja Internacional llega a Libertad y puede hablar con los rehenes, menos con Adolfo que está

solo en el Hospital Militar. Piden para verlo y es la segunda semana de julio cuando llegan, por tanto Adolfo llevaba como 15 ó 17 días de huelga de hambre.

A los delegados de la Cruz Roja les informan que la huelga de Adolfo es falsa porque él no está en condiciones de comer, pues su enfermedad no se lo permite, que es una parodia. Cuando le transmiten esta información, Adolfo, para demostrarles que no es cierto, decide comer. Los delegados de la CRI le dicen que no necesitan ninguna comprobación material del hecho, que ellos simplemente se ven en la obligación de informarle lo que dicen las autoridades del hospital, pero que están convencidos de que la huelga de hambre es absolutamente cierta, le dicen que si come después de tantos días de huelga puede hacerle mal. Le llevaron dos churrascos y puré, y Adolfo ese día come todo lo que le llevan (después de haber estado quince o diecisiete días tomando sólo líquidos), para demostrarles que puede comer, para que quede absolutamente claro que no es ninguna parodia.

Bueno, en total la medida dura 31 días. La levanta el primero de agosto. Durante ese mes pierde 15 kg.

Las oportunidades que tuve de verlo mientras él hacía la medida, me demuestran un convencimiento muy importante de su parte. Adolfo piensa que la medida no es un suicidio, entiende la medida como un recurso de lucha que tiene en ese momento. Se da una creciente movilización del pueblo en torno a la Amnistía. Hay de hecho una elevación en la movilización e incluso se entera de que empieza a darse los viernes la concentración en Plaza Libertad. Esto le va confirmando a él, que los objetivos de movilización que pretende van surgiendo. Esto es lo que reafirma su convencimiento y su confianza de que fue una medida tomada en el momento apropiado.

La medida de Adolfo incentivó la movilización popular por la Amnistía para todos los presos políticos y la vuelta de todos los exiliados. Se entera del apoyo concreto de sectores sociales y políticos con un ayuno de diez días, medidas que

son lo suficientemente claras como para demostrarle la validez de lo que está haciendo.

El ayuno no le provoca ninguna distorsión, yo lo veo absolutamente lúcido, con una lucidez muy grande. Lo que sí le provoca es un enflaquecimiento brutal y él siente que va perdiendo fuerzas y me dice que le cuesta caminar, que se cansa, pero su razonamiento y su convencimiento son cada vez mayores.

En el momento de levantar la medida, antes de salir del Penal de Punta de Rieles hacia el Hospital, un oficial me llama para comunicarme que mi esposo había levantado la huelga de hambre (en ese momento el Comandante del Penal era el Tte. Cnel. Agosti, un oficial de larga trayectoria, conocido por nosotras desde el año 72, que participó en los interrogatorios y torturas en el Batallón de Artillería 1, en el Cerro – La Paloma). Este oficial ya me había llamado antes, cuando empezaron las visitas, para decirme que yo tenía que tener claro, debía ser consciente de que se trataba de un caso extremo, que era inexorable la proximidad de la muerte y que ellos iban a hacer todo lo posible, a pesar de que Adolfo era considerado por ellos un enemigo ancestral, de todas maneras iban a tener consideración con la situación que estaba viviendo en ese momento y que iban a concederme visitas aunque no me pudiera precisar con qué regularidad iban a ser, ni cada cuánto, pero que las visitas las iba a seguir teniendo, que ellos querían que yo estuviera con él en la medida que se aproximara el desenlace. Yo voy ese día al Hospital, me cuenta que levantó la medida, me da todos los fundamentos políticos por los que la levantó.

En primer lugar desde el principio él no había dado un plazo, porque el objetivo era crear movilización, es decir, cuando él viera que ese clima se diera afuera, iba a tener la libertad suficiente como para flexibilizar o radicalizar la medida, dependía del momento político. El momento político se presentaba en esa coyuntura concreta, se estaba realizando el acuerdo del Club Naval, la negociación que definiría la fecha

de las elecciones y la salida política que tendrían los partidos. Si bien el panorama era bastante confuso, era cierto que la expectativa de la gente estaba centrada en la negociación. A él le llegaban las condiciones para la prenegociación, que eran: la libertad de todos los presos que tuvieran cumplida la mitad de la pena y sacar del borrador de las fuerzas armadas la prohibición de que el parlamento dictara una ley de amnistía, o sea que la salida de los presos se daría en forma total una vez que asumiera el gobierno civil.

De alguna manera el tema de los presos políticos estaba planteado en términos de ciertas condiciones. De acuerdo a lo que a Adolfo le llegaba, todos los presos que tenían la mitad de la pena cumplida deberían ser liberados. Entonces Adolfo levanta la medida justamente en función de esos términos políticos que se estaban dando, pero fundamentalmente por el clima de movilización que se daba afuera. Adolfo levanta la medida para no crear un foco (un “foquito” dice él) de distorsión.

Al comenzar a comer nuevamente, se nota una inflamación en la zona abdominal, inflamación que va a continuar hasta el momento de la muerte. El vientre se le va haciendo más prominente por los tumores que tiene el hígado. Eso es lo que se ve externamente. Como síntomas claros de gravedad empieza a sentir algunos dolores y está preocupado por la medicación que puedan administrarle para calmar el dolor, se resiste a vivir dopado, su propósito es vivir lo más consciente posible y por eso trata de evitar los calmantes fuertes.

Ve la proximidad de la muerte, pero no inmediata, siempre que hablamos de este tema me dice que está haciendo fuerza para vivir hasta marzo, porque tiene la seguridad de que en marzo salimos todos. Incluso por las características del tumor, él es consciente de que está grave, pero nunca pierde la confianza de poder llegar hasta marzo. Teniendo también un convencimiento de que en marzo salíamos todos, y pese a esa necesidad de la liberación, él no tiene expectativas de que lo larguen antes que al resto de los rehenes. Él sabe que su

situación no la van a resolver en forma especial, por más movilización que haya en torno a los presos políticos enfermos y en torno a él por su gravedad. En ningún momento se plantea la posibilidad de salir en libertad antes que el resto de los rehenes. Hay toda una actitud de lucha contra la muerte que se materializa en eso que decía de estar lo más consciente posible, de racionar los calmantes de manera de no estar dopado. Él quiere estar lo más lúcido posible, sabe que los calmantes lo llevan a un estado artificial, por la composición de opio o morfina que tienen. Llega a tomar calmantes con algunos gramos de opio, pero nunca llegó a tomar morfina. Bueno, eso es toda una actitud de vida frente a esa situación; en cuanto a la certeza concreta del plazo en que se va a resolver su situación, yo veía como una contradicción en él, en la medida en que se iba aproximando o que se iba agravando su situación.

En octubre le hacen una tomografía computada por primera vez, es la primera vez que lo sacan del Hospital Militar, a través de un trámite particular de la familia, se lo hacen en el sanatorio Larghero. Esa tomografía muestra que el hígado está como una bolsa de papas. Es la primera vez que tiene un diagnóstico más claro de su situación, ya que el diagnóstico se lo da a la familia el propio médico, y la frase es: "el hígado es una bolsa de papas". A esa altura los dos nódulos del pulmón se están juntando en la medida que van creciendo; es a partir de ese momento que yo visualizo el conflicto entre esa necesidad de vida que tiene y como él decía, llegar a marzo, que me lo decía a mí, a su familia y se lo decía a todos los que lo veían, y por otro lado la incertidumbre de poder llegar.

El conflicto se agudiza en el último tiempo, en la última semana, en la semana que él muere. A mí me empiezan a llevar prácticamente todos los días a verlo, cosa que es muy extraña, que además se junta con varios elementos: por un lado el médico que lo ha atendido durante toda la enfermedad, Glaussius, se va de licencia y antes de irse le viene a decir que por el tiempo, le tocaría que le hicieran nuevamente el

tratamiento con citostáticos, pero que, como está con las articulaciones un poco inflamadas y tiene algunos problemas secundarios, que bueno, que va esperar que desaparezcan para hacerle el tratamiento. Es una especie de consuelo. Me parece que el médico ya tiene claro que la situación se define en unos días y se toma licencia y además, se despide de él.

El otro médico a cargo de Adolfo es el Dr. Kasdorf, quien es del mismo equipo que Glaussius, pero que cuando se produce la muerte desaparece de escena, no estaba en el hospital.

Le traen a Adolfo un papel donde le permiten quedarse de noche con la familia, a mí me llevan todos los días; esto le produce una situación interior, que además es la primera vez que yo lo veo enfrentado, realmente, a la proximidad de la muerte. Él me dice: *“¿Qué es lo que está pasando, me estoy muriendo, o me quieren poner en la máquina?, trayéndote a vos todos los días, diciéndole a la familia que venga de noche, hay dos posibilidades: una que sea cierto que me estoy muriendo, y yo no me doy cuenta y –me decía– no tengo ningún síntoma nuevo de gravedad, a no ser los que tengo siempre, como para decir sí, me estoy muriendo, pero por otro lado está la posibilidad de que me quieran poner en la máquina”*.

Frente a esa situación, le digo que me parece lo mejor que se maneje con los síntomas que él siente, que no se ponga a especular en base a las nuevas cosas que le ofrecen. La visita sigue siendo igual, son siempre iguales, con un control permanente, con el oficial, la soldado y un milico del Hospital Militar.

El día que fallece a mí me llevan en una forma muy especial. Me vienen a despertar a las 2 de la mañana, muy bruscamente, violentamente, entra una soldado a la celda y me dice que me tengo que vestir rápidamente para ir al hospital. Pregunto por qué y me dice que mi esposo está grave; yo le pregunto si está consciente o inconsciente y me dice que no sabe, que está grave. Me visto rápidamente, salgo, me esposan y me llevan. Cuando llegamos me llevan al mismo lugar donde siempre iba a la visita, que era el calabozo don-

de él estaba viviendo desde hacía meses en el hospital, me entran a mí primero al aislamiento, y cuando entro Adolfo ya había muerto, y a mí en ningún momento me avisaron, estaba completamente tapado con una sábana blanca que le cubría el rostro.

No obstante esta situación el régimen era como habitualmente funcionaba para las visitas: 45 minutos y con 3 milicas adentro. Pero él estaba muerto. Fue una situación muy difícil de resolver, no solamente porque no me habían avisado y nunca me la imaginé, porque al decirme que estaba grave, yo pensé que llegaría por lo menos a estar con él.

El jueves cuando lo veo por última vez, me dice que el miércoles, el día anterior de tarde, después de comer, se quedó dormido y cuando se despertó se dio cuenta de que había un revuelo bárbaro alrededor de él y que le preguntaron qué le había pasado, él no supo contestar y que se había dado cuenta de que había hecho un coma y que lo habían sacado de ese coma. Eso me lo dice el jueves y entonces ese día es la última vez que lo veo con vida, él me dice que ahora sí se da cuenta de que está más cerca de la muerte, como que su organismo le mostró por primera vez el día anterior un síntoma nuevo, que a partir de ese coma se da cuenta de que su situación es realmente grave, mucho más de lo que él pensaba.

Lo veo asumiendo esa terrible situación con un sentido de realidad que me asombra. En esa visita busca protegerme a mí, trata de que lo asuma bien. Tampoco le da un espacio demasiado importante en el tiempo, sólo cinco minutos hablamos de la posibilidad de la muerte, después se dedica a hablar de Adolfito, del futuro, está muy preocupado de que yo en el futuro esté muy pendiente de lo que a él le pasó, que la situación de él me cree un condicionamiento de vida y hablamos de Adolfito, de los padres, de la situación con la cual me voy a enfrentar yo, bueno, son temas que ya los vinimos hablando en otras visitas, pero que en esa visita cobran relevancia especial, que ninguno de los dos somos conscientes de que va a ser la última. En un momento él me dice:

*“Sabés una cosa, que hay una cosa que a mí me deja contento, creo que voy a ser la última víctima de la dictadura en la cárcel”. Claro, a esa altura ya se habían muerto todos los compañeros presos que tenían cáncer, era el último que quedaba, y sí, fue realmente así, la última muerte en la cárcel fue la de Adolfo.*

## TESTIMONIO

Adolfo Wasem Mosquera (1985)

A fines de 1980 mi padre se encontraba en Paso de los Toros y tenía un bulto en la parte izquierda del cuello y tenía dolores ahí. Yo en ese momento era muy chico y lo veía bastante espaciadamente por las condiciones en que estaba él, se notaba que tenía dolores y que estaba muy mal atendido. Le daban calmantes pero que no surtían efecto, ni los inyectables; no se le atendía con médico ni se le hacían análisis por un tiempo bastante grande y en las mismas condiciones que cualquier rehén, para nada cambió la condición ese bulto que tenía o los dolores que sentía, sino que siguió como los otros rehenes, en las mismas condiciones.

Cuando estaba en Paso de los Toros las visitas eran bastante jodidas, reprimidas, censuradas. Antes de entrar a la visita era revisado como siempre, después se entraba a la sala de visita con un militar en la puerta, adentro había dos soldados con armas automáticas, metralletas, dos soldados más con perros, dos oficiales; en la parte en que estaba yo, había un milico y una milica. Del otro lado había un muro de un metro con una reja hasta el techo, después de una separación de medio metro estaba él. Ahí nunca le pude dar un beso ni nada, lo veía dificultosamente por la reja. En el medio había otro soldado con una metralleta, que cuando se decía algo prohibido bajaba el arma y podía llegar a cortar la visita. Se podía hablar de la familia, de fútbol y nada más. Aparte, atrás de él había un soldado, un milico con un palo.

Las visitas eran cada 15 días, cuando no había sanciones o traslados, yo lo veía en esos momentos. Porque lo veía en esas condiciones lo visitaba bastante espaciadamente, por mi edad, porque me afectaba bastante, de todas formas iba cada

tanto. La que iba siempre principalmente era mi abuela, a pesar de que tenía parálisis en el lado izquierdo de los miembros a causa de una hemiplejía, siempre iba.

Las visitas en los otros cuarteles y desde que empezó a ser rehén tenían características parecidas. En ningún momento hubo un contacto directo con él, nunca le pude dar un beso ni estar en contacto físico directo, en general esa era la característica; excepcionalmente en algunos cuarteles le podía dar un beso cuando yo era más chico, pero la regla era que no podía haber contacto físico. Por otra parte, por lo general había algún guardia armado y oficiales también armados y en algunos casos él estaba esposado en la visita, esposado o atado con alambre o lo que sea. Esa fue la característica general desde que él fue rehén en todos los cuarteles y no cambió.

En marzo del año 1981 fue trasladado al hospital, yo en ese momento no sabía por qué ni nada por el estilo, no tenía idea de que podía ser por los bultos.

Estuve en el hospital y me enteré de que podía estar por un tiempo bastante largo y me enteré de la enfermedad, o sea del tipo de enfermedad que era, que era un tumor, pero que podía ser extirpable, que podía sacarse, que podía curarse, eso era lo que se decía. En efecto, fue operado. Después por un tiempo no hubo visitas, no hubo nada.

Después está un mes en el hospital y el régimen de visitas es quince minutos cada quince días. Entonces prácticamente yo no lo pude ver, yo no lo vi en ese período en que estuvo en el hospital, no lo vi.

Después de que lo operaron le hicieron un tratamiento con bomba de cobalto, era una serie de bombas de cobalto, veinte. Un período después se dijo que iba a volver prácticamente cada mes mientras se le diera bomba de cobalto y a hacer análisis para el tratamiento.

Se fue al cuartel, por supuesto que en las mismas condiciones, no cambió nada por la enfermedad, y ya se sabía la gravedad y todo lo demás. Por eso no cambió nada el régimen de tratamiento, sino que era totalmente igual, o sea igual que en

todos los rehenes, el aislamiento y las condiciones de los calabozos. Y después volvía cada mes, más o menos, un mes y medio, volvía nuevamente al hospital para la bomba de cobalto y tratamiento.

Después de operado, lo vi en el cuartel. En el hospital estaba también en régimen de aislamiento total, no estaba con los demás presos de Libertad, sino que estaba totalmente aislado, solo.

Lo trasladan al cuartel de Durazno a mediados del 82. Ahí en ese momento lo traen en setiembre hasta acá, y después de setiembre a marzo no lo tratan. Está sin ningún tipo de tratamiento hasta marzo del 83.

Nosotros en ese momento recibimos la información de que tenía otro tumor. La información que recibíamos en el Hospital Militar era la información que venía de todos los presos, o sea, era una funcionaria que tenía un informe de cada uno y decía: pasa esto, esto y esto. No era información directa del médico ni nada por el estilo. Entonces cuando a nosotros se nos da la información esa, se nos dice que va a ser operado porque tiene otro tumor, una metástasis, nos dio ese diagnóstico. Ahí tratamos por todos los medios de acudir al médico, a Glaussius, y digamos, no oficialmente fuimos al consultorio particular de él. Y él nos dijo que él era un militar, y que recibía órdenes, que no podía dar información. Y nos dijo, igual, nos dio cierta información, muy poca pero nos dio, nos dijo que era un tumor, una metástasis. Es operado y siguió supuestamente viniendo cada dos meses. Se reinició nuevamente el tratamiento de quimioterapia y empezó a venir nuevamente regularmente cada dos meses al hospital. Cada vez que venía estaba una semana, una semana y media. Después volvía nuevamente a las mismas condiciones, a los calabozos, o sea que eso no cambiaba.

Durante todo el 83 estuvo en esas condiciones. Quiere decir que durante las dos operaciones, el post operatorio lo hace en los cuarteles.

Nunca vi la celda, adentro, donde él estuvo en los cuarteles. Yo en los cuarteles lo veía en la sala de visita. Después en Durazno la visita era en una sala con una puerta y una ventanita

chiquita por donde yo le veía la cara, él del otro lado de la puerta. Por supuesto vigilada. Eso fue durante todo el 83 y principios del 84, fue ese régimen más o menos. De Durazno después al hospital y después volvía nuevamente cada dos meses, y yo ahí lo empecé a ver más seguido en Durazno, eso producto de que era un poco más grande, comprendía un montón de cosas más, entonces iba más seguido y hubo un acercamiento mayor entre él y yo en ese momento, hasta que en el 84 se produce el traslado de todos los rehenes al Penal de Libertad, en semana de turismo del 84. Después en abril del 84, cuando recibimos la noticia por teléfono, nos dicen que ha sido trasladado al Penal, nos dicen el día de la visita y la hora. Nosotros recibimos la noticia muy bien, con alegría, porque era toda una lucha que se estaba llevando para el traslado de los rehenes al Penal de Libertad. Nosotros recibimos esa noticia como un triunfo. Después nos dieron la fecha de la visita, la hora...

La visita con él fue de tarde. Las visitas en el Penal de Libertad eran de mañana. Para él solo eran de tarde. Fuimos a esa visita mi tío mayor y yo. Yo particularmente me encontré con algo completamente distinto de lo que pensaba. Pensaba que eso había significado mucho para él, que estaría, dentro de lo que se puede, contento y que estaría en mejores condiciones que en los cuarteles, por estar en el Penal de Libertad. Ahora nos encontrábamos con que estaba en las mismas condiciones, se le había sacado toda la ropa de abrigo porque no cumplía con los colores reglamentarios. Y era invierno, y esos calabozos de la isla porque están hechos con arena de mar son muy húmedos, estaba pasando bastante mal. Nos encontramos con algo totalmente distinto de lo que pensábamos, pensábamos encontrarlo mucho mejor por estar en el Penal de Libertad, y un montón de cosas. Estaba igual, y en algunos casos peor, como el frío. También se le sacó la lectura y no podía escribir. Le pude dar un beso al final en esa visita. No fue la primera vez, hubo excepciones pero hacía mucho tiempo ya, en Durazno y en Paso de los Toros no le di nunca, que fueron los dos últimos cuarteles en que estuvo antes de llegar

al penal. En muchos años fue la primera vez. Así fue la primera visita. Después hubo una serie de visitas más o menos iguales, en el sentido de que fui yo solo en todo el penal, o la familia sola, no con otros compañeros. Pero después empezó a regularizarse un poco la cosa. Empezó a escribir y empezó a pedir libros a la biblioteca.

La imagen de él principalmente de las últimas visitas, de lo que pude hablar con él y de lo que él pudo decir, lo veo como un tipo común que no es un místico, que es como cualquier otro que por haberla vivido mucho y por haber pasado lo que pasó, sabe un montón de cosas, tiene claro un montón de cosas. Durante esas visitas realmente me ha aportado mucho sobre temas políticos u otros temas como pueden ser personales, de lo que puede significar un militante a lo que puede significar una persona que piensa de determinada manera, o sea como un luchador social. Que eso fue lo que se reflejó en la visita, o sea cuáles son las cualidades aparte de la discusión política como pueden ser temas del momento, teorías en general, principalmente lo que me queda aun más allá de los errores políticos que pudo haber cometido es la idea de un militante, lo que tiene que ser, cómo tiene que ser un militante que piensa luchar por una sociedad más justa, esa es la idea que me queda, o sea un tipo que en todo momento está entregado a una causa totalmente y que no es simplemente una entrega en lo declarativo, digamos un discurso muy lindo o lo que fuera, sino que es la práctica clara y concreta la que avala ese pensamiento y además las características, en cuanto a la relación con la gente, que se tienen que tener, en cuanto a cómo tiene que ser ese militante, en cuanto al tema de la humildad, el tema de no creerse superior sobre todo, el tema por ejemplo de un militante de mi edad que es tan importante estar en una manifestación como sacar buenas notas en el liceo, ser un buen estudiante a la vez que un buen militante.

Un montón de cosas me quedó de estas visitas, principalmente cómo portarse uno de acuerdo con lo que piensa y cómo realmente demostrar en la práctica lo que piensa y no decir

una cosa y hacer otra. En cuanto a la relación como padre, prácticamente ha sido imposible esa relación, supuestamente la relación normal de un padre, o sea vivir con él, criarse con él, estar en todo momento con él desde que se nace puede no ser prácticamente hasta el final esa relación, esa relación como es lógico no se pudo dar. O sea que en eso es una cosa clara, que yo prácticamente como padre a él, ni siquiera como persona, prácticamente no lo pude conocer hasta el final, tampoco lo pude conocer ni nada por el estilo por más que hayan sido visitas de dos horas diarias, o sea no iba todos los días yo, por supuesto iban otros familiares, también aunque fueran visitas diarias y bastante seguidas no se puede dar un conocimiento de lo que puede significar una convivencia desde que se nace hasta tener cierta independencia. Ese tipo de cosas no se pudo dar, una verdadera relación como padre no se pudo dar, más que como padre la relación, si bien yo lo siento como padre, por supuesto, porque por lo que significa él más que una relación de padre a hijo, lo que se dio fue una relación digamos, no sé si decir de compañero a compañero o de amigo a amigo.

Más que nada se dio eso por la situación en que yo me encontraba en ese momento cuando empecé a conocerlo, ya que prácticamente tenía quince años, ya estaba digamos, tenía una conciencia clara de un montón de cosas y ya no era un gurí, y él también prácticamente a mí tampoco me pudo conocer por la misma situación, entonces más que una relación de padre a hijo se dio una relación de amigo a amigo, de compañero a compañero, con un amigo que es mayor que yo y que tiene una experiencia de vida y que tiene un montón de cosas que me puede aportar, más que nada se dio eso, también existe la idea de padre-hijo, pero digamos que no fue lo que dominó la cosa. Lo que primó en ese momento, la relación que se dio fue de amigo a amigo, fue en esas visitas que nos conocimos, no hubo un conocimiento total, en lo que significa una relación de padre a hijo tiene que haber convivencia más que nada.

[1985]

## 22 AÑOS DESPUÉS

Trato de sacar las cosas alegres que existieron en ese tiempo de tristeza. Porque en todo ese período final de la dictadura, vivo la lucha por la vida de mi padre junto con el descubrimiento de la lucha por la libertad del pueblo uruguayo; de algunos que se empezaron a animar, otros que luego del plebiscito del 80 vieron que la gente no quería a los milicos, y los jóvenes que se habían acostumbrado -yo entre ellos- al uniforme con corbata, botón abrochado en el cuello, insignia de rigor, color de medias, pelo corto, etc... De pronto se dieron cuenta de que podía ser de otra manera y que había mucha gente que había luchado para que fuera de otra manera y que ahora se juntaba, hablaba en voz baja, se enteraba. Empezaron a descubrir que el que estaba al lado tuyo que nunca expresaba nada, de pronto estaba contento cuando pasaba algo contra los milicos: el plebiscito, las elecciones internas, las primeras marchas -y ahí entro yo en escena, marchando desde la Universidad al Franzini gritando "se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar" entre miles de jóvenes-, los caceroleos... y llegamos a la gesta maravillosa que fue para mí el ayuno en apoyo a la huelga de hambre de mi padre.

Estábamos en julio del 84 y toda esa movida había crecido de tal manera, que se presentía que los milicos no podían aguantar e intentar quedarse con el poder. En ese marco nos dimos cuenta de que la liberación de los presos (de todos los presos) era algo posible, y que mucha gente tenía hambre de todo eso que estaba prohibido. Marchas casi todos los días, actividades de propaganda, reuniones, ganas de saber y recuperar el tiempo perdido.

Lo del ayuno fue el punto más alto en la lucha pública de mi padre, peleando por esa vida que se le iba.

Alejandro y yo con 15 años subiendo a los ómnibus repartiendo un volante de los Familiares de los presos, hablando de la situación de mi padre y la huelga de hambre. El que hablaba era Ale y decía cosas muy fuertes, creo que muchos no podían creer lo que estaban viendo: dos adolescentes hablando de un tipo que se estaba muriendo y los milicos decían que “era uno de los más grandes asesinos”. La mayoría nos daban plata.

Me acuerdo que en pleno ayuno se producía la vuelta del exilio del Dr. Villar (candidato a la Intendencia de Montevideo por el Frente Amplio en 1971). Estábamos participando de la caravana que se armó por la Rambla para recibir a Villar, y llegó un momento que nos tuvimos que ir, porque el bolso blanco que tenía Mariana (otra hermana que en ese momento de la vida conocí) estaba tan lleno de monedas que no podía más.

Grafiteadas: “Libertad para Wasem”, “Ayuno por Amnistía general e irrestricta”, toda la banda por la calle Canelones, desde Conventuales hasta los Capuchinos, pintando y corriendo. Ahí, en Conventuales, descubrí las siluetas de los desaparecidos (en esa época no se sabía muy bien que era eso de “los desaparecidos”); rollo de papel bobina, alguno de nosotros se acostaba y otro dibujaba el contorno que se pintaba con negro -más adelante aparecieron unos moldes de chapa y después con pintura roja se ponía el nombre y la fecha de su desaparición. Luego, hacer el engrudo, la mayoría de los que estábamos ahí nunca habíamos hecho engrudo, quedaba una pasta blanca que cuando se pasaba encima del papel dejaba una niebla espesa como tapándolo.

Aprovechando alguna manifestación por 18 de julio, íbamos con los baldes, las brochas, las siluetas; también llevábamos los afiches con la cara joven de mi padre, que no tenía nada que ver con la cara de “asesino” que se veía en la foto difundida por los milicos en los diarios y en la tele. Recuerdo esa foto monstruosa en la pantalla en medio del informativo central de cualquiera de los canales de TV, mientras la voz del

locutor leía todos los delitos por los que había sido procesado mi padre por la llamada “justicia militar”. La lista era interminable y recuerdo mi angustia con 12 o 13 años pensando en lo que me iban a decir al otro día los compañeros de clase en el liceo... Pero la foto del afiche y la que apareció pegada en el monumento de la Plaza Libertad (que a partir de esa movida se convirtió en un referente en la lucha por los Derechos Humanos) era otra, creo que la del carné de salud, y la verdad que tenía su pinta mi papá.

No quise entrar al velatorio. Me arrinconé con mis amigos más cercanos en el boliche de 8 de octubre y Pan de Azúcar. La multitud se agolpaba en la sala donde mis abuelos -el viejo y la vieja- custodiaban el cuerpo de la última víctima del régimen que se estaba terminando. Estábamos a una semana de las elecciones que los sacaría del gobierno. A las ocho de la noche se hizo una marcha desde el velorio hasta el Hospital Militar. Fue una marcha compacta y densa. Frente al hospital un cordón militar custodiaba la puerta que nunca más volvería a cruzar... el silencio espeso de los pasos se cortaba con cuchillo, creo que los milicos que estaban en el cordón sintieron miedo.

Al otro día fue el entierro: una multitud acompañó el cajón a pie hasta el Cementerio del Norte, yo entreverado entre la gente era uno más... al llegar al cementerio tuve que partir a la visita especial que teníamos Ale y yo con mi mamá. Llegamos solos al Penal de Punta de Rieles y nos recibió un coro de mujeres cantando el “Cielo de los Tupamaros” y nos despidieron con “La Internacional”, los puños apareciendo entre las rendijas que dejaban ver los acrílicos blancos que tapiaban las ventanas.

Después del ayuno la cosa empezó a dispersarse, empezaron los movimientos hacia las elecciones y ya queríamos pensar en el Uruguay que se vendría luego que se fueran los milicos. A la distancia veo la lucha por la amnistía y su continuación hasta la campaña por el voto verde, como la gran victoria y la gran derrota del impulso transformador que se generó en ese período.

Hoy, setiembre del 2006, por primera vez en Uruguay son juzgados un grupo de los más conocidos torturadores amparados hasta ahora por la impunidad. Cuando me planteo escribir este aporte pienso en el inicio de esta lucha y en particular en el grupo de gurises que nos juntábamos en Conventuales: Ruben, el Gordo Zapata, el Pantera, Graciela, el Tato, el Negro, Mariana, el Ale, Sarita, Leonora, Javier, Rosalía y otros nombres que se me escapan, de caras que creo reconocer pero que se perdieron en la memoria. Ese grupo de gente fue para mí un sostén fundamental en medio del dolor que estaba presente y se avizoraba muy fuerte en lo personal.

El otro día escuché el testimonio de uno de los hijos de Mechoso (uno de los desaparecidos por el que se abrió la brecha de la justicia) y me sentí hermanado en el dolor y en la importancia que tuvo para mí esa contención.

*Adolfo Wasem Mosquera*  
Setiembre 2006

## TESTIMONIO

Jorge Manera Lluveras

En mayo de 1980, nos llevan al cuartel de Paso de los Toros: a Wasem, a Engler y a mí. Anteriormente habíamos estado en cuarteles separados y es en esa oportunidad en que nos juntan a los tres.

Estamos en un local donde hay diez pequeños calabozos. A nosotros nos tienen en calabozos separados y distanciados unos de otros. Las puertas –de los calabozos– son de rejilla de madera, por lo que permiten escuchar perfectamente todo lo que pasa en los demás. Aunque estábamos incomunicados, no nos permitían hablar; a pesar de eso, en algunos descuidos de los guardias algunas palabras podíamos cruzar, e inclusive yo oía conversaciones de los otros compañeros, en particular de Wasem con los guardias o con autoridades a quienes él planteaba su problema, el caso concreto de su enfermedad.

Cuando llegamos a Paso de los Toros, él ya sufría dolores intensos en la nuca y zona cervical. Había pedido asistencia médica pero le habían restado importancia. No sé exactamente si le habían hecho algún diagnóstico en el otro cuartel, creo que no. Cuando ingresamos al cuartel, hay un control médico, el cual se da siempre a la entrada y salida, es decir cuando nos hacían traslados. Adolfo plantea sus problemas y el diagnóstico que le hacen es contractura muscular y en base a ese diagnóstico es que lo empiezan a tratar dándole medicamentos, desconozco cuáles. Los dolores siguieron durante mucho tiempo, meses, intensificándose cada vez más. En determinado momento comenzó a tener una inflamación en la zona cervical que fue creciendo.

En ese momento cambia el diagnóstico, le dijeron que lo que tenía era un proceso infeccioso y empezaron a tratarlo aunque no conozco exactamente qué medicación le daban. Nosotros no llegamos a oír los nombres de los médicos del cuartel. Uno de los enfermeros era de nombre Moreira y había otros dos, pero no recuerdo sus nombres. La inflamación continuó agrandándose, llegando a tener un aspecto deforme.

Yo a veces lo podía ver, sin hablar, pero se lo podía ver fugazmente al cruzar por la celda donde él estaba y, la inflamación llegó a tener las dimensiones más o menos de una naranja o de una pelota de tenis. Tanto es así, que tenía que estar con la cabeza inclinada, no podía enderezar el cuello. A esa altura ya padecía dolores muy intensos desde hacía mucho tiempo. A veces le daban inyectables para calmarle el dolor, hasta que en abril del 81, o sea un año después del ingreso allí y tal vez un año y medio después que empezó a sentir los síntomas, lo llevaron al Hospital Militar. Allí estuvo aproximadamente un mes y medio o algo más, quizás.

Cuando vuelve, supe que le habían extraído un tumor, que le habían hecho cirugía y tratamiento con bomba de cobalto y quimioterapia. Vuelve sintiéndose bien, aunque muy debilitado; había perdido un poco los movimientos de la cabeza, pero tendía a recuperarse. Trae la indicación de hacer tratamiento de quimioterapia y bomba de cobalto, para lo cual tenían que llevarlo al hospital periódicamente, cada cuatro o seis meses. Tenían que llevarlo –teóricamente– por indicación de los médicos del Hospital.

A nosotros nos sacan de ese cuartel en mayo del 82, o sea diez meses después de la operación. Durante ese período a él lo llevaron dos veces al hospital, es decir que no cumplieron con los plazos estipulados para el tratamiento. Adolfo estaba en las mismas condiciones de vida que nosotros. Las celdas eran pequeñas, eran divisiones hechas con bloques, dentro de un galpón construido con chapas de zinc, muy antiguo y en muy malas condiciones

Se llovían todos los calabozos; los días de lluvia teníamos que taparnos con nailon, pues si no, nos mojábamos nosotros y todas las cosas que teníamos dentro de la celda. Eran semi-subterráneas y muy húmedas.

En esas condiciones estuvo desde que le dieron el alta en el Hospital, hasta que nos retiraron de ese cuartel; inclusive uno de los muros, justamente el que estaba frente a la celda de Adolfo, estaba siempre humedecido por filtraciones del cuarto de baño –que se encontraba del otro lado de ese muro y a un nivel superior al piso de los calabozos– de las aguas servidas, filtraciones que mojaban el muro e inclusive el piso en forma permanente. En ese cuartel las condiciones higiénicas eran pésimas. El tratamiento no se cumplió, se hizo irregularmente. Cuando nos separaron, él se sentía bien, había recuperado su estado físico general y no habían aparecido aún las metástasis que se le produjeron luego.

Con Wasem no hicieron ninguna excepción, en lo referente a comidas o trato de la guardia, él recibía el trato normal de todos los presos. En mayo del 82 nos separan, y vamos a distintos cuarteles, Wasem queda solo en el cuartel de Durazno.

Yo estuve en una oportunidad en Durazno, fue un traslado que nos hicieron por veinticuatro horas por motivos que no conozco. Pude intercambiar algunas palabras con él. Eso fue bastante después, a mediados del año 83 y en esa oportunidad él me informó que lo habían operado por segunda vez. Ya se sentía mal, posiblemente se debiera a que se manifestaban nuevas metástasis. Como en dicha oportunidad pude hablar muy poquito con él, simplemente pude saber que lo habían operado pero no supe en qué condiciones le estaban haciendo el tratamiento.

En Durazno el local era un poco mejor, pero las condiciones de vida eran muy malas; en ese cuartel no daban recreo y el aislamiento era total, en un calabozo con luz artificial –como en todos lados– y en el resto de las condiciones más o menos igual que en los demás cuarteles. Que yo sepa, con él no hicieron ninguna excepción.

## TESTIMONIO

Henry Engler

### Al Negro Wasem

Vos, Nepo, eras un talento nato.

Un Tupamaro jovial e inteligente, de pensamiento lógico y decisiones rápidas y con unas agallas enormes. Tenías el don de la palabra y la vocación por la acción.

En el turbulento Uruguay de los años 70, los acontecimientos nos fueron uniendo como hermanos. En el principio nos soldó la lucha armada por una sociedad diferente, sin pobres. En el final, nos soldó la identidad como rehenes de la dictadura militar y compartir ningún pan y mucho cuchillo.

Nunca lograron realmente aislarnos porque nos comunicamos mientras pudimos con los hilos de la música, con las melodías que sabíamos silbar o cantar bajito. En nuestro peregrinaje de 11 años como rehenes, durante los 13 años de reclusión, pudimos saber siempre si el otro estaba cerca en algún lugar. Y al reconocer el silbo, ya no nos sentíamos solos. Allí andaba el hermano, el amigo, el Tupamaro.

Vos te habías aprendido de memoria el concierto para Piccolo de Vivaldi y de escucharlo en los calabozos de Paso de los Toros yo también lo terminé aprendiendo. Después aprendimos a combinar textos y canciones que cantábamos como podíamos.

Al cabo de 13 años fuimos a parar a la Isla, el sitio de aislamiento y castigo del Penal de Libertad.

Vos silbaste allí tu última canción, el “Adiós muchachos compañeros de mi vida”, y te fuiste físicamente para pelear la última batalla. La que nadie ha ganado ni podrá ganar.

Pero dejaste tu presencia espiritual para que en tu lugar siguiéramos peleando batallas contra todo aquello que se opone a la felicidad de la gente.

Te rindo homenaje en este tu libro, viejo compinche, y vas a ver cómo el concierto de Vivaldi en tu silbido que será el mío, se va a escuchar por este mundo viejo. Este es un misterio que vos y yo sabemos y que los que lean esto comprenderán cuando te escuchen.

Un abrazo

Octavio, el alemán.

Henry Engler Golovchenko - Noviembre del 2006.



## EL SAPITO MANUEL (\*)

(poesía para niños, escrita por Wasem  
y musicalizada por Henry Engler)

*El sapito Manuel astronauta  
la luna de enero quiso visitar  
en un cohete de caña y papel de cometa  
que pronto empezó a fabricar.  
Lo ayudó su amigo Gervasio,  
un búho muy viejo de oficio albañil,  
y un hermoso cohete anaranjado  
la gente del charco los vio construir.  
Esa noche Manuel con su traje  
astronauta de espuma y su casco de flor,  
despidiose de padres y amigos,  
dio un beso a su novia y en él se trepó.  
Cual un ojo amarillo del cielo,  
la luna entre sauces su cara asomó  
y arrastrando el cohete de una piola,  
el búho Gervasio vuelo levantó.  
Reventose la piola y la nave  
junto a su piloto se precipitó  
y fue un bote flotando en la luna,  
que allí en la laguna su luz reflejó.  
Se vio entonces que el búho Gervasio  
al lloroso Manuel intentó consolar  
explicándole cómo en el charco,  
a la luna también la podía visitar.*

Adolfo Wasem Alaniz

---

(\*) Grabada por el dúo Larbanois-Carrero.

## CIPÓ CIPÓ

*Yo sé los versos del agua  
solo yo, Cipó-Cipó  
porqu iba en una piragua  
cuando el agua los cantó...  
cuando el agua los cantó.*

*Mariposa, sol, montaña  
Selva y pájaro soy yo  
Escucho el son del Montagua  
pues para mí lo cantó...  
Lo cantó*

*Me hablan las piedras y el monte  
solo a mí, Cipó-Cipó  
y escucho que me responden  
cuando canto mi canción...  
cuando canto mi canción.*

*Mariposa, sol, montaña  
selva y pájaro soy yo,  
escucho el son del Montagua  
pues para mí lo cantó...  
Lo cantó*

Texto: Miguel Angel Asturias  
Música: Adolfo Wasem Alaniz  
Interpretada y grabada en guitarra  
por Henry Engler

## ÍNDICE

A propósito de estas cartas Sonia Mosquera .....	7
Adolfo Wasem, el tupamaro Mauricio Rosencof .....	11
CARTAS DE ADOLFO WASEM A SONIA MOSQUERA .....	19
CARTAS A ADOLFO, SU HIJO .....	41
CARTAS CLANDESTINAS .....	135
TESTIMONIOS .....	159
Sonia Mosquera .....	161
Adolfo Wasem Mosquera .....	181
Jorge Manera Llueras .....	191
Henry Engler .....	194
EL SAPITO MANUEL .....	197
CIPÓ CIPÓ .....	198

Impreso y encuadernado en **ZONALIBRO**  
Gral. Palleja 2478 - Tel. 208 78 19 - E-mail: [zonallibro@adinet.com.uy](mailto:zonallibro@adinet.com.uy)  
Dep. Legal Nº 340.507 / 06 Edición emperada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)  
Noviembre de 2006

de la dictadura y bajo amenaza de muerte en cuarteles del interior, en celdas subterráneas, sin ver el sol, en el peor aislamiento que se haya conocido en la historia del país. En abril de 1980 comenzó a tener fuertes dolores en el cuello y a notar un bulto. Se le trató con calmantes hasta abril del 81, fecha en la que es trasladado al Hospital Militar debido a que el bulto crecía y persistían los dolores. Se le diagnosticó hemangio perisitoma maligno. Es operado en mayo, se le extirpa el tumor y recibe aplicaciones de cobalto, prescribiéndosele un tratamiento consistente en citostáticos, controles de sangre, orina, placas de tórax y electrocardiogramas cada 4 a 6 semanas. Durante 1981 el tratamiento fue cumplido; luego comienzan los controles esporádicos, llegando a pasar más de 6 meses sin atención médica. En todos los casos, luego de la atención en el Hospital, era devuelto al calabozo de los cuarteles, en las mismas condiciones que los otros 8 rehenes. En mayo de 1983, estando en el cuartel de Durazno, nota un nuevo bulto, se le trata nuevamente con antiinflamatorios y luego de comprobar su crecimiento es nuevamente intervenido, extirpándosele un nuevo tumor, metástasis del anterior, ahora en el lado derecho del cuello. Continúa el tratamiento de quimioterapia hasta noviembre de 1983, en que el médico decide interrumpirlo porque ha llegado a la "dosis techo", es decir, que de allí en más corre peligro de provocar ataque al miocardio. El 25 de mayo de 1984 es trasladado definitivamente al Hospital Militar, manteniéndolo aislado en un calabozo, su estado se agrava, encontrándosele 3 nuevos tumores en el hígado y 2 en el pulmón. Muere el 17 de noviembre de 1984, a los 37 años de edad, en total aislamiento.

Adolfo Wasem, *el Nepo*, uno de los nueve *rehenes tupamaros* soportó, a lo largo de doce años, terribles condiciones de prisión; aislado de todo, sin lecturas, muchas veces encerrado bajo tierra en estrechos y húmedos calabozos. En esas condiciones tuvo que enfrentar, prácticamente sin apoyo médico, el cáncer que lo llevó a la muerte. Las cartas aquí reunidas, período 1982-84, muestran sin embargo la lucidez y entereza con que enfrentó ese destino: padre sensible, exigente y entrañable, en las cartas al hijo; militante lúcido e íntegro en los textos clandestinos que envió a sus compañeros presos; precisamente en solidaridad con ellos realizó una épica huelga de hambre cuando ya estaba muy debilitado y sabía que su vida se extinguía.

Pero también estas cartas son una forma de recuperar, como dice Mauricio Rosencof en el prólogo, “...*aquel muchacho de ojos vivos y bien peinado, que tanto podía exponer con clara locuacidad cualquier problema político como capitanear, pistola al cinto, las más riesgosas de las empresas*”.

Junto a este *puñado de cartas* se incluyen los testimonios de Sonia y Adolfo, esposa e hijo, Henry Engler, Manera Lluveras y el citado Mauricio Rosencof.



ISBN 9974-1-0449-1

